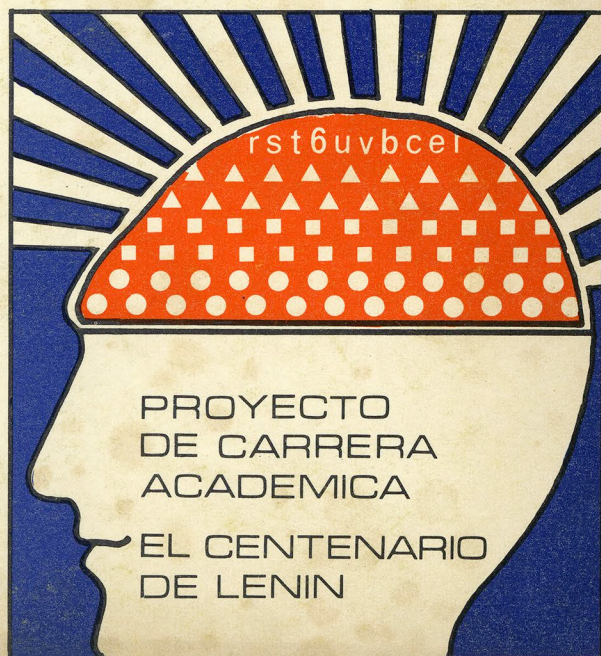


# REVISTA DE LA UNIVERSIDAD TECNICA DEL ESTADO

NUMERO TRES / MAYO 1970









# SUMARIO

---

editorial		3
la universidad técnica del estado y el centenario de lenin		4
lenin, arquetipo del político revolucionario	clodomiro almeyda	7
lenin, hombre y fetiche	jaime castillo velasco	21
el legado de lenin	enrique correa ríos	31
lenin o la conciencia de la historia	volodia teitelboim	37
historia de una amistad: lenin y gorki	mario céspedes	47
lenin y el arte	carlos maldonado	53
la visita de linus pauling	yerko moretić	59
la ciencia y el futuro de la humanidad	linus pauling	65
bertrand russell: su persistencia en la memoria	nicolás ferraro	77
crónica universitaria proyecto de carrera académica		85

---



# editorial

En el número tres de su Revista, la Universidad Técnica del Estado se suma al homenaje que universalmente se rinde a Lenin en el centenario de su nacimiento. Homenaje y examen, a cargo de personalidades que representan las corrientes más significativas del pensamiento político de nuestro país. Razones ajenas a la Redacción impidieron que algunas personalidades, representativas de otras posiciones ideológicas —invitadas también a colaborar—, nos hicieran llegar su aporte.

La Revista prosigue haciéndose eco —y continuará haciéndolo en números posteriores— de la visita que hiciera a Chile el sabio Linus Pauling. Publica ahora la trascendental conferencia pronunciada en la apertura de la Escuela de Verano de la Universidad.

Acoge también en sus páginas un estudio sobre la herencia matemática y filosófica del recientemente fallecido Bertrand Russell.

La publicación, por último, del anteproyecto de Carrera Académica, —ofrecido a la comunidad universitaria para su discusión en los momentos en que ésta participa en el Congreso de la Reforma— señala otro hito en el avance de nuestra Universidad hacia su transformación integral.

# La Universidad Técnica del Estado y el Centenario de Lenin

En esta edición de la Revista de la Universidad Técnica del Estado se insertan varios artículos acerca de la trascendencia de las actividades de Lenin, el egregio revolucionario y estadista ruso.

Tales artículos se deben, la mayoría, a diversas personalidades políticas especialmente requeridas con este objetivo, y otros, a colaboradores habituales de nuestra Revista.

La Revista cumple así la tarea que le corresponde dentro del programa de adhesión de la Universidad Técnica a los homenajes que innumerables instituciones del país han estado rindiendo a Lenin, con motivo de enterarse, el 22 de abril de 1970, el primer centenario de su nacimiento.

Para la Universidad Técnica del Estado, la oportunidad de participar en esta conmemoración conlleva una significación especial: existe una íntima correspondencia entre su actual proceso reformista y los anhelos y principios que nutrieron y guiaron la acción revolucionaria de Lenin y los suyos.

Bien entendido, la Universidad Técnica del Estado no se propone encabezar la transformación radical de nuestra sociedad. No le pertenece a ella esa misión histórica, propia de los trabajadores, de la clase obrera en particular. Sin embargo, en la medida en que el proceso reformista es básicamente un proceso de democratización, en esa medida se identifica con las luchas de liberación de nuestro pueblo. Pero esta identificación no constituye un mero reflejo, o un reflejo pasivo de tales luchas. La Universidad, como se ha dicho reiteradas veces, tiene una obligación de servicio con el medio social, en particular con las clases y capas tradicionalmente marginadas de la Enseñanza Superior y sus beneficios. Esta obligación es ajena a toda actitud paternalista o direccionista. La Universidad Técnica del Estado puede y debe ser un factor importante en la formación de una conciencia crítica, no sólo en sus propios estamentos, sino también en el ámbito externo.

Dicho de otra manera, la interacción Universidad-Sociedad puede y debe producirse en el plano de la teoría y la organización de los cambios.

Y mírese desde el ángulo que se mire, Lenin ha sido el más grande forjador de conciencia revolucionaria de los tiempos modernos. Por su palabra, por su acción, como luchador y como estadista, le impuso a este siglo el sello de la revolución proletaria, de la construcción socialista, del camino al comunismo, de la liberación del hombre por el hombre.

Yerko Moretíć

Area de Comunicaciones y Extensión UTE.

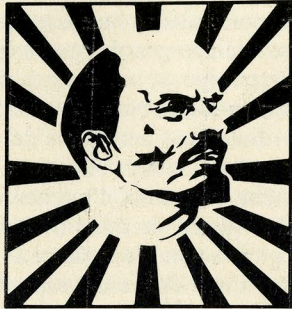




iro Almeyda: Lenin, Arquetipo del Político Revolucionario ★ Jaime Castillo: Lenin, Hombre y Fetiche ★ Enrique Correa: El  
de Lenin ★ Volodia Teitelboim: Lenin o la Conciencia de la Historia ★ Mario Céspedes: Historia de una Amistad: Lenin y Gorki ★  
Maldonado: Lenin y el Arte ★

# HOMENAJE A LENIN





CLODOMIRO ALMEYDA

# LENIN, ARQUETIPO DEL POLITICO REVOLUCIONARIO

Nada tan fácil y tan inocuo como querer caracterizar a un hombre mediante la suma de sus respectivas cualidades, mediante la enumeración exhaustiva de rasgos y condiciones. De allí no surge imagen alguna coherente ni estructurada. De esa suma y de esa enumeración no emana una fisonomía, no fluye un sentido, que es lo que en definitiva define a una individualidad concreta.

Si pensamos en Lenin, si queremos comprenderlo, mal camino sería en consecuencia querer hacer un inventario que registre todas sus relevantes cualidades como hombre y como revolucionario. Con ello no avanzaríamos un ápice en nuestro propósito. A la postre, tendríamos un Lenin caracterizado por poseer en grado sumo tales y cuales condiciones valiosas y excepcionales, lo que ya sabíamos aunque sea en forma confusa, desde un comienzo. Por algo Lenin preocupa. Por algo este centenario de su nacimiento es una fecha hacia la que se dirige ahora, sin exageración, la atención de todo el mundo.

La esencia del valor de Lenin está en la trama de relaciones que lo unen al escenario humano en que nació y vivió y en la índole específica de esas relaciones con su circunstancia, que configuran en él la imagen más cercana que podamos encontrar en la historia de nuestro tiempo, de una índole especial y relevante de hombre, que es el político revolucionario. Lenin fue hombre de su tiempo, que es el nuestro, y ese tiempo lo vivió y penetró como político y como revolucionario. Su personalidad resume así toda una época y una actitud humana frente a la misma que fue y es significativamente creadora. Su obra se ha hecho carne de la historia y a través de la acción de Lenin, esa historia se ha abierto camino hacia adelante, cambiando de ruta, elevando el plano en el que se desenvolvía hasta entonces.

Intentemos brevemente sintetizar la significación de Lenin, o más bien dicho, precisar el tipo de relaciones que lo unen a la realidad, lo que nos llevará a encontrar

en él al arquetipo de una especie relevante de individualidad, que es la del político revolucionario.

Nuestra época ha sido definida como la época del tránsito del capitalismo al socialismo, como la época, por tanto, de la Revolución Socialista y de la construcción del socialismo, primero, y de la sociedad comunista, después. Esta caracterización envuelve a su vez un condicionamiento objetivo del comportamiento humano, que es inesquivable para valorar la relación que el hombre de este tiempo guarda con su época.

En efecto, cuando definimos así nuestra época, no estamos definiéndola en su mero aspecto político, o si se quiere, económico-social. No, estamos definiendo la totalidad de lo que es humano en este tiempo. En etapas anteriores del acontecer histórico, bien puede caracterizarse esencialmente a cada una de ellas por algún rasgo que no fuere político. Puede que en algunos períodos haya sido el momento técnico el directamente dominante, por eso sea justo hablar quizás, de Edad de Piedra, o de Edad de Hierro; puede que en otros lo haya sido alguna esfera de la llamada superestructura ideológica, el arte o la religión, por ejemplo. En la época del capitalismo ascensional, fue lo meramente económico lo dominante y lo es todavía en nuestro tiempo en la medida que nos colocamos en el punto de vista de la práctica burguesa que en ella se desarrolla. Cada una de esas épocas tuvo también sus características políticas o parapolíticas y puede caracterizarse políticamente; pero en esos casos esa caracterización política no alcanzaba a incluir la totalidad de la misma, ya que no era el quehacer político lo privilegiado. No ocurre lo mismo ahora. En nuestra época cada vez más lo político y las características que lo político asume en esta hora, llegan a ser el momento dominante en su estructura y en su sentido, de manera que es la impronta política de nuestro tiempo, lo que define a la totalidad de la vida social y a la historia toda que estamos viviendo.

Cuando estamos definiendo esta época como la del tránsito del capitalismo al socialismo, como la época de la Revolución Socialista, estamos definiendo a la integridad de la circunstancia histórica en que vivimos en términos políticos y, a la vez, estamos otorgándole a lo político su más pleno significado. Estamos definiendo a la época que vivimos políticamente porque la transformación de la sociedad burguesa en sociedad socialista como etapa hacia el comunismo, es una tarea humana que se logra políticamente, que se realiza al nivel político. No es una empresa artística ni religiosa, ni una aventura técnica ni una conquista de la ciencia o de la filosofía, ni un avance en la productividad económica; aunque algo de todo eso pueda condicionar esa tarea o ser su resultado. El cambio, —como se dice ahora eufemísticamente—, del capitalismo al socialismo adviene por vías políticas, es más, la esencia de la lucha política en esta hora es la cuestión de quién gana a quién: el socialismo o el capitalismo.

Al mismo tiempo, en esta tarea de transformación social, de remodelamiento de la sociedad por el hombre, conduciéndose racionalmente, la política alcanza por vez primera y última, su plena identidad como práctica específica. Antes, la actividad política no se encontraba cabalmente diferenciada de otras actividades ni había adquirido conciencia de sí misma; con la política actual, con la actividad política revolucionaria, la política por fin adquiere como instancia específica de la conducta humana su perfil completo y llega a ser consciente de sí, a través de la teoría revolucionaria. Por fin, la transformación consciente de la sociedad por el hombre, persiguiendo metas racionales, llega a ser posible y, al mismo tiempo, por fin, la política puede ser capaz de gobernar, de dominar a la vida social, colocándola al servicio del hombre.

De las reflexiones anteriores fluye que el tipo humano que en el escenario histórico que vivimos asume el sentido de su tiempo, es el del político y más concretamente, el del político revolucionario.

La adecuada comprensión de estos asertos exige algunas precisiones. Hay muchas variedades de políticos. Si quisiéramos hacer una tipología de las disímiles conductas humanas ligadas a la política, podríamos distinguirlas según el tipo de práctica con que se relacionan con la actividad social, que es la materia prima con la que el político actúa y a la que quiere influir o modelar.

Tenemos, en primer lugar, aquellos que accediendo a la política por la vía del pensamiento, realizan una práctica teórica, de alcance político. Cuando el nivel de abstracción en que se desenvuelve su quehacer teórico es muy alto, estamos en presencia del filósofo político. Cuando la problemática que teorizan, el contexto que analizan, es una situación concreta, estamos en presencia de lo que podríamos llamar propiamente el analista político, o, si se quiere, el teórico político.

En segundo lugar, tenemos aquellos que acceden al quehacer político por la vía de la práctica política propiamente tal. No manejan ideas o conceptos, como los primeros, sino manejan fuerzas, hombres, situaciones. Estos hombres, los políticos propiamente dichos, pueden a su vez ser clasificados según sea el papel que cumplen en la empresa de luchar por el poder. Hay una primera fase de movilización de fuerzas, de agitación social y de concientización, destinada a despertar y a colocar en disponibilidad a los actores potenciales del proceso político. Quienes se destacan en esta tarea son los **agitadores**. Hay una segunda fase de organización, articulación, preparación y concientización, a un nivel más profundo que en la anterior de las fuerzas de que se dispone para la lucha. Quienes se destacan en esta segunda tarea de la práctica política, son los **organizadores**. Hay una tercera fase, por último, en el proceso político, que apunta a la forma como se enfrenta al adversario para hacer posible el triunfo. Se trata de la política de alianzas necesarias para ser más fuertes que el enemigo. De buscar la mejor oportunidad para atacar. De saber cómo dividir al adversario, de cómo aislarlo, cercarlo y debilitarlo. Quienes se destacan en esta fase de la lucha política son los **estrategas** o **tácticos políticos**. Estrategas, si su capacidad se emplea para resolver una problemática vasta, en un contexto inclusivo. Tácticos, si su habilidad se manifiesta al nivel de una cuestión más concreta, más particular, menos inclusiva.

Hay, por último, y en tercer lugar, quienes acceden a la política por la vía del dominio que poseen de alguna ciencia o técnica que resulta necesaria para poder instrumentar e implementar una política. Su práctica no es esencialmente política. No son propiamente políticos; pero su actividad se articula con la de los políticos y un relativo dominio de la técnica por éstos, facilita ese vínculo y favorece la eficacia de su acción. Esa técnica puede ser la técnica militar, o la técnica proveniente de la aplicación práctica de la economía, de la psicología social, etc, etc.

Desde otro ángulo, pueden los políticos distinguirse según su tarea se realice para capturar el poder o para utilizarlo. En este último caso, cuando se sabe utilizar el poder para alguna meta más o menos trascendente, se habla del **estadista** u **hombre de Estado**.

Filósofos políticos relevantes lo fueron desde Platón o Aristóteles, hasta Marx, pasando por Tomás de Aquino, Rousseau, Montesquieu, Comte y tantos otros. Teóricos políticos o analistas políticos lo fueron y lo son quienes son capaces de analizar una determinada situación política con lucidez, sacando de ello las consecuencias necesarias para planear en abstracto una política determinada tomando en cuenta la especificidad de esa situación.

Dentro de los políticos propiamente tales, agitadores son quienes con su palabra oral o escrita mueven y conmueven a las masas. El orador de masas, el periodista panfletario son sus tipos más destacados. Organizadores son los que se muestran capaces de construir un partido, dirigir una campaña electoral, crear un ejército, planear y ejecutar un plan de gobierno que exija reunir y disponer recursos humanos, organizando voluntades. Estrategas o tácticos lo son desde quien concibe un plan de operaciones militares en una guerrilla, hasta quien es capaz de forjar una combinación electoral victoriosa o darle jaque mate a un gabinete en el Congreso en un régimen parlamentario.

Un ejemplo de políticos que facilitan la implementación de sus propósitos con el dominio de una técnica determinada, lo ofrece un Trotsky, como militar, o un Fidel Castro, que ha asimilado lo esencial de las técnicas agropecuarias para poder promover con eficacia la realización de sus ambiciosos planes agrícolas.

Ahora bien, la política en general, y en consecuencia, cada una de estas variedades o especies de políticos, asume una inflexión especial según sea el contexto social y la tarea de clase que interpretan y promueven.

En el plano de la relación entre filosofía y política, es muy otro el vínculo que une al filósofo burgués, del que liga al filósofo revolucionario con su respectiva práctica política. Desde luego, el filósofo burgués no tiene necesariamente conciencia del carácter de clase de sus reflexiones. No tiene conciencia de su compromiso objetivo con una práctica de clase. Se cree libre y soberano. El filósofo revolucionario, a la inversa, tiene conciencia de su compromiso. Aún más, la esencia de su aporte teórico consiste precisamente en tomar conciencia de su compromiso, en definir la filosofía de su época como un compromiso con la tarea de reconstruir la existencia humana. "Los filósofos hasta ahora no han hecho sino interpretar al mundo; ahora les corresponde transformarlo" (Marx). Complementariamente, el político burgués no tiene necesariamente que asumir una filosofía, y si la asume, no tiene por qué darse cuenta de ello. El político revolucionario, al contrario, tiene necesariamente que asumir una posición filosófica; tiene, para ser realmente revolucionario, que tomar conciencia filosófica de su tiempo y de su época y del papel que en ella juegan los hombres, y él mismo, particularmente. "Sin teoría revolucionaria, no hay acción revolucionaria" (Lenin).

Al nivel de la práctica específicamente política, también hay diferencias. El político burgués, no obstante no estar consciente de serlo, es en esencia un administrador del orden social burgués o un aspirante a serlo. El político revolucionario, que necesariamente tiene que ser consciente de serlo, no busca el poder para administrar un orden dado, sino su misión es precisamente demoler ese orden y construir uno nuevo en su reemplazo. Desde este punto de vista, como se dejó ya dicho, es el político por antonomasia, si por política entendemos la acción humana encaminada a someter a la sociedad a los designios, intereses y necesidades humanas. De ahí que el político burgués puede simplemente buscar el poder por el poder, ya que con ello no contradice su rol de mero administrador del sistema. El político revolucionario no puede sino buscar el poder para realizar algo, para transformar la materia prima sobre la que opera, cual es la sociedad. Puede haber político burgueses "politiqueros", cuya habilidad consiste en saber conquistar poder y situaciones; pero no puede ser "politiquero" un político revolucionario, para quien el poder es sólo un medio al servicio de una tarea que trasciende su interés personal. Un hábil "político" burgués es quien domina la técnica de la búsqueda y de la conservación del poder. Con sólo ser diestro en estas técnicas cumple su rol de clase. El político revolucionario coloca esa destreza al servicio de la empresa de transformación social, con lo cual imprime a su propia faena de buscar el poder y de utilizarlo después, un rol sustantivo. Porque ser capaz de conquistar el poder y de

utilizarlo eficazmente —funciones adjetivas— implican y suponen hacer la Revolución, función sustantiva. En otras palabras, no puede un político, en la época de la Revolución, ser político sin ser político revolucionario.

La tarea revolucionaria es pues, compleja. Comienza con una toma de conciencia de la situación social universal generada por el capitalismo, desde el ángulo de la condición obrera. De esa condición, que es producto neto del capitalismo, surge la necesidad de destruirlo construyendo el socialismo. La emergencia de esa toma de conciencia original supone vivir una experiencia y sobre esa experiencia, analizar el mundo, reflexionar, teorizar. Es la función que cumple en su más alto y profundo nivel la filosofía revolucionaria. Marx y Engels pudieron en sus personas reunir las condiciones individuales para tomar esa conciencia y producir la teoría revolucionaria: el marxismo. El resultado de su trabajo fue una teoría, un sistema de conceptos hábiles para transformar al mundo, comprendiéndolo. Su práctica revolucionaria fue teórica. Claro es que por ser teóricos revolucionarios, estaban comprometidos y se proyectaron en la práctica política propiamente tal. Lucharon en los hechos, fueron reprimidos, deportados, combatidos. Ellos a su vez agitaron, organizaron y combatieron. Pero su obra esencial es un producto teórico, el marxismo, supuesto a su vez de toda política revolucionaria.

Marx y Engels no sólo teorizaron al nivel más abstracto y general. También secundariamente desarrollaron su propia teoría en el análisis de situaciones concretas. Fueron también, por ende, analistas políticos. El XVIII Brumario de Marx y La Guerra de los campesinos de Engels testimonian su capacidad analítica. Pero estos trabajos fueron circunstanciales en su quehacer práctico. Su contribución teórica, más que analítica, fue filosófica.

La obra de Lenin, a diferencia de la de Marx y Engels, en lo esencial, fue política, proveniente de la práctica política. El producto de su trabajo político fue el partido bolchevique, primero; la Revolución Rusa, después, y el comienzo de la construcción del socialismo, por último. El resultado de su quehacer, no fue tanto un sistema de ideas, sino una realidad social fáctica, que existe fuera de la conciencia de los hombres. La materia prima con que trabajó fueron los hombres, las clases, las fuerzas sociales, no los conceptos ni las ideas. Lenin fue esencialmente un político.

Pero como Lenin fue un político revolucionario, su quehacer político supone la asunción de una posición que resulta de una toma de conciencia, de una captación teórica de la esencia de la situación histórica en la que actúa y cuya problemática pretende resolver. En otras palabras, el ser un político revolucionario supone la asunción de una postura filosófica, la de la teoría revolucionaria, la del marxismo. Ya el propio Lenin señaló que sin teoría revolucionaria no hay acción revolucionaria. La toma de conciencia crítica de la sociedad capitalista, que no otra cosa es el marxismo, supone a su vez una toma de posición, una actitud y una conducta práctica: la del revolucionario. Ambos momentos, el teórico y el práctico, son inseparables y complementarios dentro de la praxis que engloba a ambos.

Lenin, por ser un político revolucionario, fue un político marxista; asumió, asimió y dominó el marxismo. Pero su relación con la filosofía marxista fue incluso más estrecha. No se limitó a ser marxista consecuente; profundizó también, por su cuenta, el pensamiento filosófico marxista. Fue también, entonces, un filósofo en esa medida. Su trabajo en este plano no fue lo esencial ni en su vida ni en su obra, pero también se aplicó al quehacer filosófico, quizás en la medida necesaria para cimentar su faena política con la solidez y consecuencia que lo hizo.

Y cosa curiosa. Los tres trabajos de Lenin en el orden filosófico, alejados un tanto de la problemática diaria e inmediata, apuntan a los tres temas o aspectos cardinales de la filosofía marxista. En su **Materialismo y Empiriocriticismo**, Lenin profundiza el aspecto materialista del marxismo a través de la crítica del pensamiento idealista de Mach y sus discípulos. En sus **Cuadernos filosóficos**, Lenin profundiza y comenta el aspecto dialéctico del marxismo, su vertiente metodológica proveniente de Hegel. En **El Estado y la Revolución**, Lenin profundiza, glosa y desarrolla la teoría marxista de la sociedad y del Estado, el tercer aspecto básico de la filosofía marxista que sirve de puente o enlace directo con la teoría de la revolución, —propiamente dicha. Esa teoría de la revolución, Lenin no la desarrolló sistemáticamente; la hizo en la práctica. El filósofo cedió su lugar al político, porque Lenin fue eso: un político. En el prólogo de la primera edición de **El Estado y la Revolución**, después de anunciar su propósito de completar ese trabajo con ulteriores teorizaciones sobre la Revolución, Lenin advierte que esta segunda parte seguramente tardará mucho en aparecer, “porque es más agradable y más provechoso vivir la “experiencia de la revolución” que escribir acerca de ella”. Estas palabras fueron escritas el 30 de noviembre de 1917. Esta sola fecha lo dice todo.

El marxismo como filosofía es una crítica de la sociedad capitalista en su esencia. No pretende interpretar ni reflejar las formas concretas que asumen las distintas sociedades capitalistas determinadas en sus contextos específicos. El marxismo es un sistema conceptual que penetra, explica y critica una sociedad abstracta, no por ello menos real, ya que es su esencia la que es develada. Pero esas nociones abstractas no sirven para nada si a base de ellas se quiere operar sobre la realidad. Y los dogmáticos que así proceden se topan frente a “los porfiados hechos” (Lenin) que son siempre concretos y que no obedecen al conjuro de recetas simplistas.

Para que el marxismo fecunde e inspire a la acción revolucionaria es menester que se desarrolle, es decir, es menester que se vaya acercando progresivamente desde su abstracción esencial hasta la circunstancia concreta. Sólo cuando la teoría general es desarrollada en teorías específicas que la suponen; pero que la enriquecen al tomar en cuenta las particularidades específicas de una situación dada, sólo entonces ese marxismo deviene en arma todopoderosa. No cuando teoriza sobre lo general y abstracto, que estando en todas partes no está en ninguna, sino cuando teoriza sobre lo progresivamente concreto, cuando, como dijo Lenin, llega “al análisis concreto de la situación concreta”. Tal es la tarea del analista político marxista, del teórico revolucionario, o si se quiere del político teórico. Esta función analítica es todavía una práctica teórica; pero es a la vez ya una práctica política, porque es “el análisis concreto de la situación concreta” el que orienta y determina a la acción revolucionaria.

En la medida que ya el análisis político es una tarea, a la vez de la práctica teórica y de la práctica política, Lenin como político revolucionario fue también un insigne político teórico. Desarrolló el marxismo en circunstancias especiales, teorizó sobre situaciones más complejas que el “capitalismo puro” que fue el objeto de la reflexión de Marx. En este sentido, Lenin desarrolló el marxismo, fue creador y su aporte al acervo teórico del marxismo en el sentido indicado es comparable a la magnitud y significación de su obra política. Es más, sin este desarrollo creador del político teórico, no habría podido consumarse la obra revolucionaria que lo inmortalizó.

El proceso de desarrollo creador del marxismo, esa marcha de lo abstracto a lo concreto, se da en un doble sentido. En primer lugar, desarrollando el marxismo en el sentido de tomar en cuenta los cambios ocurridos con el tiempo que alteran el modelo inicial del “capitalismo puro” analizado por Marx; y, en segundo lugar desarrollando



el marxismo en el sentido de tomar en cuenta las particularidades regionales o nacionales de un contexto social determinado.

Lenin fue un marxista creador en este doble sentido. Teorizó sobre las modalidades nuevas que asumía el capitalismo en su época y que lo diferenciaban del capitalismo clásico analizado por Marx. Teorizó sobre las particularidades nacionales que el capitalismo asumía en la Rusia de su época, planteando una situación concreta original.

La primera tarea teórica la realizó Lenin a través de su libro, **El imperialismo, fase superior del capitalismo**. Allí desarrolló la teoría marxista del capitalismo dando cuenta de la naturaleza que éste había adoptado en su época, caracterizada por el fenómeno imperialista. Lenin señala las diferencias entre el capitalismo competitivo de la primera mitad del siglo XIX y la del capitalismo monopolista en su etapa imperialista. Elabora así una teoría específica, prolongación de la teoría marxista general, sobre la situación histórica determinada por el imperialismo, caracterizándola adecuadamente y sacando las consecuencias necesarias para la estrategia y la táctica de los revolucionarios. En esta materia Lenin fue el primer teórico que se preocupó de los problemas del subdesarrollo y la dependencia, que ahora tanto inquietan a los científicos sociales contemporáneos.

La segunda tarea teórica, en esta dirección creadora, la realizó Lenin en su obra **El desarrollo del capitalismo en Rusia**. Allí descendió desde las abstracciones genéricas que definen al capitalismo “puro” hasta los niveles complejos de la sociedad rusa en la que aquel modo de producción toma formas originales y novedosas, se combina con texturas sociales provenientes de otras formaciones productivas y recibe ya el impacto de la penetración imperialista. De su análisis surgen ya las características centrales de la política revolucionaria en los países económica y culturalmente atrasados, y queda ya diseñado lo que más tarde será conocido como la ley del desarrollo desigual y combinado.

Lenin enriquece así el capital teórico del marxismo al proyectar en la situación mundial originada por la emergencia del imperialismo en el contexto específico de un país atrasado. En este desarrollo creador del marxismo en las nuevas condiciones de su tiempo, está latente lo que Lukacs, en su penetrante ensayo sobre Lenin, denomina el concepto de la “actualidad de la Revolución”. Es decir, la idea de que la humanidad en su conjunto, considerada como totalidad, está madura para la Revolución Socialista, y sólo es menester buscar el “eslabón más débil” del sistema para desencadenar un proceso irreversible e ininterrumpido que conducirá al derrumbe integral de la sociedad capitalista. La idea de que, estratégicamente hablando, el mundo está ya maduro para el socialismo, y de que la Revolución está a la orden del día, aparece como el resultado políticamente más relevante del análisis leninista de su época y de su país. La significación de esta hipótesis que él puso a prueba en Octubre de 1917, adquiere todo su valor si pensamos que esta concepción fue formulada en un período en que el mecanicismo oportunista de la II Internacional dominaba en la teoría y en la práctica del movimiento obrero. Cuando se define a nuestra época como la época de la Revolución Socialista y se hace comenzar este período con Octubre de 1917, cuando Mao-Tse-Tung expresa que, estratégicamente considerado, el imperialismo es un tigre de papel, se está apuntando a esta esencial concepción leninista de la actualidad de la Revolución que su creador desarrolló en sus años mozos, que le sirvió de norte y de inspiración en toda su actividad revolucionaria y que todavía hoy, más aún que entonces, debe servir de telón de fondo para plantear y promover la empresa revolucionaria.

Lenin, lo hemos dicho y lo repetimos, no obstante su profunda asunción del marxismo,

que profundizó en algunos aspectos, y no obstante la creación intelectual que envuelve su teoría del imperialismo, del desarrollo desigual y combinado y de la actualidad de la revolución; no obstante esta valiosa contribución, no fue esencialmente un teórico, sino un político. Se realizaba trabajando con hechos, no con conceptos. Se satisfacía generando hechos, no ideas.

De ahí que su labor analítica no se limitara a la caracterización, por fuerza abstracta también de situaciones más específicas que las que preocuparon a Marx, pero siempre inclusivas y generales como las que hemos citado. No; Lenin, que quería hacer la Revolución precisamente porque había advertido conceptualmente su posibilidad, descendía en sus análisis a la consideración teórica de situaciones absolutamente concretas y singulares, de aquellas que precisamente lo rodeaban, para sobre ellas concebir una línea y una conducta política revolucionarias. Es éste el punto en que se entrecruza el Lenin teórico con el Lenin político. En el "análisis concreto de la situación concreta", como él decía, se une dialécticamente la teoría y la práctica y surge esta última, lúcida y eficaz.

Hay muchos testimonios de su capacidad analítica que podríamos citar por vía de ejemplo. Bástenos con hacer referencia a sus famosas tesis de abril de 1917, en las que, recién llegado a Rusia y frente a la diversidad de opiniones entre los bolcheviques sobre la situación política, con la consiguiente confusión, aplica su escalpelo conceptual y muestra el cuadro real existente y las posibilidades que se abren y que no se abren para la Revolución. O a sus luminosos análisis políticos de las vísperas de Octubre, de donde concluye como, objetivamente entonces, ni antes ni después, era necesario subordinarse para tomar el Poder. O su fría y esclarecedora visión del cuadro creado una vez cesadas las hostilidades con los alemanes, ante las brutales exigencias e imposiciones de estos últimos, que provocaron las más disímiles, atolondradas e idealizantes reacciones en la dirección bolchevique. En todas estas circunstancias y en tantas otras más, la capacidad analítica de Lenin llevó la luz a los revolucionarios rusos y les permitió acometer con éxito las políticas que fluían de esos análisis. Demostró así Lenin que no se es marxista en balde, y que precisamente por ser él marxista consecuente y creador a la vez, es que pudo responder original y revolucionariamente al reto de una realidad siempre nueva e imprevista.

El análisis teórico de la situación concreta señala el lugar geométrico donde el teórico político se transforma en político teórico, vale decir en político revolucionario. Dijimos ya que la práctica política propiamente tal, que se inspira en la teoría a través del análisis de la situación concreta, comprende varias especies de actividades, fundamentalmente la agitación, la organización y las operaciones estratégico-tácticas. Lenin desarrolló su política actuando en esas tres fases. Fue agitador, fue organizador y fue estratega y táctico.

La agitación revolucionaria es una agitación comprometida social y teóricamente. Comprometida socialmente, porque se trata de mover y conmover a fuerzas sociales en un comienzo pasivas, reticentes o desconfiadas; pero potencialmente subversivas, para llevarlas a la lucha y conducir las al triunfo. Comprometida teóricamente, porque esa movilización de masas en pos de aquello que pueda interesarlas y conmoverlas, debe servir para educarlas políticamente, a fin de que adquieran progresivamente una conciencia revolucionaria, una conciencia de clase que supere su original particularismo corporativo.

Lenin fue maestro en esta actividad del quehacer revolucionario. No se limitó a concebir una política y a convencer de su justeza a la dirección del movimiento. Comprendía que ello de nada valía si no la convertía en fuerza, si no la traducía en hechos

llevando esa política a las masas y desencadenando con ello una conmoción social. Y él mismo acometía esa empresa, utilizando tanto la palabra escrita como verbal, convirtiéndose en periodista revolucionario, en orador de masas, en educador de multitudes. Como agitador periodista, he ahí su labor en *Iskra*, el periódico que concibió, organizó y sacó a la calle para difundir la nueva verdad. A través de su actividad en el periódico, Lenin hizo de sus ideas y las de su partido, un elemento de movilización y concientización popular. Como orador de masas, tanto frente a la muchedumbre anónima, como ante un Congreso de su partido o de los Soviets, Lenin emocionaba, convencía, llamaba a la acción y llevaba efectivamente a ella. No escribía ni hablaba para que le encontrarán la razón, sino para que la energía humana, material y espiritual, se volcara a la acción, enfrentara al enemigo y conquistara físicamente la victoria. No buscaba, ni menos se contentaba, con triunfos intelectuales o morales. Quería y luchaba, como político que era, por el Poder, para hacer la Revolución.

Gran parte, la mayoría seguramente, de sus escritos periodísticos, de sus discursos en las más diferentes circunstancias, de sus folletos, y de sus panfletos, se inscriben por su tono y finalidad, en lo que fue su actividad como agitador. Mientras en su quehacer teórico, podía prescindir del corazón ardiente para quedarse con el cerebro frío, para agitar a las masas, hacerse comprender por ellas, ganar su confianza, confundirse con sus aspiraciones y saber orientarlas —que eso es hacer agitación revolucionaria— para eso sí que es necesario fuego en el corazón y en las palabras. Y las masas lo advertían en Lenin, pese a su rigor y a su repugnancia por la demagogia. Lenin agitaba con la verdad. Nunca recurrió al recurso fácil y populachero. Nunca halagaba a la masa ni descendía hacia ella con el fin de cosechar aplausos que se desvanecen como pompas de jabón. Prefirió muchas veces la derrota, a la victoria comprometida, lograda con el engaño o la conciliación con el error.

No obstante sus condiciones agitativas, a nuestro juicio, la obra maestra de Lenin como político, fue la realización de su concepción del partido revolucionario. Allí se reveló Lenin como artífice del instrumento de la Revolución, que es el partido, sin el cual no hay, en verdad, ni real toma del poder ni menos aún puede haber construcción socialista. El proceso de organización del partido revolucionario es ya el comienzo de la construcción del socialismo. No se puede independizar la naturaleza del instrumento de la finalidad que persigue. La Revolución se prefigura, se anticipa en el instrumento que la realiza. De allí que el carácter que Lenin teóricamente le asigna al partido y que luego es capaz de convertir en hechos, es a su vez el carácter que distingue y marca a la Revolución Socialista.

No es ésta la ocasión para extenderse en reflexiones acerca de la teoría leninista del partido. Bástenos destacar sólo algunos rasgos de sus concepciones y prácticas organizativas que nos permiten valorar adecuadamente la magnitud de su creación en esta materia. Desde luego, Lenin concibió la organización en función de la naturaleza de las tareas políticas que procedía desarrollar en determinado medio social. Su modelo de partido se ajusta, no sólo a las características que necesariamente debe tener toda organización que articule comportamientos políticos de signo revolucionario y socialista, sino específicamente también, a las peculiaridades del quehacer político en la Rusia zarista de principios de siglo. No hay rasgo del ambiente en que debía moverse el revolucionario, que no fuera recogido y no encontrara su réplica en la naturaleza de la organización. El centralismo democrático, la organización celular, el número de sus integrantes, la naturaleza de los enlaces entre sus diferentes organismos, el sistema de reclutamiento, el régimen disciplinario, etc. son todas características orgánicas que reflejan como Lenin supo adaptar a la realidad de su época y de su país, la estructura del parti-

do revolucionario, que a fin de cuentas fue su partido.

En resumen, la estructura de su modelo partidario se ajusta como la llave a la cerradura, a las modalidades de lucha impuestas por las condiciones de una dictadura autocrática y tradicional en un país grande, atrasado, con mayoría abrumadora de campesinos; una pequeña, pero combativa clase obrera y una reducida, pero lúcida intelectualidad radicalizada.

En un plano más general, Lenin definió acertadamente al partido como la síntesis entre el movimiento obrero y la teoría revolucionaria, distinguiendo claramente entre la política de clase promovida por el partido, concebida como agente real de la praxis revolucionaria, y las aspiraciones inmediatistas y economicistas al nivel de la conciencia corporativa. Supo pues distinguir entre la clase y su partido, que es su conciencia y su vanguardia; pero que no se confunde con ella. Y advirtió también Lenin los peligros que encierra esa concepción del partido, al hacerlo proclive al burocratismo y a devenir en una dictadura sobre la masa, aislándose de ella. En sus últimos años se preocupó especialmente de este problema, intentando defender su concepción del centralismo democrático, ante las tendencias autocráticas de una burocracia que en su testamento ya presentía sería encarnada por Stalin.

Concepto eje de las concepciones organizativas de Lenin fue la idea del revolucionario profesional como núcleo del partido, y definido como un hombre cuya actividad fundamental es el trabajo revolucionario, sin lazos que lo comprometan con el sistema social que combate, hasta el extremo que su subsistencia deba depender del Partido y no del ejercicio de alguna actividad lucrativa en el seno de la sociedad global. Subyace en el fondo de esta concepción, la idea de que para que el dirigente revolucionario pueda ser consecuente, es preciso evitar que su inserción en la sociedad global a través de alguna actividad lucrativa pueda oscurecer o deformar su perspectiva revolucionaria. La entrega absoluta a la causa y al partido aparece así como ingrediente necesario para quienes tienen la responsabilidad de dirigir el movimiento revolucionario.

Lenin practicó su ideal orgánico. No fue un "teórico" de la organización sino un organizador y sus concepciones organizativas se forjaron en la experiencia concreta de su trabajo revolucionario. No teorizó solamente sobre el revolucionario profesional. Fue un revolucionario profesional y subordinó en su vida, con una consecuencia increíble, todo lo que hacía, a las exigencias de su faena revolucionaria. No sólo él actuó en esa forma, sino que supo hacer que su partido y su liderazgo actuaran en forma similar y se articularan conforme sus ideales organizativos para mejor cumplir su cometido subversivo y concientizador. Creó así una realidad fáctica: el instrumento concreto para una revolución, el agente idóneo para llevar a cabo la transformación socialista de la sociedad a través de la captura del poder. Probó ese instrumento en Octubre exitosamente y señaló por tanto una metodología creadora al respecto que no ha sido emulada con posterioridad.

De un correcto análisis político de la situación concreta, de una adecuada labor agitativa para despertar y lanzar al combate a las fuerzas que en esa circunstancia y conforme a su análisis, son potencialmente subversivas, y de una idónea política organizativa de dichas fuerzas, fluyen necesariamente una estrategia y una táctica correctas. No es de extrañar así, que la unión en Lenin de su capacidad analítica y de su aptitud agitativa y organizadora, emergiera naturalmente el elaborador de líneas estratégicas y tácticas eficaces y certeras. La eficacia de una línea estratégica o táctica depende de lo certero del análisis político que la condiciona y de la capacidad agitadora y organizativa para aprovechar los recursos que la situación revolucionaria coloca a disposición de las vanguardias dirigentes. El aprovechamiento óptimo de las condiciones crea-

das por la derrota rusa frente a los alemanes en 1917, para poner en juego a su partido para la conquista del poder, con la consiguiente política de alianzas y de aislamiento y debilitamiento del enemigo de clase fundamental, constituye la máxima hazaña política de Lenin y lo inscribe definitivamente entre los más geniales estrategias y tácticos políticos que ha producido la humanidad.

Lenin fue así el artífice fundamental de la Revolución Rusa, la primera revolución socialista en el mundo. Y como subproducto de su actividad al respecto, dejó sus reflexiones teóricas sobre la naturaleza y condiciones de la situación revolucionaria, clásicas ya en la ciencia política, y que han servido y sirven de base todavía a los más profundos estudios sobre la materia.

Distinguíamos más atrás entre el político cuyo arte consiste en saber ganar el poder, de aquel que se realiza fundamentalmente desde el poder, poniendo en práctica los objetivos buscados, el llamado estadista u hombre de Estado.

Lenin fue un hombre de Estado. No sólo el revolucionario que se agosta y consume en la búsqueda exitosa del poder, cediendo luego el paso a otros hombres que le suceden después para realizar desde arriba sus metas políticas. Una vez logrado el Poder, supo utilizarlo y en las nuevas condiciones de la revolución triunfante, supo desplegar con la misma eficacia que desde el estado llano, sus aptitudes de analista político, agitador, organizador, estrategia y táctico.

Tanto en la lucha por el poder, como desde el poder, su conducta fue siempre presidida por una concepción dialéctica del proceso político. Tanto el Partido como el Estado, a juicio de Lenin, debían desarrollarse y encontrar su línea justa combatiendo y superando en la teoría y en la práctica las desviaciones de derecha y de izquierda que engendra naturalmente el proceso político y que traducen en una u otra forma los intereses y las ideologías de las clases no revolucionarias. La verdad en el Partido y en el Estado, no están dadas: se conquistan y se definen como producto de la lucha de tendencias encontradas, cada una de las cuales aporta su cuota de verdad y de error al resultado final, integrando las verdades parciales en una verdad más profunda, lograda precisamente por la superación de los errores parciales y opuestos.

La Revolución no se desarrolla así linealmente, sino a través de un proceso zigzagante, de avances y retrocesos, cada uno de los cuales posibilita un progreso ulterior. La frase leninista "un paso hacia atrás, dos pasos hacia adelante", sintetiza esta concepción dialéctica del proceso político que él aplicó tanto en su labor para crear el partido como en sus acciones desde el poder para construir el socialismo. El establecimiento inicial del llamado "comunismo de guerra", una vez tomado el Poder, para luego dar marcha atrás, con la famosa N.E.P. (Nueva Política Económica) que marca una retirada estratégica en los ambiciosos planes iniciales, testimonia esta flexibilidad dialéctica de Lenin, que lo distingue tajantemente de los teóricos ideologizantes que, a diferencia suya, no pueden discriminar entre la realidad, siempre concreta y compleja, y los esquemas teóricos, siempre y por definición, abstractos y simples. Enemigo implacable del oportunismo, Lenin fue sin embargo un realista, en la medida que utilizó la teoría como marco de referencia para interpretar la realidad; pero nunca como un sustituto de la misma, error en que incurren desgraciadamente muchos de los que se dicen sus seguidores. Sus célebres escritos contra el oportunismo de Kautsky, por una parte, y su libelo en contra de los dogmáticos alemanes, **El extremismo, enfermedad infantil del comunismo**, nos dan cuenta de su persistente lucha en dos frentes para desarrollar creadoramente el pensamiento y la construcción socialistas.

Desde el poder, Lenin no confundió nunca su rol como dirigente máximo del Estado Soviético, con su papel de líder indiscutido del proletariado revolucionario mun -

cial. Mientras en su primer carácter supo conciliar y hasta retroceder en muchas ocasiones, como fundador y promotor de la III Internacional encarnó los intereses generales de todo el movimiento revolucionario y mantuvo una política coincidente; pero no idéntica, a la que desarrollaba la Unión Soviética como Estado particular, con intereses y problemas específicos. Fue a espaldas suyas, y sobre todo después de su muerte, que se desarrolló la peligrosa tendencia a identificar el interés de la Unión Soviética con el interés del movimiento revolucionario mundial. No veía Lenin inconsecuencia alguna entre permitir la segregación del Imperio Zarista de las nacionalidades que no deseaban seguir integrando esa unidad política, de acuerdo con el principio de autodeterminación de los pueblos, y su política internacionalista, que en la misma época lo llevaba a estimular al movimiento revolucionario en toda Europa, sin renuncios ni reticencias.

Desde el poder, Lenin desarrolló creativamente en la práctica la política de dictadura del proletariado, que teóricamente había diseñado en su libro *El Estado y la Revolución*. Supo ver en la aceptación práctica de este principio la línea divisoria que separaba a los verdaderos revolucionarios de aquellos que, pretendiendo serlo, no lograban emanciparse de la ideología burguesa, pseudodemocrática y formalista, que les impedía percatarse del carácter de clase de la sedicente democracia parlamentaria. Su lucidez teórica al respecto no le impidió valorar el significado que pudiera tener en determinadas ocasiones el uso de los medios que franquea la democracia burguesa, como las elecciones y la actividad parlamentaria, para desarrollar la política revolucionaria. En este punto como en tantos otros, supo adaptar a las exigencias de la lucha, toda suerte de tácticas de combate, sin caer en las rígidas posiciones dogmáticas que en estas cuestiones suelen incurrir muchos de sus seguidores.

La dictadura del proletariado, ejercida por mediación del partido, vanguardia y fuerza dirigente de la clase obrera, no la confundió jamás, como lo dejamos dicho más atrás, con la dictadura ejercida por el partido sobre la clase y el pueblo. Lenin procuró siempre que la democracia en el seno del pueblo, permitiera a éste ligarse auténticamente con la dirección revolucionaria. Desgraciadamente, después de su muerte, la permanente preocupación en sus últimos meses de vida por evitar la deformación burocrática y autocrática de la dictadura proletaria, no continuó en sus seguidores, que no pudieron impedir las arbitrariedades y abusos de la época stalinista.

Decíamos más atrás que un rol político importante, tanto antes como principalmente después de la toma del poder, era el saber articular adecuadamente la política con las técnicas necesarias para poder implementarla y llevarla a cabo en la realidad. Más de alguna empresa revolucionaria se ha visto seriamente comprometida por la carencia de recursos técnicos necesarios para poder operar con la realidad o por la errónea subvaloración de la importancia que las tecnologías tienen en el proceso de la construcción del socialismo.

Lenin tenía conciencia cabal de la significación de este problema. El trato especial y favorable que confirió a la burocracia calificada, y a los técnicos y a los científicos, a pesar de su reticencia y hasta su resistencia a la Revolución, revela el valor que asignaba a su contribución para poder hacer realidad los planes gubernativos. El estímulo que dio a la ciencia y a la educación superior, incluso en períodos singularmente difíciles, y los compromisos a que llegó en plena euforia revolucionaria, hasta con los capitalistas yanquis, para poder aprovechar su tecnología moderna, son indicadores decisivos en el mismo sentido. Su célebre frase, "el comunismo es los Soviets más la electrificación" demuestra la valoración que Lenin le asignaba al dominio y disposición de la técnica para poder hacer avanzar las fuerzas productivas, incluso en las condiciones del socialismo. De ahí también su empeño por estar al día en los adelantos científicos

y por colocar a la nueva ciencia soviética en el más alto nivel posible. El dominio del propio Lenin sobre las ciencias sociales, su cultura universalista y su permanente inquietud por los progresos científicos y tecnológicos, que le permitían calibrar personalmente la conveniencia de tal o cual solución técnica a un problema planteado, en función del avance de la construcción socialista, le ahorró a la Revolución Rusa muchos dolores y creó las bases esenciales sobre las que sus sucesores, significativamente Stalin, pudieron llevar a cabo la portentosa industrialización del país, durante los primeros planes quinquenales. El realismo de Lenin, condición esencial del político eficaz, puede medirse por su clara comprensión de que sin la posibilidad objetiva de dominar la naturaleza mediante la ciencia y las técnicas derivadas de ella, es imposible desarrollar las fuerzas productivas y crear así las condiciones objetivas para la construcción y consolidación del socialismo.

Alguien podría pensar que este registro estructurado de las condiciones excepcionales de Lenin, como teórico, político revolucionario y hombre de Estado, lleva el pecado de un cierto "culto a la personalidad". No es así, sin embargo. Lenin cometió errores. En su incursión por la filosofía, en *Materialismo y Empiriocriticismo*, nos parecen evidentes las limitaciones de su pensamiento en algunos aspectos. Como revolucionario, se equivocó más de alguna vez y los estudiosos han precisado ya cuáles fueron sus errores más importantes. Como estadista, desde el poder, tampoco fue infalible. Pero la verdad es, que esos errores no afectan el valor de su contribución política al socialismo, e, incluso, esos errores fueron siempre en él ocasión para superar sus puntos de vista limitados o parciales.

Lo que ocurre es que por una casualidad impresionante, que no se repite con frecuencia y que aún más, es casi estadísticamente irreplicable, se dieron en Lenin atributos de personalidad y actitudes psicológicas positivas que es muy difícil encontrar en un mismo individuo. Lo normal es que los diferentes roles que cumplen las distintas fases del proceso político se radiquen en los hechos en distintas personas, cada una de las cuales se articula bien o mal con las demás, configurando la secuencia del quehacer revolucionario.

Singularmente, la personalidad de Lenin reunía atributos y predisposiciones heredadas o desarrolladas por él mismo, que le permitieron asumir con eficacia en su persona, el conjunto básico de roles políticos que requiere el desarrollo, la culminación y la realización de la obra revolucionaria. Este conjunto de aptitudes estaba estructurado en él en función de la praxis revolucionaria, que constituía no sólo el valor determinante de sus actuaciones, sino también el canal a través del cual podía verter la energía física y espiritual que brotaba de su rica emotividad y de su impetuoso impulso vital. Fue capaz Lenin de hacer carne en él —lo que pocos pueden lograr— su propio modelo de político revolucionario, en el que en síntesis armoniosa se complementan, "el cerebro frío, con el corazón ardiente". El podía alcanzar esa cima de integridad humana. Por eso es que su genio, iluminado por el marxismo, fue capaz de cumplir a cabalidad una polifacética labor, centrada en el objetivo trascendente de hacer la Revolución, la gran pasión de su vida. Su lucidez teórica le permitió encontrar el cauce adecuado, para que esa pasión pudiera volcarse primero y trocarse después en una revolución triunfante, que abrió para el hombre la etapa más significativa y preñada de futuro de toda su historia.

Al comenzar estas líneas, precisamos la orgánica y vital articulación que nuestra época tiene con la actividad política, con la Revolución. Esa articulación específica distingue a la situación histórica en que vivimos y destaca por tanto, a la política y a los políticos como sus expresiones más plenas de sentido. En la política y entre los

políticos, Lenin sobrepasa a sus contemporáneos. A través de esta ligera revisión de la forma como se insertó en el quehacer revolucionario, hemos podido entrever por qué su política hizo historia y por qué como político ingresó a la historia.





JAIME CASTILLO VELASCO

# LENIN, HOMBRE Y FETICHE

Lenin fue un hombre; es un fetiche. Hablar sobre él y su obra resulta por eso mismo una tarea difícil. Es preciso desmontar la maraña de propaganda negativa, por una parte, y apologética, por la otra. Hace falta colocarse en el verdadero lugar del historiador: con capacidad para comprender situaciones de una complejidad suma y, al mismo tiempo, saber enjuiciar críticamente hombres y hechos. Cuando se trata de Lenin, el caso es aún más dificultoso que en otros. La indudable grandeza de sus intenciones y de su obra está vinculada a puntos de partida, a métodos y finalidades demasiado discutidas. Esta contradicción asume caracteres dramáticos y prácticamente universales. Detrás de ello, está todavía el culto que, por razones muy poco idealistas, le dedican partidarios fanáticos y a veces fingidos. La imagen beata, en el sentido vulgar de esta palabra, aparece en la frase ritual que se dicta a los niños soviéticos: “nuestro Lenin”. Eso oculta al pensador, al político, al hombre. Eso conduce a la inverosímil verdad: los mismos que ordenaron construir el mausoleo donde se le tributa culto religioso, escondieron durante más de treinta años el documento que recogía sus consejos políticos finales, y se negaron torvamente a poner en práctica sus urgentes instrucciones. ¡A rey muerto, rey puesto; Ellos entran a una nueva etapa de alienación y necesitaban adorar al fetiche muerto; pero obedeciendo al fetiche vivo...

Estas líneas van dirigidas a quienes todavía desean reflexionar sobre Lenin y su tarea histórica. Por cierto, lo hacemos desde ángulos personales y con limitaciones muy grandes. Se trata de una tentativa. La caparazón del “marxismo leninismo” oficial no nos ayudará quizás mucho; pero, por fortuna, existe una literatura capaz de suministrar el material necesario. Nos atenderemos a esa dirección.

## I. Lenin, “el más terrestre de los hombres”

Mayakovsky, en su poema dedicado a Lenin, acuñó esa hermosa definición. Creemos que ella puede ser tomada bajo dos significaciones. Y ambas juntas proporcionan la clave para entender al hombre y al político.

En primer término, Lenin fue “terrestre” en el sentido de estar vuelto completamente hacia la realidad de la vida y de las cosas. Caminaba sin ilusiones; pero con una fe terrible. Creía saber cuáles eran sus fines. Parecía tenerlo todo pensado y madurado. Los hombres, para él, no eran imágenes ni sueños. Eran hombres. Tenían necesidades y luchaban por satisfacerlas más allá del odio y del amor. La tarea de Lenin era liberar a los oprimidos por el régimen capitalista, yendo derecho al grano. Ningún “idealismo” debía perturbar su ideal. ¡Ni sentimientos ni sueños separados de la realidad!. Pero, en verdad, era en todo momento un hombre cabal que pensaba, sentía, soñaba y actuaba, en un solo acto de su espíritu. Y como soñaba sobre el destino de la Humanidad oprimida, es decir, de los hombres terrestres, dedicó su existencia a mejorar las cosas aquí en la tierra.

Al mismo tiempo, ser “terrestre”, en Lenin, significaba otra cosa. La voluntad de suprimir los sentimientos y los valores o, mejor dicho, de subordinarlos a una situación regida por necesidades e intereses, lleva inevitablemente a separar los medios de los fines. En ese momento, aparece la crueldad como fruto genuino de las relaciones humanas.

En tal sentido, la mentalidad de Lenin no es una mera consecuencia del racionalismo objetivista de Marx. Hay elementos característicamente rusos. Ya alrededor de 1860, cierto tipo especial de extremismo estaba representado por el célebre Sergio Nechaev. La nota más saliente de su actitud está en un radical sentimiento de separación, acompañado de odio irreductible. “Nechaev, dice Berdiaeff, era un fanático convencido hasta la exaltación. Su psicología es la de los antiguos “raskolnikis”: dispuesto a quemar a su vecino, pero también a arrojarle él a la hoguera”. Este hombre buscaba la creación de un partido centralizado, fuerte, dogmático, en el cual la disciplina dura y rígida fuera el único motor. Sus opiniones, recogidas en el famoso **Catecismo del revolucionario**, son definitivas. “El revolucionario, dice, es un individuo característico. No tiene intereses ni negocios, ni sentimientos personales ni ligaduras, nada que le pertenezca, ni siquiera su nombre. Todo está en él consagrado a un interés exclusivo, a un solo pensamiento, a una sola pasión: la revolución”.

Ideas análogas pueden ser halladas en otro ruso: Katchev. Buscaba asimismo organizar un partido representante de una minoría fuerte y disciplinada, capaz de conducir a las masas por la vía de la revolución. Se reconoce aquí el concepto leninista del partido como vanguardia del proletariado.

Lenin fue pues el heredero de una tradición intelectual racionalista, seca y de una ética deshumanizada. Su papel, como organizador del Partido bolchevique, y sus actos, como gobernante, están cortados por el mismo padrón. El problema se resume en el concepto bolchevique acerca del valor de la vida humana. La dureza, la objetividad, la ausencia de sentimentalismos se imponen. Los combatientes desarrollan entre sí un compañerismo profundo; pero ligado a la disciplina partidaria. Esto los conduce de un extremo al otro: desde el heroísmo y el ascetismo más perfectos hasta la actitud fanática y cruel. Todo se traduce en una sola cosa: la entrega total del individuo al Partido. Lenin forjó esa vanguardia. La “centralización y la disciplina más severas” constituyen, para él, aspectos fundamentales. De este modo, organizó lo que él mismo llamara una “oligarquía”. Y agregaba: “el que rebaja, por poco que sea, la disciplina de hierro del proletariado (sobre todo en la época de su dictadura) ayuda de hecho a la burguesía contra el proletariado”.

De una manera formal, estos conceptos pueden ser justificados. Pero, ellos tienen una lógica propia que se encarna fácilmente en realidades políticas muy concretas y a veces muy deshumanizadas. La “oligarquía” de Lenin pretendía ser, en verdad, una

aristocracia, es decir, un grupo selecto de dirigentes con amplio arraigo en la masa. Pero las relaciones humanas dentro de los partidos "marxistas-leninistas" no han estado presididas por el compañerismo. En el instante de una ruptura grave, el espíritu de compañeros se convierte en el odio que la teoría supone en la lucha de clases.

Ninguna arma está prohibida. Y eso explica la historia de las luchas de Lenin contra sus adversarios de afuera y dentro del Partido. Y de manera mucho más trágica, ilustra los acontecimientos posteriores a su muerte, incluso las consecuencias que palpamos hoy día.

En este momento, el Lenin paternal, el de los niños soviéticos, el hombre de la vida familiar, el compañero prudente, el político flexible, el ciudadano de sencillez extraordinaria, el conductor de su pueblo, la figura inmortal no puede ser separado del dictador que eliminó implacablemente todos los obstáculos, que impidió cualquier forma de oposición política, que organizó el terror, que ordenó aplastar a los marineros de Kronstadt y a las tropas de Machno, y que miraba los dolores de la lucha (incluso los suyos propios) como cosas naturales.



## II. Lenin y el marxismo

Partidarios y contradictores suelen coincidir en el juicio de que Lenin fue algo así como la encarnación histórica del marxismo. De esta opinión fluyen algunas interpretaciones políticas muy generalizadas. Así, por ejemplo, para los partidos que desean inspirarse en el marxismo, la figura de Lenin es intocable. Está por encima de cualquiera contingencia, discrepancia o situación. Son leninistas por dogma, como los comunistas chilenos, o por definición obvia, como los socialistas de nuestro país. Por otra parte, los partidos socialistas, que no aceptan la posición comunista nacional o las tesis soviéticas, se sienten también arrastrados a abjurar de Marx. En el mejor de los casos, lo incorporan de manera muy indirecta o prescinden de él. En suma, la conciencia superficial del político socialista supone la identificación de Lenin con la teoría marxista y que el leninismo es, como lo definió Stalin, el marxismo de la época imperialista.

¿Es esto claro?. A nuestro juicio, no. Marx y Engels dejaron una cantidad de problemas sin resolver. Sobre ellos, la segunda y tercera generación marxista apenas se pronunciaron. El mismo Lenin no alcanzó a conocer algunos textos capitales de Marx. En el hecho, la doctrina del fundador y la práctica de sus discípulos han sido un permanente foco de división interna. A este respecto, el grupo bolchevique de Lenin no era más que una nueva posición. Pero ella adquirió una importancia grande tanto por la personalidad de su jefe como por el hecho de que él tomó el poder más tarde, mientras que los marxistas de la Europa occidental no pudieron hacerlo. Desde ese instante, las soluciones leninistas comenzaron a ser identificadas con el marxismo puro, a fin de ganar la polémica planteada. Obsérvese, por ejemplo, que el trabajo de Stalin sobre **Los fundamentos del leninismo** (1924), está completamente dirigido contra los marxistas occidentales. Se produce pues un ambiente de polémica enconada. Aquéllos para los cuales fue inaceptable el régimen de Stalin, sintieron la necesidad de distanciarse también de Lenin y hasta de Marx. El bolcheviquismo ruso o soviétismo pasó a ser el único marxismo-leninismo válido, hasta estos últimos años. Hoy día, tal posición está siendo superada por el extremismo de izquierda (Mao y Guevara) y por el antidogmatismo teórico que surge de la tendencia al "socialismo con faz humana".

Ante este cuadro, ¿cuál fue el aporte de Lenin al marxismo?. ¿Es legítimo considerarlo como una fuente doctrinaria?. ¿O su papel se reduce al de un expositor y un ejecutor?. ¿Qué vale más en él: la labor de orden doctrinario permanente o el hecho de haber sido el primero que ejerció el poder bajo el nombre del marxismo?. ¿Dicho poder fue usado dentro de la teoría marxista?. La sociedad que resultó ¿puede ser descrita como marxista?. ¿Qué viene a ser en suma el marxismo leninismo?

Tales cuestiones no han sido siquiera desfloradas por el "marxismo-leninismo" oficial. En el hecho, la disputa interna prueba que el tema debiera ser estudiado a fondo. Hasta ahora tenemos solamente: primero, la infabilidad de Lenin como teórico y práctico del marxismo; segundo, la versión trotskista que une Trotsky a Lenin, pero rechaza tendencias y métodos del stalinismo; tercero, la interpretación stalinista que identifica a Lenin exclusivamente con Stalin y su Gobierno; cuarto, la línea oficialista posterior a 1956 que vincula a Lenin con la historia de la URSS, pero sacando de ella a Trotsky, Stalin y demás dirigentes que alguna vez participaron en la controversia interna; quinto, el leninismo de las tendencias "ultra" de nuestro tiempo (Mao, Castro o Guevara); sexto, el leninismo no enfatizado, pero vivo de los reformistas: comunismo yugoslavo, italiano, checoslovaco; séptimo, el leninismo abstracto y teórico de todos los marxistas de hoy que permanece como un fondo intocado e intocable, como una leyenda; octavo, la lenta revisión filosófica y crítica, a veces de dentro y otras veces de

afuera, que pone las cosas en su lugar.

Esto necesita algunas puntualizaciones.

A) *En el plano de la filosofía.*

¿Qué aportó Lenin a la filosofía del marxismo?. Creemos que el punto puede ser visualizado de la siguiente manera:

Lenin fue un agudo lector de las obras de Marx y Engels. Captó a fondo su pensamiento, desarrolló un enorme número de observaciones profundas y sutiles, aplicó el sentido de esas ideas a la vida cotidiana del político revolucionario. Su bagaje filosófico era, sin embargo, escaso. A pesar de ello, no trepidó en intentar un examen de las tendencias que, en su tiempo o su país, influían sobre el marxismo de manera contraria a la versión que él sostenía. Es responsable directo de una politización mezquina del análisis filosófico. De hecho, jamás se elevó lo suficiente como para ser considerado un filósofo. Su estilo polémico lleno de sarcasmos y calificativos, personalista y sectario, ha influido en la literatura comunista de la época posterior y ha llegado a producir verdaderas monstruosidades de fondo y de forma.

Pero, dentro de esto último, siempre hay algo del talento indudable de este hombre "con el corazón ardiente y la cabeza fría". Bajo la suposición de que estaba suministrando una prueba en favor de la fórmula "unidad de los contrarios", Lenin redescubrió —por ejemplo—, con notable perspicacia, la teoría de la relación entre lo universal y lo singular en la filosofía de Aristóteles.

Por otra parte, sin embargo, su farragoso trabajo sobre **Materialismo y Empirio-criticismo** es una polémica contra el idealismo filosófico que descansa en dos confusiones simplistas y burdas: primera, la que hace entre el materialismo, (como concepción de la naturaleza y de la vida), y la teoría realista del conocimiento (que acepta la existencia de una realidad fuera de la mente); segunda, la de pretender refutar el idealismo de su época (señaladamente Mach, Avenarius y los seguidores rusos) a partir de un realismo gnoseológico ("materialismo", en su lenguaje) ingenuo, primitivo, dogmático.

En general, el marco filosófico de Lenin es el marxismo tradicional expuesto por Engels. Las notas sobre el método dialéctico revelan su agudeza de análisis, pero básicamente descansan en el uso ritual de los esquemas engelsianos ("materialismo" contra "idealismo", "dialéctica" contra "metafísica"). No hay nada que merezca ser señalado.

Respecto del materialismo histórico, no alteró ni en un punto la teoría; pero la modificó substancialmente en la práctica, según veremos más adelante.

B) *Donde el marxismo se convierte en leninismo.*

Los aportes de Lenin al marxismo hay que buscarlos más bien en el terreno social y político. A nuestro juicio, se puede decir que lo enriquece en los siguientes puntos:

1. Aporta la tesis de que el imperialismo es la etapa superior del capitalismo, y automáticamente deriva una estrategia: la de que es necesario concentrar todos los esfuerzos en la lucha contra el imperialismo. Esto ha pasado a ser la consigna fundamental de nuestro tiempo.

2. Afirma la posibilidad de que se haga la revolución en países atrasados pero que representan eslabones débiles de la cadena manejada por el imperialismo.

A través de esta posición, Lenin justificó su propia vida: ser revolucionario en la Rusia de los Zares. Estableció, al mismo tiempo, una estrategia para el movimiento en todo el mundo. En adelante, nadie iba a tener la sensación de que ser revolucionario era esperar que maduraran las condiciones. La tesis del desarrollo desigual del capitalismo permitía atacar a éste, aun en las partes donde el desarrollo económico no debiera

hacer posible una revolución triunfante que llevase al socialismo.

Mas, al mismo tiempo, este aporte de Lenin planteaba un problema delicado a la teoría marxista. En el hecho, la primacía doctrinaria del factor económico sobre los demás iba a quedar en una suerte de indefinición. Sería muy difícil ahora sostener la existencia de un criterio objetivo capaz de guiar a los dirigentes. Ellos tendrían, en cada caso concreto, razones de diverso tipo para hacer la revolución o dejar de hacerla. Lenin había introducido la voluntad revolucionaria como parte de la situación revolucionaria. Sabemos que el mismo punto de vista es el que los teóricos castristas y algunos marxistas heterodoxos están planteando hoy contra el viejo "leninismo".

3. Definió al partido revolucionario como la vanguardia del proletariado.

Esta proposición también introduce una duda dentro de la teoría marxista clásica. Es sabido cómo se discute allí sobre la relación entre los factores económicos y los voluntarios. La idea de un partido "vanguardia del proletariado" supone que la realidad objetiva de la lucha no basta para despertar la conciencia de clase. Es preciso, para ello, algo así como un factor de conciencia pura. Este es representado por el grupo de dirigentes. La clase proletaria necesita ser conducida.

4. Resuelve el problema acerca del contenido político de la dictadura del proletariado.

Sobre esta materia, el marxismo tradicional no era claro. Era imposible definir con certeza el pensamiento de Marx al respecto. La dictadura del proletariado ¿es una concepción sociológica que determina la naturaleza social del Estado obrero?. ¿O es un concepto político que organiza el poder como pura y simple dictadura del Partido revolucionario?. En el primer sentido, (que era el de los social demócratas), la dictadura del proletariado podría incluso verificarse a través de los órganos de la democracia. En el segundo, la noción toma un significado muy concreto. La dictadura no es solamente para los burgueses en resistencia, sino para todo ciudadano que rechace los métodos establecidos. El Gobierno asume todos los poderes. No hay fuerzas que lo limiten desde fuera. El leninismo viene a ser un poder omnímodo en manos de los comunistas.

5. Con todo, estos aportes de Lenin al marxismo piden algunos esclarecimientos:

La tesis relativa al imperialismo es típicamente una aplicación de las teorías marxistas a la realidad histórica contemporánea.

La tesis sobre la posibilidad de hacer la revolución en países atrasados es, en buena medida, original; pero corre el peligro, como ya sabemos, de introducir en la base misma de la teoría un nuevo factor perturbador. Podríamos decir que se trata en este caso de un punto de vista revisionista.

La concepción del partido como vanguardia del proletariado es nueva en el mismo sentido que la anterior; pero de hecho expresa la voluntad natural de todo partido popular.

El concepto de la dictadura del proletariado como dictadura política del partido comunista es una precisión dentro de las tesis generales del marxismo y parece tan legítima como la hipótesis formulada por Kaustky, por ejemplo.

6. A nuestro juicio, el verdadero aporte de Lenin al marxismo es haber hecho una revolución.

Entendemos por revolución el intento exitoso de tomar por asalto el poder, en la vieja Rusia, con el objeto de trastornar sus bases sociales. Esa revolución triunfó en el sentido de que produjo el derrumbamiento del Estado tradicional, suprimió la etapa de la democracia liberal y organizó un poder apoyado en una institución popular y completamente nueva: los soviets.

Muchas de las premisas marxistas tuvieron allí una aplicación, en general, sin em-

bargo, el desarrollo de los acontecimientos condujo a Lenin y a sus sucesores por la vía de un practicismo bastante notorio. Teorías y necesidades se confundieron hasta hacer de la política y la realidad soviéticas (más tarde del mundo comunista) un universo difícil de definir de acuerdo con nociones previas.

Mas, cualquiera que sea el juicio definitivo, la Unión Soviética ha pasado a ser un hecho por sí misma. Hay que juzgarla por lo que hace y no tanto por una especie de referencia a los principios marxistas.

Si de todos modos hemos de hacernos la pregunta, diremos que, a nuestro juicio, ella no responde a las intenciones del humanismo marxista. Ha sido incapaz de crear una comunidad fraternal de hombres, sin estructuras de clases, sin opresión política, con participación de todos en el ejercicio del poder social; en suma, la sociedad comunista de nuestra época no ha liberado al hombre. Construyó una sociedad que reposa en la fuerza y en una acumulación antes no conocida de poder social y económico en manos de pocos.

Los análisis de Marx no conducían a eso.

### III. Lenin y el Estado Soviético

Otra de las opiniones habituales es la de identificar al Estado soviético con el pensamiento y los propósitos de Lenin. Tal actitud corresponde, por de pronto, al "leninismo" oficial y también a la imagen cultivada por los adversarios derechistas del comunismo. A unos y a otros interesa mantener dicha identificación.

En cambio, la tesis contraria es sostenida por quienes representan el punto de vista del marxismo leninismo no oficial.

En verdad, es absurdo pensar que un planteamiento como el mencionado, sea sostenido sin más ni más. Hay suficiente controversia dentro de las filas leninistas como para hacer imposible la tesis del acuerdo sustancial entre Lenin y sus sucesores. No hace falta repetir aquí una historia conocida. Lo que importa es que la respuesta a la pregunta anterior depende del concepto que tengamos sobre la naturaleza social y política de la Unión Soviética. Si entendemos que ella representa al socialismo, nos será fácil deducir que el movimiento revolucionario iniciado por Lenin inspira todo lo que allí sucede. Si avanzamos más y pensamos que la Unión Soviética cumple la etapa de transición entre el capitalismo y el comunismo, juzgaremos que se está siguiendo paso a paso la teoría marxista-leninista.

A nuestro juicio, la respuesta es otra.

La Unión Soviética es una creación marxista en el sentido parcial y relativo que mencionábamos antes. Es leninista de la misma manera. Podemos aceptar plenamente que, mientras gobernó el propio Lenin, éste impuso su criterio. Pero, aun en vida, comprobó el lento proceso de desviación hacia el ejercicio burocrático del poder. Sus angustias de última hora no tuvieron consecuencias. La Unión Soviética se encaminó hacia la forma del Estado totalitario.

Nosotros diríamos que la diferencia entre la fase leninista y la fase stalinista reside en que la primera verifica más auténticamente la visión del anarquista Bakunin. El escribió las siguientes e interesantes palabras: "Creo que en Rusia, más que en otras partes, será indispensable un fuerte poder dictatorial, un poder que estará preocupado exclusivamente de la elevación y la instrucción de las masas; un poder libre en su tendencia y en su espíritu, pero sin formas parlamentarias; con posibilidad de imprimir obras de contenido libre; pero sin libertad de prensa; un poder rodeado de partidarios,

ilustrados por sus consejos, afianzado por su libre colaboración, pero que no esté limitado por nada ni por nadie. Me decía que la diferencia entre esa dictadura y el poder monárquico consistiría únicamente en que la primera, según el espíritu de sus principios debe tender a hacer superfluas su propia existencia, porque no tendría otro fin que la libertad, la independencia y la progresiva madurez del pueblo, mientras que el poder monárquico, al contrario, se esfuerza siempre por hacer su propia existencia indispensable y está, por lo tanto, obligado a mantener a sus súbditos en un perpetuo estado de infancia”.

Hoy en día, nadie discute la diferencia entre la Unión Soviética de Lenin y la de Stalin, en cuanto al régimen político y espiritual. De ser de otra manera, no estaríamos personas de diferente ideología participando en un homenaje al primero que sería inconcebible para el segundo. Mas, por eso mismo se hace necesario denunciar el intento de identificar a Lenin y al leninismo con la historia de la Unión Soviética, como si jamás hubiese pasado el pueblo de ese inmenso país bajo el yugo totalitario, y como si la obra de Lenin estuviese por completo desvinculada de los errores cometidos.

Es verdad que, durante los cincuenta y tres años de régimen soviético, una línea de progreso material relativo, pero muy importante, se ha producido, bajo el sistema del colectivismo autoritario, y eso es el fruto de la revolución misma, sin apellidos. Pero, nosotros sabemos que no basta, al juzgar un proceso ya suficientemente largo, con mirar sólo la infraestructura. El colectivismo y el capitalismo han logrado levantar imperios colosales en el siglo XX. Son capaces de hacerlo. El problema del socialismo y de la revolución es más complicado que eso.

De ahí que neguemos formalmente la pretensión de vincular con ligereza la figura de Lenin a la del Estado soviético de tal modo que uno sirva para cubrir al otro. La experiencia del comunismo soviético, plagada de contradicciones, volteretas e iniquidades, como también de esfuerzos y logros de trascendencia, es depurada bajo la forma del personaje fetichizado, del genio sin mácula. Por otra parte, las flaquezas históricas de Lenin son ocultadas tras la epopeya de un pueblo que, a pesar de muchas adversidades, trabaja y sufre para ganar una guerra y conquistar un lugar en el mundo.

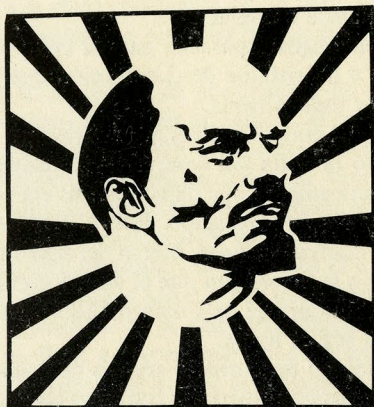
Todo ello nos resulta idealismo histórico de mala clase. La verdad es que cada Primer Ministro soviético usa el nombre de “leninismo” para nominar su política. La palabra ha perdido ya su significado. Por otra parte, sería inútil pedir a Lenin recetas para el mundo actual.

Asistimos a la renovación interna del marxismo teórico y de la experiencia comunista, hecha a la sombra de Marx y Lenin. El proceso de liberalización política, de descentralización económica y los esfuerzos por devolver la vida a la base orgánica del pueblo, visible en todo el orbe de las naciones comunistas (salvo quizás en China), se refleja de modo muy particular en Yugoslavia y en el socialismo avanzado de los checoslovacos (hoy de nuevo sometidos), y viene a ser la esperanza que se abre. Si el leninismo ha de ser usado para invadir los países vecinos, sobre la base de que la Unión Soviética tiene el derecho de definir la estructura social y política de los pueblos, o para ahogar cada voz de protesta o de disconformidad, el homenaje a Lenin no es más que mentira. Si, en cambio, es vinculado a la tarea de seguir adelante un proceso de liberación del pueblo (bien establecido que las circunstancias no toleran ya ni el paternalismo severo de 1921, ni la violencia inhumana de 1938 ni la centralización todavía dictatorial de 1970), entonces, nos parece, estos actos recordatorios adquirirán su pleno valor. De esta manera, creemos, la experiencia, comenzada en 1917 en Rusia y extendida a un vasto mundo más tarde, quedará incorporada a la Revolución humanista que se prepara, a través y a pesar de todos los regímenes, en el curso del presente siglo.









ENRIQUE CORREA RIOS

# EL LEGADO DE LENIN

Durante este año los pueblos que luchan por su emancipación y los que construyen una sociedad que ha expulsado a la miseria y la explotación de su seno celebran el centenario del primero y mejor de sus camaradas de combate: Vladimir I. Lenin.

Recordar en un artículo a quien dirigió la primera revolución socialista del mundo poniendo desde ese instante a la clase obrera a la cabeza del avance de la historia no es sin duda la más sencilla de las tareas.

Podríamos detenernos en su vida de revolucionario y no perderíamos con esto el tiempo; su práctica de conductor de la clase obrera, líder de su pueblo y constructor del socialismo entrega lecciones que tienen para nosotros vigencia cotidiana.

No es ésta sin embargo, permítasenos redundar, la forma más leninista de hablar de Lenin; lo importante para nosotros es poder ubicar con cierta precisión cuál es el material que la vida y trayectoria de Lenin nos entrega para ser utilizado como instrumento de avance y liberación de nuestro pueblo.

No es posible, por tanto, sin caer en engaño, tratar a Lenin desde una impasible butaca observadora; está demasiada fresca su huella y es demasiado tangible el peligro y la esperanza de su herencia como para poder marginarse de la alternativa de, o desvirtuar su significado para empañar la atracción que ejerce sobre los pueblos o imbuirse de su pensamiento y su acción recreándolos en la tarea revolucionaria.

Lo más importante por tanto es reconocer aquello de Lenin que hoy tiene vigencia en nuestra tarea revolucionaria.

El tratamiento de estas cuestiones no puede hacerse sin embargo de un modo meramente dogmático y repetitivo; es necesario tratar a Lenin como éste trató a Marx; desarrollando creadoramente lo fundamental de su doctrina y trabajando infatigablemente por encontrar la mejor aplicación de las tesis marxistas a las condiciones de su tiempo.

La primera cuestión que salta a la vista de las enseñanzas que Lenin deja a los revolucionarios del mundo es la definición del carácter mundial adquirido por el capitalismo; la exportación intensificada de capital a los países dependientes; el ensancha-

miento de las esferas de influencia y de los dominios coloniales hasta llegar a abarcar a todo el planeta, todo lo cual hace que el desarrollo del capitalismo adquiera el carácter de un sistema imperialista mundial.

No hay por tanto enemigos separados para la clase obrera de cada país; por el contrario, ella se enfrenta a un sistema de dominación que ya en tiempos de Lenin ha extendido sus dominios por toda la tierra.

En la etapa anterior a Lenin el análisis de las premisas de la revolución proletaria se abordaba desde el punto de vista del desarrollo exclusivamente interior de un país; Lenin probó teórica y prácticamente que dicho análisis era falso y que inevitablemente llevaría a conclusiones erradas; la revolución debe concebirse ante todo como el resultado del desarrollo de las contradicciones dentro del sistema imperialista mundial; por esto es que Lenin entiende a la revolución que él dirigió como la ruptura de una cadena por su eslabón más débil y no por el más desarrollado caso en el que la revolución no habría surgido por primera vez en Rusia.

De esta verdad surgida de un correcto análisis de la naturaleza del enemigo nace la necesidad del internacionalismo proletario; tras diversas apariencias y envolturas temporales se esconde un solo enemigo y a él es preciso oponer también una lucha a nivel mundial.

Lenin no aplicó sin embargo esta tesis de manera torpe y dogmática. Indisolublemente unido a ella está la tesis del desarrollo desigual del capitalismo, que permite precisamente la existencia de eslabones fuertes y débiles en el sistema imperialista. Que la lucha de clases salte del terreno puramente nacional al plano de la confrontación mundial no significa que para que el poder sea alcanzado en un lugar por la clase obrera sea necesario una especie de explosión mundial del capitalismo.

La revolución puede surgir en cualquier lugar de la tierra en donde las fuerzas dominantes sean arrinconadas y debilitadas, reajustando cada proceso a la correlación de fuerzas internacionales de tal manera que es posible, dice Lenin, afirmar que la revolución está a la orden del día en todas partes, ya que las contradicciones del sistema no tienen otra resolución que el poder proletario y el socialismo, y por tanto, la revolución de la clase obrera surgirá en aquellas zonas en las que se dé paso a una manifestación más aguda de esta confrontación mundial, aun cuando aparentemente las condiciones no aparezcan absolutamente maduras en la región.

Nosotros sabemos hoy que esta tesis de Lenin sigue estando vigente y que encuentra en esta época expresiones mucho más concretas y nítidas que en 1917.

Estados Unidos convertido en el último tiempo en el centro hegemónico del sistema capitalista, ha llegado a ser el gran "expropiador" de los excedentes producidos por los países dependientes.

El desarrollo de este sistema de explotación ha sido perfeccionado de tal manera que todo el aparato productivo de los países subdesarrollados ha sido deformado en función de los superbeneicios imperialistas, en lugar de tener un desarrollo equilibrado en relación con las necesidades de los pueblos de cada país.

La economía del imperialismo está construida sobre esta suerte de plusvalía arrebatada a los pueblos y, más aún, ésta ha llegado a infiltrar las estructuras económicas centrales de los países dependientes de tal manera, que éstas crecen y se desarrollan según convenga a los intereses del sistema imperialista mundial conducido por Estados Unidos. En todo caso conviene recordar que incluso las estructuras económicas de los otros países desarrollados están infiltradas por el capital norteamericano con gran intensidad, lo que indica a las claras la marcada concentración del capitalismo en esta etapa.

El estado de desarrollo de las relaciones de producción a nivel mundial eleva en consecuencia el enfrentamiento de clases y convierte todo combate por arrebatar el poder económico y político a la clase dominante de un país, en una lucha anti-imperialista y le imprimen un destino socialista a todas las luchas de los movimientos de liberación nacional.

En efecto, quien ataca la estructura de dominación de un país no está sino golpeando los intereses del verdadero dueño de la nación: el centro imperial; desde otro ángulo, la única clase capaz de dirigir la lucha de liberación contra el imperialismo es la clase obrera, ya que las burguesías nacionales han sido succionadas al apoderarse la metrópoli imperial de las principales estructuras productivas de cada país.

Así queda demostrada por la práctica otra de las tesis leninistas: la unidad indisoluble entre la lucha de liberación nacional y la lucha por el socialismo.

Este cuadro de la situación explica además por qué el imperialismo juega todo su poder tecnológico y militar al servicio de la contrarrevolución; no es sin duda un imperativo ideológico el que lo lleva a convertirse en cuidador del orden mundial; la cuestión de fondo es que ese "orden" no es sino la apariencia que asumen sus intereses expandidos en todo el mundo.

Esto no significa que la revolución vaya a ser idéntica en todos los países. El desarrollo desigual y complementario del capitalismo ha estructurado en cada país formaciones sociales distintas que determinan diversas características, tácticas y momentos históricos diferentes para la revolución en cada nación; pero toda esta diversidad está unificada por la presencia de un enemigo común y la lucha de cada pueblo cumple el papel de desgastarlo, agudizar sus contradicciones internas, ensanchar los territorios liberados y crear correlaciones favorables para que nuevos pueblos entren en la fase decisiva de la toma del poder.

La lucha mundial que Lenin previó está hoy en pleno desarrollo; el socialismo extendido a un tercio de la humanidad se expande y se convierte en ejemplo vivo de lo que los pueblos pueden hacer cuando sacuden el brazo explotador de sus espaldas; la revolución cubana inicia el proceso en América Latina y las luchas de liberación avanzan en todo el mundo.

Pero el aporte que Lenin ha entregado a la lucha de los pueblos no termina en su análisis del carácter imperialista adquirido por el capitalismo. Por el contrario, de mucho mayor importancia que éste es su tesis que se refiere a la cuestión del Estado, a su naturaleza de clase, a su utilización represiva por parte de la burguesía y a la utilización revolucionaria que de él hace la clase obrera cuando lo toma en sus manos.

En estas materias Lenin no hizo otra cosa que desarrollar genialmente las tesis que Marx y Engels (en especial este último) formularon sobre el Estado.

En esta materia, lo central para Lenin es que el sistema de explotación capitalista-imperialista es también un sistema de dominación cuyo instrumento principal es el Estado burgués. Ese Estado es la garantía material del sistema y él tiene por tanto el monopolio de la violencia legítima, es decir de la violencia para conservar el sistema; este Estado es la matriz de un sistema jurídico y político generado por el modo de producción capitalista y destinado a salvaguardarlo. En tiempos de "normalidad social" el Estado reduce su función represiva a un nivel meramente ideológico; sin embargo, cuando las contradicciones ponen al desnudo la realidad de una sociedad enredada en una irremediable contradicción consigo misma y que contiene en su seno antagonismos irreconciliables, surge inevitablemente la represión física mostrando el Estado su verdadero carácter de clase. Esta es la explicación del carácter facista que el capitalismo alcanza cuando sus contradicciones se desarrollan hasta poner en peligro su estabilidad.

La revolución parte de este hecho y lucha por arrebatar el poder estatal a la burguesía; aquélla es entonces, el conjunto de actos políticos mediante los cuales la clase obrera y demás capas explotadas toman el control del Estado transformándolo en un Estado de trabajadores. Lenin enfrentaba con este punto de vista a los oportunistas de su tiempo, que reducían la conquista del poder a un mero asalto administrativo a la burocracia estatal; la respuesta leninista a esta tendencia es la de la Dictadura del proletariado, entendida no como un cambio de gobierno sino como un Estado nuevo con nuevos órganos de poder en el centro y en la periferia.

Esta transformación del Estado significa también su reorganización completa y su transformación, mediante las cuales el viejo Estado burgués, lejano, incontrolable, ajeno al pueblo, es reemplazado por un Estado en el que los trabajadores se entronizan, participan, vigilan y controlan desde dentro alojándose en él como en su propia casa.

La Dictadura del Proletariado tiene así para Lenin un doble carácter que es preciso recordar; es por una parte una democracia de trabajadores que elevan la participación y el control de la vida del país por las mayorías a un nivel nunca soñado en tiempo del Estado Burgués, y por otra, es un instrumento de represión sobre los intentos de la minoría burguesa, aún poderosa, por volver atrás y por instaurar un régimen de explotación y miseria para las mayorías.

El Estado de los Trabajadores supera y destruye la democracia capitalista, que no es otra cosa que la Dictadura de una minoría basada en la restricción de los derechos de la mayoría explotada y dirigida contra esa mayoría.

Sólo bajo el Gobierno del Proletariado, dice Lenin, puede haber verdadera libertad para los explotados; por eso es que el proletariado encarna en su lucha el combate de las grandes masas de cada país por acceder a una vida humana libre y creadora.

Con su tesis sobre el Estado, Lenin destruye a quienes consideran al socialismo como producto de una suma de reformas; si bien la lucha por las reformas permite que las masas adquieran aprendizaje de combate y cada una de aquéllas expresa un reajuste en la correlación de fuerzas, ellas no producen automáticamente el socialismo, ya que éste no se construye sin destruir previamente el aparato de dominación que el capitalismo ha construido.

Pero quizás lo que más resonancia y vigencia tiene entre nosotros, es el estilo que Lenin impuso al trabajo revolucionario.

La primera cuestión que aparece en este sentido es su concepción de la revolución como una tarea de masas. Nada hay en el leninismo que se parezca siquiera al elitismo vanguardista despegado de las masas y del combate de clases; la vanguardia para Lenin surge de la lucha de las masas y es aquella parte de la clase obrera que accede a un mayor grado de conciencia y adquiere una forma superior de organización; en consecuencia, la vanguardia que lleva a la clase obrera al poder no es ajena a ella sino por el contrario nace al calor de sus combates y de sus avances.

Por otra parte, al concebir Lenin a la revolución como una guerra de clases, se guía por el principio táctico de aislar al enemigo y de no dejarse aislar por él; para derrotar al enemigo y arrebatarle el poder es preciso arrinconar al adversario, desguarnecerlo de eventuales aliados; en una palabra, ser capaz de dirigir la mayoría de la población contra él; cualquier aventura que lance a los revolucionarios a acciones que no estén suficientemente afinadas en las masas aislará a la vanguardia y regalará aliados a los explotadores, haciendo retroceder en años todo lo avanzado por el pueblo en su camino al poder.

No podemos confundir este principio táctico leninista con una especie de timidez o falta de audacia; cuando las masas están activadas y los objetivos revolucionarios lo-

gran encontrar eco en un grueso sector de la población, el papel de la vanguardia, en quien reposa la dirección de las masas, es pasar a la ofensiva y entrar a luchar abiertamente por el poder.

La concepción de la revolución que pone en el centro protagónico del combate a las masas, deja fuera de lugar en el leninismo cualquiera tendencia que pretenda sustituirlas por actos personales de arrojo heroico; la conquista del poder es fruto del combate de las masas, que gracias a la dirección inteligente de la vanguardia, descubren que el único camino para resolver sus múltiples problemas es conquistar el poder y utilizarlo en un sentido revolucionario.

El legado de Lenin trasciende ampliamente estas líneas, pero estas cuestiones centrales nos sirven para tener una visión, por breve que ella sea, de lo importante que es hoy día trabajar incansablemente por la aplicación creadora de estos principios a nuestra tarea revolucionaria. Ese será nuestro mejor tributo a la memoria del conductor del primer país socialista del mundo.

## LENIN O LA CONCIENCIA DE LA HISTORIA

Este artículo conmemorativo de Lenin debe entenderse como una declaración de principios que se propone a transformar el mundo, combatiendo la explotación de la humanidad humana. Siempre con una conciencia crítica sobre y equitativa respecto de los problemas que se nos plantea sobre la posición del hombre en el mundo, en el mundo para nosotros y transformarlo por otros más equitativa. En este sentido, con el fin de que se pueda más equitativa y más verdaderamente revolucionaria como lo dice Lenin, en sus palabras: "El mundo es una gran fábrica y establecer una revolución que sea equitativa y verdadera sobre el mundo de hoy y de mañana de un hombre. De hecho, es un mundo equitativo con la fuerza organizada en un mundo de hoy y mañana".

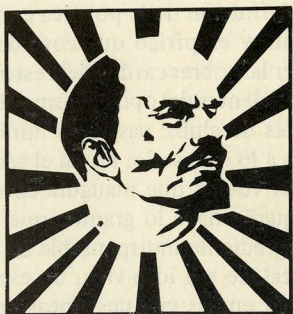
En los últimos años de la vida y la obra de Lenin, se escriben por primera vez los libros de Lenin, que se publican en el siglo XX. Por su parte, revolucionario, cuyo objetivo es el mundo de hoy y el futuro, la democracia y el arte de la revolución, el trabajo humano, que se escriben revolucionario con la fuerza del mundo revolucionario en un mundo de hoy y mañana y del mundo revolucionario revolucionario sobre la tierra, sobre la revolución de hoy y mañana por el mundo de hoy.

En los últimos años de la vida y la obra de Lenin, se escriben por primera vez los libros de Lenin, que se publican en el siglo XX. Por su parte, revolucionario, cuyo objetivo es el mundo de hoy y el futuro, la democracia y el arte de la revolución, el trabajo humano, que se escriben revolucionario con la fuerza del mundo revolucionario en un mundo de hoy y mañana y del mundo revolucionario revolucionario sobre la tierra, sobre la revolución de hoy y mañana por el mundo de hoy.

En los últimos años de la vida y la obra de Lenin, se escriben por primera vez los libros de Lenin, que se publican en el siglo XX. Por su parte, revolucionario, cuyo objetivo es el mundo de hoy y el futuro, la democracia y el arte de la revolución, el trabajo humano, que se escriben revolucionario con la fuerza del mundo revolucionario en un mundo de hoy y mañana y del mundo revolucionario revolucionario sobre la tierra, sobre la revolución de hoy y mañana por el mundo de hoy.







# LENIN O LA CONCIENCIA DE LA HISTORIA

VOLODIA TEITELBOIM

El ser político revolucionario de Lenin debe entenderse como una racionalidad científica apasionada que lo impulsó a transformar el mundo, conforme a la substancia de su necesidad histórica. Movido por una conciencia crítica activa y vigilante respecto de una estructura social que no estaba hecha a la medida del hombre concreto, encabezó la lucha para cambiarla y reemplazarla por otra más humana. En este orden corroboró la idea de que la política más realista y más verídicamente revolucionaria asume la densidad de una categoría moral. Tiende a crear la unidad, a establecer una relación directa entre teoría y práctica, entre el punto de partida y de llegada de un hombre, que, como en su caso, trabajó hasta la muerte persiguiendo esa meta, dentro de una parábola unitaria total.

En tal sentido, la vida y la obra de Lenin describen por antonomasia la órbita política más alta y cardinal del siglo XX. Por su genio revolucionario, cuya trayectoria hizo uno el pensar y el actuar, la investigación y el arte de la oposición, el trabajo intelectual del escritor combatiente con la lucha del jefe revolucionario en la dirección de la insurrección y del primer estado socialista victorioso sobre la tierra, cobra la estatura de un personaje sin par de nuestra época.

Para Lenin, la política fue ciencia aplicada. El triunfo de su causa no debe atribuirse a éxito accidental de un afortunado golpe de mano al Palacio de Invierno durante una helada noche de noviembre de 1917. Constituye la resultante de una suma de fuerzas motrices sociales, de la concentración agudizada y propicia de un cúmulo de condiciones maduras en el seno de la sociedad rusa de su tiempo, aprovechadas por el político revolucionario, por el estratega y el táctico, por el hombre Lenin, por el Partido Bolchevique, para poner en movimiento en el instante preciso a un pueblo en el cual había prendido el ansia de cambiar de vida cambiando la sociedad en que existía sin vivir.

Esta es tal vez una de las claves para la comprensión de la política revolucionaria como antítesis de la corrupta política burguesa. Y para entender a Lenin como prototipo del mayor político, vale decir, del máximo revolucionario de nuestro siglo. El arco

descrito por su existencia en menos de cuarenta años de vida militante resulta de una perfección clásica, en la acepción dramática y creadora. Aparece como la obra de arte que un hombre hizo de su vida, sin pretender hacerla. Lenin, sin embargo, es anticlásico, sin ser romántico, en el sentido estético, en cuanto quiebra los patrones del hombre político tradicional. Desecha toda definición de la política como el mero arte de lo posible, mediocre aforismo inmediateista y empírico que considera "posible" sólo a lo alcanzable con estirar la mano, recoger las sobras caídas del festín de los poderosos, aquello que se logra por los juegos intrascendentes del oportunismo derechizante o a través de los habilidosos cubileteos reformistas de clubs, pasillos o ministerios. Lenin se rige por el nudo dialéctico que llama posible a lo necesario, no en el sentido mezquino de la migaja que no se hace historia sino del vuelco que inaugura épocas nuevas, pero sin olvidar que la multiplicación de lo pequeño hace lo grande, que la reivindicación inscrita en el marco de la lucha interna es ingrediente indispensable de la revolución.

A su vez, la composición total de esa idea-vida, de ese pensamiento-acción, de esa concepción plenaria, reflexionada en sus grandes líneas de principio a fin, pensada como forma y contenido, como planteamiento y ejecución, como tarea histórica cíclica, excluye también, por incompatibles y destructivas de su razón de ser, la tentación de la aventura verbal o de facto. Le son enteramente ajenos los escapismos repentistas de la improvisación gratuita o intuitiva, las salidas de madre destinadas a dar vía libre a la ira, a la venganza sentimental, al estallido neurótico de aquellos que perdiendo la paciencia pierden la vida, enajenan la victoria, dañan al movimiento revolucionario y obsequian al enemigo triunfos racionalmente evitables.

### **Las correspondencias de la Revolución**

La revolución no es un acaso, un subproducto del azar, sino el cambio radical de la estructura interna de la sociedad, determinado por relaciones objetivas, que estallan cuando el antagonismo se manifiesta al grado de crisis, cuando las formaciones superestructurales gobernantes en todas las áreas se han agotado en sus contenidos vitales, se convierten en una camisa de hierro para el desarrollo de la fuerza de un país, de su economía, de su espíritu, chocan violentamente con toda norma de justicia para el hombre concreto, entendido sobre todo como hombre de mayoría, realizador del trabajo fundamental.

No puede haber tampoco, a su juicio, movimiento verdaderamente revolucionario si no se establece la correspondencia entre el hombre, el partido y la necesidad objetiva derivada de la situación social y del fluir histórico. Lenin fue, en ese aspecto, hijo y padre de la innovación de su país y de su tiempo, en cuanto ardió en la vigilia de una inteligencia que fue conciencia de la historia, lúcido reflexionador y ejecutante de las leyes del proceso real.

Por ello rechazó la historia como amnesia generacional, como caos neurótico que se libra del fantasma de los fracasos y traumas del pasado, provocando electroshocks y catástrofes encaminados a borrar toda la experiencia vivida y sufrida por los pueblos y los movimientos revolucionarios.

Lenin siguió de modo creador a Marx en cuanto concibió la tarea revolucionaria como unidad entre memoria y acción, entre pasado, presente y futuro, entre teoría y experiencia, realizando una confrontación permanente, un proceso de aprendizaje y alimentación recíproca, entre principios y cambios de la realidad, buscando una adaptación constante, flexible y dialéctica de la ideología a la verdad local, nacional y mundial, mutable cada día. Vale decir, vio la vida como un eterno movimiento conti-

nuo, frente al cual es también deber del revolucionario pensarse a sí mismo y autocriticarse. Así no se mirará la política como indisciplina que nace cada mañana, lo cual la condena a ser simple, fatal y monótona repetición de viejos errores, caos inclasificable. Lenin la vio como trabajo en el suceder humano que sólo se ilumina en su aparente infinita oscuridad y gratuidad si es desmenuzada a la luz de una concepción científica de la realidad y de los datos que proporciona la experiencia.

El marxismo, el cual precisamente con su aporte pasa a llamarse marxismo-leninismo, rechaza, además, la simplificación doctrinaria, el esquema dogmático, la citomanía de los clásicos sin consideración de tiempo y espacio. Repugna del delirio de empezar por el fin, que quiere desglosar las palabras de su contexto, substituir la realidad y el espíritu de la situación en que fueron dichas o escritas, reemplazar el análisis por la fiebre, el pensamiento por la pasión enceguecida. Esa tendencia recae inútilmente en las equivocaciones tradicionales, de todo lo cual deriva que el impaciente es paradójicamente el conservador del error, el añejo repitente indiscriminado de una colección de viejas equivocaciones. Su tragedia de fondo es copiar el pasado invocando términos en apariencia nuevos, Lenin los estigmatiza justamente por no aprender del error, por no innovar, por no ver con ojos nuevos los hechos nuevos, las mudanzas, los problemas distintos que la vida plantea a los pueblos y en primer término a los revolucionarios. No es moderno ni actual ni revolucionario sino conservador seguir pensando en términos proudonianos o blanquistas, momificarse en el modo y el estilo exasperado y sin destino, en los golpes nihilistas que Lenin condenó con el fuego trágico de aquel que vio a su hermano mayor cazado en sus redes e inmolado por el zarismo.

Lenin, que nunca aceptó la identificación simplista entre ortodoxia, estridencia, altisonancia y espíritu revolucionario, siempre se mantuvo tan distante del oportunismo como de la actitud absurdamente suicida del salto sobre el vacío. El marxismo se enriquece con la asimilación diaria de lo concreto, animado por su necesidad permanente de renovación en el conocimiento de la realidad. Le resulta cada día indispensable completar el cuadro de la vida, sobre la base vigente de la contradicción de las clases, de la lucha de ideas, de la razón de ser del socialismo como profunda explicación racional de un todo universal. Marx tuvo en Lenin un continuador que llevó lejos y hondo la continua adecuación del pensamiento revolucionario a la realidad del mundo, como palanca de su transformación.

### Perspectiva de la política

Lenin no concibió la política meramente como una ciencia puesta al servicio del hombre de acción. Heredero de Marx en el más riguroso sentido de continuidad en la creación interna tampoco la vivió con puro ademán retrospectivo o contemplativo, sino como una disciplina activa y exterior, como el agente de la formación reflexiva, meditada, de una sociedad nueva, en función del hombre real.

Por lo tanto, no fue el afortunado que ganó un premio en una coyuntura de éxito. Sus valores parten de leyes y determinaciones históricas. Estudiando causas, es capaz de previsión científica. Advierte en la sucesión de los acontecimientos algo más que el círculo vicioso de la historia. Descubre en ella relaciones causales.

Aplicó una teoría de la acción que no es nunca la de la acción por la acción, ni siquiera del riesgo, del gesto sublime y heroico, sino de una causalidad necesaria y motivada.

Personificó al político como actor y no espectador, decidido a rescatar para siempre al pueblo del papel de víctima silenciosa y pasiva del crimen cotidiano de la historia manipulada por los de arriba al precio de los de abajo.

La dimensión de su pensar y de su hacer surgió contra el fatalismo como maldición de la historia. El hombre la hace y puede cambiarla. De este modo actuó filosófica y políticamente, estableció una conexión entre investigación del conocimiento, toma de posición y acto transformador. Hizo de la política una ciencia, un arte y un oficio para modificar el mundo y permitir al hombre el acceso a la humanidad total. Exploró el pasado, no para lanzarle impotentes condenaciones y epigramas, sino para entender y mostrar las raíces del presente, la secuencia del acontecer, su continuidad y discontinuidad, la reciprocidad germinal entre antagonismos sociales a través de los tiempos.

Fue muchísimo más que historiador y sociólogo, aunque escribió cuarenta volúmenes, algunos rebozantes de complejidad, invariablemente inteligibles, sin embargo, por ese diáfano pensamiento que ilumina en él la relación entre profundidad y claridad popular, entre idea abstracta y explicación viva, elaborada al resplandor de una lógica dialéctica enérgica y transparente. Su metodología es la de Marx. Aunque a menudo se refiere al tema de la lucha inmediata, sabía convertirla en materia permanente, dándole un peso específico de objetividad y universalidad, revestida de forma accesible y estilo movilizador.

Frente a una llamada pluralidad de valores, acertó en la elección porque manejaba la ideología como la vida misma, según su concepto de la historia como acción necesaria de los más. Ella no avanzaría sin una organización revolucionaria, actuando conforme a principios que determinan una unidad entre medios y fines. No fue amigo de acelerar pero tampoco de retardar la historia, sino de hacerla dar el paso necesario en el momento preciso.

Enfrentando, después del fracaso de 1905, el pesimismo de los revolucionarios desmoralizados y de los filósofos desencantados de la vida y del hombre, a los cuales proclamaban como supremos absurdos, y temerosos del mundo, que pintaban como el reino caprichoso del caos, Lenin reivindicó, con Marx, un sentido de la historia y de su perspectiva, sin caer por ello en la ambición ingenua de las recetas futuristas integrales, de las profecías acabadas, de la predeterminación subjetiva y pormenorizada de todos los avatares del porvenir, inclusive en el socialismo y comunismo. En ese orden, Lenin vivió la historia como formulación y realización. Su vida y su obra son el más enérgico mentís a aquellos que la consideran una diosa ciega, incapaz de revelar jamás a nadie los secretos ni las líneas primordiales de lo que vendrá.

### Política y filosofía

Lenin encarna el vilipendiado tipo del político profesional. Siempre los hubo en la sociedad de clases. Bajo la esclavitud o el feudalismo fueron reyes, sacerdotes, nobles, jefes militares, letrados, patricios, caudillos. La política se reservó como monopolio o patrimonio de las clases pudientes y los partidos fueron más que nada de personalidades y no de masas. Nuestra época los recluta entre **gentlemen**, intelectuales al servicio de los poderosos, politicastos cazadores de votos por cualquier medio, líderes carismáticos o eminencias grises, que casi siempre defienden al gobierno de la minoría y sus intereses personales y de clase. Max Weber sostiene que hay dos formas de hacer de la política una profesión. Vivir **para** la política o vivir **de** la política. Lenin vivió **para** ella, y no para cualquier política, sino para la revolucionaria, convirtiéndola no en su modo de vida sino en su sentido de la vida, para ponerla al servicio de los trabajadores, del pueblo, del país, de la humanidad. Todo su talento, su pasión, su responsabilidad ardió en esa hoguera vital con un sentido ético, en el poder o fuera de él, asociado a la

privación, a la pobreza, al renunciamiento material.

Jamás pretendió ser un filósofo. Lo dice en una carta a Gorki, el 7 de febrero de 1908. Sin quererlo lo fue, no obstante, respecto de la política y por su aporte teórico al marxismo, aunque Sartre sostenga que dicha filosofía es impensable, una metafísica naturalista, precrítica, kantiana y prehegeliana, a la cual concede una curiosa calidad de “mito” platónico, válido porque ayuda a los proletarios a ser revolucionarios. Otros no vacilan en considerar su pensamiento filosófico como simple expediente. Es lógico que una filosofía que no escapa al signo abstracto de la reflexión reaccionaria, ignore a un revolucionario, a un político que ha contribuido más que ningún contemporáneo a modificar el mundo del siglo XX, a este “hombre de acción” llamado Lenin. Una aplastante tradición de aislamiento social —que sirve para el mantenimiento del *status*—, ha hecho de la filosofía universitaria un desdeñoso coto cerrado donde la vida y la lucha se miran como bajamente sospechosas y definitivamente afilosóficas.

### **El deber intelectual, el deber moral, el deber social**

No constituye siempre verdad, ni menos absoluta, como pretende Robert Aron que “la historia es una tragedia de la humanidad que hace la historia, pero no sabe la historia que hace”. En momentos determinados se sabe la historia que se hace, aunque nunca pueda establecerse el cuadro íntegro ni el juego de reacciones y consecuencias.

Pero valga insistir en que Lenin y la revolución sabían qué historia hacían aunque no pudieran ni pretendieran pronosticarla en todas sus derivaciones y circunstancias. Lo básico, sí, se previó científicamente. ¿Cabe demostración más autorizada de su certeza que la consolidación y desarrollo continuo de su obra máxima casi medio siglo después de su muerte, el hecho de que el socialismo sea la estrella orientadora que guía a diversos países de varios continentes?

Esa creación factible, ese socialismo viable, clarívidamente delineado por él en sus grandes renglones, prueba que la revolución no es una aventura al caso, un juego sin responsabilidad, un número incierto en la lotería de los pueblos. Lenin sintió el revolucionario como el hombre que toma sobre sus hombros una responsabilidad precisa, navegando en la corriente del desarrollo social, por sí mismo y por los demás.

Implica, por lo tanto, un deber intelectual y un deber moral, donde tanto el ansia del poder por el poder, como el culto oportunista de la eficacia o la mítica y estoica religión del fracaso, como sinónimo de una pureza “inmanente” del revolucionario, están excluidos. El poder, sí, como principio necesario para cambiar el sistema, pero no para servir apetencias de tiranía envueltas en llamamientos a la Revolución. Tampoco ella tiene —y Lenin lo demostró mejor que nadie— una categoría milenarista, situada al margen del cauce de la lucha; no baja del cielo a la tierra, sino que se hace en la tierra a través del combate.

Si en Chile la filosofía universitaria se ha enseñado por maestros tan mediocres y anacrónicos como un Pedro León Loyola o un Enrique Molina, es comprensible que el político que hace de la reflexión y del acto una emanación viva y unitaria de su concepción del mundo les parezca mortal para su pequeña gloriola de falsos filósofos de campanario, repetidores sin nervio de fórmulas hace tiempo embalsamadas. Estos espiritualistas sin espíritu, esos idealistas sin ideales, abominan del materialismo, aunque aman de cualquier modo vergonzante los placeres de la materia, según recordaba Engels en un párrafo punzante. Detestan la teoría materialista del conocimiento. Y es lógico que sea así. Si para ellos, según recordaba Lenin, citando a Diezgen, la filosofía es “el camino de los caminos que no conduce a ninguna parte”, qué sacrilegio más nefando que formular una o usar de ella para que sea precisamente camino que conduce a la odiada revolución.

## Un filósofo de la "praxis"

Lenin, que decía "no soy un filósofo", rechazaba la etiqueta pero pensaba filosóficamente, hacía filosofía, contra la filosofía oficial. No era un rumiante de la nada por la nada, sino un articulador de pensamiento y vida, un "filósofo de la praxis". Creo ser —decía— "un materialista dialéctico". **Materialismo y Empiriocriticismo** es su desafío más orgánico a los filósofos profesionales, retándolos a hacer de las palabras la vida, del pensar el actuar, del filosofar la razón concreta de sus días, proclamando, con Marx, que la práctica es la piedra de toque de la verdad de la filosofía, de su consistencia, de su capacidad de sistematización de un conocimiento objetivo del mundo.

Hay cierta filosofía que no puede soportar la luz de la realidad, porque la estima un peligro para la pervivencia de lo establecido. Postula filosofía y conocimiento objetivo como términos irreductibles. Profesa como axioma el que idea filosófica y concepción del mundo son incompatibles con la política, con la vida contingente. Así reducen política y vida a una actividad empírica, vacía de metas. Así plantean, por su parte, una política de prescindencia del hombre respecto a la tarea trascendental de cambiar de vida, de sociedad, de filosofía. Lenin, por el contrario, conforme a la Tesis XI sobre Feuerbach, de Marx, estima que "los filósofos no han hecho más que interpretar el mundo; se trata de transformarlo". Pasar de lo interpretativo a lo transformativo, dar un nuevo objetivo a la filosofía, crear una ciencia de la historia, involucró un acto de ruptura, una revolución ideológica que no podía dejar de acompañarse con una declaración de guerra a las corrientes dominantes de toda la filosofía anterior. Y aunque ésta simulara orgullosamente no recoger el guante, en realidad respondió airada al desacato. Primero intentó ahogarlo en un largo silencio o confinarlo en el bazar pintoresco de las extravagancias plebeyamente afilosóficas. Fue la reedición de la despecha - da respuesta al retrato despectivo que ya Marx había hecho de ella en **La Filosofía Alemana**, como alucinación y mixtificación.

## La guerra de las filosofías

Aunque les duela, en **Materialismo y Empiriocriticismo**, Lenin esboza tesis filosóficas claves. Redefine la materia como una categoría filosófica cuya única propiedad previa para el materialista es la de ser una realidad objetiva. Entrega al desarrollo histórico de la física la fijación sucesiva de los conceptos científicos sobre la materia. Así plantea un principio, la existencia objetiva de ella, que no consagra un contenido único y rígido, sino nociones que van siendo temporalmente modificadas y resueltas por el incesante proceso del conocimiento, en esa trasposición continua de los límites relativos de la verdad propios de una época, conforme a la aseveración de Engels, de que el materialismo cambia de forma con cada gran descubrimiento científico.

Lenin se pronuncia contra el espontaneísmo, el pragmatismo, el empirismo y el positivismo. En su concepción, filosofía y ciencias están unidas por el puente materialista de la objetividad. Reconoce a la abstracción científica su sitio relevante, a la teoría su valor decisivo. "Sin teoría revolucionaria, no hay movimiento revolucionario", escribía como premisa básica. Un teórico práctico, un práctico teorizado, que es lo contrario de la unilateralidad del teorizante y del practicion.

Lenin, quien advirtió la contradicción caminando en todo proceso, denunció, conforme a Marx, el falso pacifismo de una filosofía que aparecía al margen de la guerra de los hombres, de las ideas y de las clases. Redescubrió por debajo de toda la his-

toria de la filosofía, la constante de la contienda entre idealismo y materialismo. Ciertos filósofos profesionales objetaron esta formulación como poco elegante. Algunos la suponen nacida al margen de los combates humanos. La conciben otros como reiteración formalmente diferente de ciertas esencias inmutables. Lenin, más allá de toda vestidura clara u oscura, desnuda el cuerpo central de ese duelo de milenios, en el cual toda filosofía toma partido, ratificando que el valor primario es el ser y no el pensar, la materia previa a su producto supremo, a su forma más elevada de ser, el espíritu. La ve como una coherente filosofía práctica y como una práctica filosófica, que desemboca diariamente en la política, en la lucha de clases, en la política como ciencia de la realidad social. Así plantea el marxismo el comienzo de una filosofía distinta, de una teoría diferente, porque se nutre de la vida y a ella vuelve, para reforzarse sin término como teoría válida, porque está comprobada en y por la práctica y ésta es a su vez una práctica renovada por la filosofía, destinada a transformar el mundo y también la filosofía. Y a ello contribuyó ese transformador por excelencia de nuestro tiempo que fue Vladimir Ilich Lenin.

### Arte sin módico consignismo

Para los latinoamericanos Lenin nos fue revelado inicialmente por sobre todo, como el político de genio.

En tal sentido nos iluminó el camino desde el primer momento como militantes, como hombres. Y seguirá haciéndolo como el mayor de los conductores de la revolución.

Pero ya hacia 1933, un año después de nuestro ingreso a las filas de la Juventud Comunista de Chile, entrañablemente atraídos como vivíamos por la necesidad de establecer un nexo teórico entre la pasión literaria y la definición política, nos abrieron ciertas puertas secretas unas llaves leninistas.

Entonces descubrimos las primeras indicaciones sobre los problemas del reflejo estético, que también era reflejo de la realidad objetiva, así como lo es, por su parte, el reflejo científico. Fue un hallazgo fundamental en nuestras búsquedas. Lo específico, la diversidad modal del reflejo estético, no disminuía en nada la verdad de que ambos partían de una misma realidad.

Tal comprobación nos ayudó a entender la literatura que se escribía alrededor de una realidad social, humana, histórica como la nuestra. Así veíamos que nuestra literatura y nuestro arte aparecían como una disciplina artística que no se excluía del tratamiento histórico y social del problema.

Poco después, basado en aquellos principios, publicamos en una antigua revista **Principios** cierto artículo donde, valiéndonos de la enseñanza de Lenin, tratábamos de la relación entre el reflejo científico y estético como una expresión del hombre, de la sociedad y de la historia de nuestro país y de nuestro tiempo.

Se nos hizo más claro que la obra de arte es parte de una superestructura. Pero a su vez Lenin tuvo la sabiduría de reconocerle cierta inalienable vigencia específica, más allá del espíritu de preceptiva y de dogmatismo. Pues no pueden aplicarse en esa área disposiciones estrechamente administrativas ni de un consignismo módico, sino que se debe ahondar las autonomías de la forma, en las corrientes contradictorias de la vida, de la sociedad, del hombre, en toda su majestuosa complejidad.



### Mirada al escritor

En tal sentido nos pareció una aplicación aleccionante del método dialéctico el enfoque que Lenin hace de Tolstoi. Aquello de avizorar al viejo y torturado conde como un espejo de la Revolución Rusa, un espejo que no refleja el fenómeno con exacta fidelidad, sino con todas las sinuosidades de un proceso también complicado hasta lo infinito, nos abrió una ancha ventana, nos pareció un modelo de antisimplificación. Y del manejo del método de la contradicción que permitía a ese artista, que no comprendía muchas cosas de aquel endiablado fluir histórico, reflejar, sin embargo, en sus obras, el ambiente, sentimientos y direcciones, aspectos básicos de la época que debía desembocar en la Revolución. Lenin columbraba en la confusas ideas de Tolstoi el retrato claro de la debilidad y las flaquezas de la insurrección campesina, el reflejo de la campaña patriarcal y la cobardía del campesino acomodado.

Tal interpretación sirve como modelo para examinar también en América Latina a ciertos grandes escritores, que de un modo u otro se han hecho pintores de su tiempo, de aspectos de la sociedad y en ocasiones también de la rebeldía, de la lucha, de las tragedias e ilusiones, perturbaciones y sueños de nuestros pueblos.

Fue una indicación utilísima para valorizar todos aquellos auténticos creadores que, a fuerza de artistas reales, aunque su ideología no sea homogénea como pensamiento, entregan valiosas imágenes de la realidad, trozos de la verdad histórica, de la peripecia humana. En tal sentido, todo ese período del realismo crítico, fuerte en la literatura latinoamericana de la segunda mitad del siglo XIX y de la primera mitad del XX, si se penetra por el ojo del método leninista, cobra una dimensión nueva, enriquecida, sirve para que arte y artista sean vistos como son, no exaltados literariamente más allá de sí mismos ni execrados como reaccionarios sin remedio por el hecho de que no fueran militantes o revolucionarios de rigurosa consecuencia.



## El valor de la herencia

Lenin tenía razón respecto de Tolstoi no sólo en cuanto a su significado para el proletariado ruso, patente en muchas expresiones y en el telegrama de los diputados proletarios de la Tercera Duma que recuerda en su artículo del 28 de noviembre de 1910, "Tolstoi y el movimiento obrero contemporáneo". También algunos obreros chilenos de aquellos tiempos solían leer a Tolstoi, admirando en él su grandeza, y otros, su utopismo. Algunos tomaron su parte ingenua, "la no resistencia al mal", el misticismo, pero otros no lo excluyeron de la necesidad del combate y de la esperanza. En este sentido, la actitud de esos obreros rusos que puso de relieve Lenin fue propia de una clase revolucionaria, que entonces en Chile empezaba a dar sus primeros pasos independientes y supo extraer de Tolstoi ciertas incipientes enseñanzas positivas, de combate por su destino y su liberación.

Sin duda, los contados artículos de Lenin sobre la materia, son hitos de referencia válidos. Su influjo se ha ejercido en un sentido de principios, de amplitud, de espíritu creador, que rechaza la literatura y el arte como el campo de la fría consigna, y lo considera un ancho territorio para el desarrollo del espíritu del hombre.

En síntesis, Lenin impresiona como hombre total. Es verdad que su vida fue dedicada en primer término al deber político, a la tarea de derribar un mundo y de iniciar la construcción de otro. Pero constituyó un todo único, donde el revolucionario, el científico, el gobernante, el comunista, el creador teórico y el dirigente práctico que irradió hacia los más diferentes dominios de la sociedad, se fundió, en una sola amalgama, en el hombre de genio. Luchó movido por el impulso del amor, no sentimental sino real, no respecto de una humanidad abstracta sino hacia el hombre concreto. Para desalienarlo es necesario comenzar por liberar al trabajador, a la inmensa mayoría humana formada por los pueblos expoliados de la tierra. Después de millares de años de explotación, encabezó el comienzo de su emancipación definitiva. En este capítulo, ningún hombre hizo más por los hombres. Al hacerlo, actuaba como un hombre que pensaba en el hombre total. Y para ello sabía unir el principio, el medio y el fin en un proceso dialéctico que tiene mucho de obra de arte y de conquista de la ciencia.

## Un héroe antiestatuario

Lenin nunca fue espectacular. No buscó las frases célebres ni adoptó gestos heroicos. Nunca posó para el mármol. Este ser antiestatuario, sencillo y natural como el agua, como el fuego, rico como la vida, no preparó como Goethe un pensamiento inmortal para despedirse de la existencia, ni dijo ni antes ni después de la Revolución, una sentencia sublime, como Mirabeau. Nada más extraño a su temperamento que tomar la vida o la muerte como una escena de teatro. Consideró su paso por el mundo como una tarea antisolemne, sobria en el sentido que Marx confería al término, modesta, pero sabiendo que su voluntad contaba en la historia. Y por lo tanto, debía cumplir su misión con ella. En tal virtud no puedo olvidar la escena fantástica de un Lenin disfrazado, con una peluca mal ajustada, atravesando los puentes bajo vigilancia de Petrogrado para llegar en la noche del 6 al 7 de noviembre de 1917 al Smolny. Había escogido el momento preciso para reemplazar al calendario de la historia. Y necesitaba estar puntualmente allí, envuelto en los pequeños hechos anecdóticos cotidianos que van anexos a los acontecimientos monumentales. Me impresiona su genio para calibrar el instante exacto en que la historia mundial debía cambiar de rumbo y esa naturaleza que afronta las máximas encrucijadas y responsabilidades con la naturalidad de quien simplemente está realizando su trabajo.

Para Lenin lo racional era lo real. Y —reiteramos— la política también ética en el sentido más elevado y riguroso: eliminar un sistema de vida regido por la mayor indecencia, la explotación del hombre por el hombre; terminar con un mundo donde el hombre es el lobo, el ladrón diario y el asesino de su hermano; moralizar la vida en su punto de partida social, sobre la única base aceptable de que nadie sea dueño de nadie, sino todos los hombres sean para sí mismos y para el mundo.

Para él no había conflicto entre política y moral. Despojó esta cuestión de todas las connotaciones y supercherías incorporadas como capas superpuestas a una concepción que hace de la ética una máscara pintarrajeada tras la cual se esconde el ansia posesiva de una minoría, que construye sus tablas de la ley, sus diez mandamientos sobre la base de destruir la humanidad del hombre individual y multitudinario.

Para hacer un mundo a la medida del hombre, Lenin supo que tenía que darlo todo. Sobrecoge su invencible coraje para lograrlo. Multitud de hechos lo atestiguan. Maravilla su confianza en la lucha y en la capacidad del pueblo de sobreponerse a todas las dificultades, por gigantescas e insuperables que pudieran parecer a muchos. Por ejemplo, cuando el 24 de febrero de 1918 el Buró Regional de Moscú manifestó su desconfianza al Comité Central y expresa el trágico sofisma de que “en interés de la revolución internacional, consideramos conveniente aceptar la posibilidad de la pérdida del Poder Soviético, que se está convirtiendo en un poder puramente formal”, Lenin rechaza con una argumentación incisiva y demoledora ese estado de espíritu derrotista impregnado de un pesimismo infinito, de un sentimiento de desesperación absoluta... Asombra esa firmeza inmovible del titán que agrega que aun los reveses más duros no harán sino “templar el carácter del pueblo, reforzar la autodisciplina, acabar con la jactancia y la charlatanería” deja atónito ese hombre que nunca perdió la esperanza, porque sabía que el pueblo es capaz de sobreponerse a todo si está haciendo lo suyo.



MARIO CESPEDES

## HISTORIA DE UNA AMISTAD: LENIN Y GORKI

Dos años mayor que Lenin —había nacido el 28 de marzo de 1868— Alexis Maximovich Peshkov, Máximo Gorki, manifestó durante toda su labor como ensayista y novelista una profunda admiración por Lenin. Las dolorosas experiencias de Gorki enraizadas en el bullir y el sufrimiento de las masas populares rusas, encontraron paliativo al advenir las ideas marxistas al inmenso Imperio y al establecerse, después por la fuerza de una revolución popular triunfante, el gobierno bolchevique en 1917. Tanto había sido el desencanto de Gorki antes de ese año que en 1887 —cuando tenía apenas 19 años— intentó suicidarse. Obrero en una panadería de Kazán a orillas del Volga, debió cumplir los más variados oficios para no perecer de hambre: cargador, bracero, bogador, herrero, panadero. Cuando desarrollaba esta última actividad sus propios compañeros proletarios le propusieron formar grupos que ayudaran a la policía a reprimir a los obreros y estudiantes que luchaban por reorganizar el régimen social de Rusia bajo la dirección de un joven estudiante llamado Vladimir Ilich Uliánov. Cuando más tarde, desde su lecho de convaleciente ve a esos mismos obreros esperando angustiados su salvación, Gorki comprende que el pueblo es naturalmente bueno y que sus actuaciones equivocadas o dolosas provienen de su inmenso desvalimiento intelectual.

No cabía, por tanto —lo ha dicho él mismo en páginas autobiográficas— caer en la desesperación. “Ello me salvó”, ha escrito.

Cuando es muy joven, no más de 14 años, y recién capacitado para leer, Gorki descubre el mundo maravilloso de los libros, a los cuales se entrega con verdadera voracidad. Un día le sorprende el capataz. Le dice: “¡No te dediques a la lectura, muchacho. Pero si lo haces, quédate callado acerca de lo que lees!”.

Lee de todo. En una revista encuentra un retrato del físico Faraday con una leyenda sobre su vida. Y exclama: “Me sentí arrebatado. Supe que Faraday había sido un simple obrero. Este hecho me pareció un cuento de hadas. ¿Cómo puede ser esto?. Esto quiere decir que cualquiera de estos peones rusos puede llegar a ser un científico. Tal vez yo también podría llegar a serlo”.

Cuando aprendió a leer se dió cuenta de un hecho que compagina con la perpleja pluma de quien tiene 14 años: “Advertí con alarma la diferencia abismante entre

aquello de que hablaban los libros y lo que era la vida”.

Con el convencimiento de que la vida debía ser rehecha, recorrió Rusia durante 1891, azotada entonces —como tantas otras veces— por espantosa hambruna. Ucrania, Crimea y el Cáucaso conocieron de sus andanzas de vagabundo. Fue entonces cuando escribió su primer relato, *Makar Chudrá*. Pero fue su novela *Foma Gurdeev* la que lo ubicó entre los grandes de las letras; junto a Tolstoi, por ejemplo, cuya novela *Resurrección* apareció ese mismo año. Los críticos explicaron su éxito por la acertada descripción de los bajos fondos, de los desclasados y de los anarquistas. Pero Gorki no era, precisamente, un anarquista. Experimentaba lástima y ternura por la gente que llevaba una vida trágica, sumida en la esclavitud del trabajo embrutecedor. No estaba, sin embargo, de acuerdo con la rebelión anárquica e individualista. La mayor felicidad —es la leyenda que fluye de la obra— es sacrificarse por la libertad del pueblo.

Hasta 1900 en que escribe la novela *Los Tres*, Gorki no manifiesta mayores inquietudes socialistas. Se limita a las ya expresadas. Presenta a la clase obrera como explotada y sufriente; pero sin capacidad para liberarse por su propio empuje.

Pero la revolución de 1905 —tiene entonces 37 años— lo decide.

Ese año traba amistad con Lenin.

Funda el primer periódico bolchevique legal, *Novaya Zhizn*, (*Vida nueva*). En 1906 escribe *La madre*, llamada a tan extraordinaria repercusión por su influencia sobre el destino de millones de hombres. Allí relata cómo en el curso de la lucha revolucionaria y en su fuego purificador va transformándose interiormente el hombre de la masa hasta renacer a la vida consciente y plena. Es la resurrección del individuo a través de la mayoría de edad que adquieren sus fuerzas morales e intelectuales. Es el tema central de esa trilogía autobiográfica que forman *Mi infancia*, *Entre gentes extrañas* y *Mis Universidades*. (1912 a 1923).

Si Dostoiewski temía que la lucha exacerbaba en los hombres la hostilidad, Gorki pensaba que sólo en la lucha revolucionaria se podía depurar el hombre. Tolstoi —por otro lado— concebía la resurrección por el camino individualista de la autoperfección interna. La última gran obra, de Gorki *La vida de Klim Samguin* (1925) reafirma la idea de que uno de los principales escollos hacia la liberación de los hombres lo marca el afán mezquino de conquistar tranquilidad a costa de la detención de la vida. Es la ilusión individualista burguesa que aspira a la libertad absoluta del individuo, en total independencia con el ser colectivo; a su marginación ante la historia...

Los males físicos de Gorki —tuberculosis pulmonar heredada de las condiciones miserables de su vida de soberbio vagabundo— se acentuaron en 1921. La mano generosa de Lenin se tendió hacia el amigo, a veces discrepante, enviándolo a Suiza.

En 1933 el antiguo mal reapareció con caracteres de mayor gravedad. Ese año, tiene aún fuerzas para luchar por la paz en un mundo bullente de conflictos. Pero el mal lo abate definitivamente. Sus últimas palabras, que tienen la seguridad del augurio, fueron: “Habrà guerra. Hay que prepararse”. Se le pregunta si, al borde del acabamiento físico, cree en Dios. Responde: “Dios es una fabricación nacida sobre la monstruosa pobreza de nuestra vida”. Confirma en ese último momento lo que muchos años antes había escrito con pulso firme: “Dios surge del vago impulso del hombre por hacer la vida más rica, más feliz y hermosa. Si se consigue por medios humanos hacer la vida más rica, más feliz y hermosa, Dios pasa a ser una cosa totalmente superflua que a duras penas se sobrevive a sí misma”.

Esta vinculación existencial de Gorki con su medio —expresada tan dramáticamente en cada una de sus páginas— fue comprendida por sus lectores, y de entre ellos, con mayor penetración y agudeza, por Vladimir Ilich Ulianov, su amigo y compañero

desde 1905.

Largo sería relatar aquí el fluir de esta amistad. En sus fundamentos —como elemento básico— se encuentra la similitud de sus existencias, que nacieron y se forjaron en las mismas zonas geográficas y estuvieron atravesadas por parecidos acontecimientos. En efecto, Gorki nace el año 68 en Nizhni Novgorod, ciudad del Volga, y Lenin dos años más tarde, el 70, en Simbirsk, también a orillas del Volga. Allí en la contemplación de ese río —el más largo de Europa y el más pletórico de contenidos rusos— supieron ambos del esfuerzo y del sufrimiento de su pueblo. Mientras Vladimir Uliánov lloraba la muerte de su hermano, a los 17 años de edad, Gorki conocía también “las abominables pruebas de la vida rusa”.

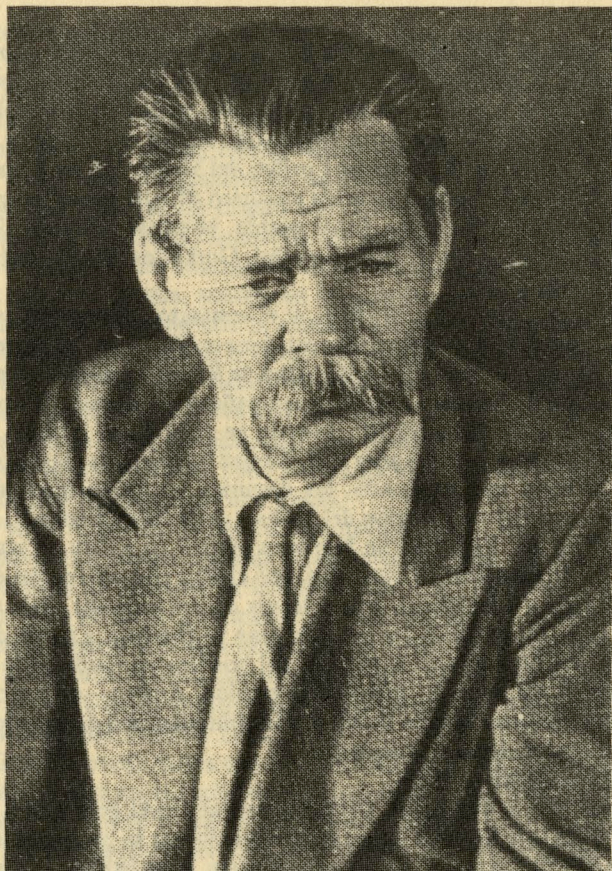
Sus lecturas —aprendió a leer a los 14 años— y el contacto con personas inteligentes y desinteresadas, le ayudaron a comprender esa dura realidad que le circundaba. Y en los días en que Uliánov concurría a la Universidad de Kazán a estudiar leyes —vigilado ya por la policía— Alexis Peshkov, Gorki, desempeñaba las faenas de cargador en los muelles de Kazán. A principios del 90 —cuando en toda Rusia crece el movimiento obrero— Vladimir Uliánov se incorpora a él. Surgen los círculos marxistas y el apasionado estudiante de leyes oye, abismado, los discursos y explicaciones de Fedoseev, “divulgador del marxismo en la región del Volga y de la Rusia Central”. Gorki también traba conocimiento con Fedoseev en la misma ciudad de Kazán. O sea, mucho antes de conocerse personalmente, se conocían uno al otro por referencias de terceras personas o por la mutua admiración que, a través de sus acciones, iban adquiriendo. Al comenzar el siglo, tanto Lenin como Gorki eran ya famosos, a través de una obra que, evidentemente, los hermanaba: la defensa del hombre oprimido en la sociedad capitalista, de la cual Rusia era una elocuente expresión. Ambos —en sus correspondientes lenguajes— denunciaron la falsa moral y el antihumanismo de esa sociedad de consumo escindida en explotadores y explotados.

Se conocieron personalmente en 1905.

Hablaron largamente de sus proyectos. Imaginamos que Gorki debe haber narrado a Lenin cómo en la primavera de 1901 había sido detenido por su propaganda antigubernista entre los obreros de Sórmovo. Lenin, por su parte, debe haberle hablado de la importancia que sus obras tenían para los rusos que vivían en el destierro. “Recuerdo cómo nos enfrascábamos en la lectura de su obra *La Madre* y aprendíamos de memoria su inmortal *Canción del Albatros*.”

Gorki estuvo vinculado al movimiento social demócrata clandestino desde comienzos de su vida literaria. Las constantes detenciones que sufrió por ello, agravaron su tuberculosis. En cierta ocasión las autoridades le permitieron hacer un viaje a Crimea, desde Nizhni Novgorod, para tratarse. Cuentan las crónicas que la despedida dio motivo a una verdadera manifestación juvenil. En su artículo “El comienzo de las manifestaciones”, Lenin habló de ella. Mencionó por vez primera el nombre de Gorki, valoró el talento del escritor y destacó la orientación de su pensamiento. “Este escritor, famoso en Europa y cuya única arma ha sido la palabra libre —dice Lenin— es desterrado de su ciudad natal, sin formación de causa, por el gobierno autocrático. Le acusan de influir mal en nosotros; nosotros declaramos que ha sido una buena influencia”.

El contacto entre los dos grandes hombres se hizo más estrecho desde que Gorki comenzó a colaborar en *Iskra*, la hoja periódica que encendía el fuego revolucionario en toda Rusia y que Lenin, desde el exilio, alentaba con su bullente actividad. El escritor no sólo entregaba su talento en artículos y ensayos que publicaba *Iskra*, sino que echaba mano a su pobre faltriquera para entregar dinero que habría de servir a la causa de la revolución que se avecinaba.



Las represiones de la policía zarista que afectaban al pueblo trabajador, y de las cuales la más terrible fue la de Petersburgo el 9 de enero de 1905, hicieron que Gorki —testigo presencial del nefando hecho— escribiera su llamamiento “A la sociedad rusa”. Fue detenido en Riga. “En el mismo vagón que yo —escribe un revolucionario— los gendarmes arrastran a Petersburgo a Gorki”.

Días más tarde el periódico alemán *Vossische Zeitung* informaba que Gorki había sido detenido en Riga y que, con este motivo, se registraban disturbios estudiantiles. Lenin cogió la noticia y escribió un artículo en el cual analizaba la detención de Gorki como un fenómeno primordialmente político que testimoniaba el desconcierto, la cobardía y la descalabrada acción de la policía zarista.

En el III Congreso del Partido Social demócrata, celebrado en esos días, Lenin se inquietaba por la salud y la suerte de Gorki y acosaba a los delegados: “¿Qué hace Gorki? , ¿qué actitud mantiene frente al partido? , ¿colabora con nuestros obreros? ”. Y cuando la respuesta era afirmativa decía: “Bien, muy bien, Gorki está a nuestro lado. Eso está muy bien. No podía ser de otra manera. Gorki ha nacido del pueblo. Gorki es un verdadero escritor revolucionario. Tiene un talento colosal. Bien. Muy bien. No gime como otros intelectuales. No cae en el lodo de los intelectuales. ¡Eso está muy bien! ”.

Después de la primera entrevista entre ambos, ocurrida en las oficinas de redacción de *Novaya Zhizn*, los contactos se hicieron más estrechos. Toda la actividad de Gorki ayuda a Lenin, a los bolcheviques que luchan por llevar adelante la revolución. En el artículo "En vísperas de la tempestad", el año 1906, Lenin utiliza las imágenes literarias de Gorki: "El proletariado se prepara para la lucha, marcha unido y animoso al encuentro de la tempestad, arde en deseos de lanzarse al centro mismo de la batalla... ¡Que estalle más fuerte la tempestad! "

Gorki recorrió diversos países de Europa —Francia, Inglaterra, Alemania, Italia, Finlandia— y hasta Norteamérica para contar la verdad de la revolución rusa del año cinco. Después de ello, los dos hombres volvieron a encontrarse en memorable ocasión. Entrevista decisiva. En ella, ocurrida en Berlín, Gorki pudo apreciar cabalmente las cualidades de dirigente del hombre nacido en Simbirsk. Lenin era indudablemente un tipo distinto de dirigente y de político. Desde ese encuentro en Berlín, Lenin se convirtió para Gorki en "el amigo más cariñoso y el maestro más severo".

Amistad que no varió hasta el día de la muerte de Lenin, en enero de 1924, no obstante las discrepancias que, en lo político, se advertían a veces. Son ilustrativas las cartas entre Lenin y Gorki. "Con su talento de artista —le escribía Lenin en 1909 desde París— ha reportado un provecho tan inmenso al movimiento obrero de Rusia —y no sólo en Rusia— y le reportará aún tal provecho, que sería absolutamente intolerable en Ud. dejarse dominar por el abatimiento dominante de los episodios de la lucha en el extranjero".

La prensa burguesa, manejada hábilmente por el capitalismo mundial —(el diario *Time* de Londres publicó 32 veces la noticia del asesinato de Lenin el año 1917)—, difundió insistentemente la especie de que Gorki había roto con Lenin y con los bolcheviques. Los mentecatos de todo el mundo —al servicio de esa burguesía— repitieron entonces y siguen repitiéndolo hoy que el odio se había interpuesto entre ambos hombres. Nada más inexacto. Basta recordar un hecho. Al morir Lenin ese año de 1924, deshecho por la vigiliat y tensiones de su incomparable acción de revolucionario y es - tadista— de las cuales es el más cumplido arquetipo en nuestro siglo— Máximo Gorki recibió la noticia escueta que, desde Rusia, le enviaba Nadia Krúpskaia, compañera de Lenin. Decía: "Ayer enterramos a Vladimir Ilich". Fue entonces cuando Máximo Gorki se dio a la tarea de escribir la biografía de Lenin, a la cual llamó —significativamente— *Un hombre*. "Exteriormente —dice allí— Lenin era todo palabras, como el pez escamas. Sencillo y claro como todo lo que decía. Su heroísmo carecía casi en absoluto de brillo exterior". Y más adelante: "Me admiraba su patente voluntad de vida y su vivo odio por las ignominias, el ardor juvenil que ponía en todo lo que hacía. Me maravillaba su sobrehumana capacidad de trabajo. De ademanes ligeros, ágil, sus gestos, mesurados pero vigorosos, armonizaban bastante bien con su oratoria, igual de sobria en palabras, pero rica en ideas. En su rostro de tipo mongol brillaban, chispeaban, aquellos ojos perspicaces de luchador infatigable contra las falsedades y miserias de la vida; brillaban, tan pronto entornados como haciendo guiños, con sonrisa irónica, chispeantes de cólera. Brillo que infundía a su discurso mayor ardor y claridad".

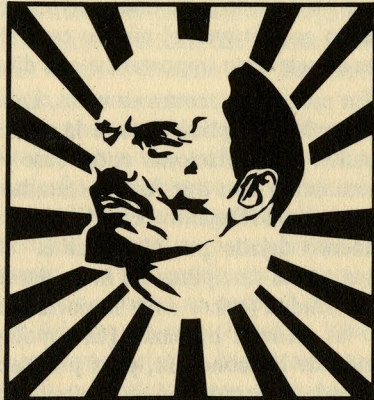
El testimonio de Gorki —adhesión al maestro y político que vio en Lenin— es inobjetable. Como lo es el que, andando el tiempo, han ido forjando la historia y el pensamiento.





CARLOS MALDONADO

# LENIN Y EL ARTE



Cuando se cumple un siglo del nacimiento del genial conductor del pueblo soviético, y a los 45 años de su desaparecimiento resulta ineludible deber para todo marxista ahondar en su enjundioso legado teórico. Pero a nuestro juicio este “ahondamiento” implica hoy día no sólo una extensión ni una mera repetición acrítica de lo hasta ahora aquilatado de su obra, sino un reestudio de ella a la luz de los avances operados en la investigación marxista, especialmente en lo atinente a las ciencias humanas. Lo contrario sería negar la esencia dialéctica del pensamiento de Marx, e importaría partir de la falsa premisa de que en toda la valoración y el uso que se ha hecho de la obra de Lenin está dicha la última palabra.

Nadie podrá negar que en el campo marxista de la problemática cultural (especialmente en nuestro campo, dentro de la estética y la teoría del arte) en el correr de los últimos 50 años ha habido sustanciales progresos. Han salido a la luz enfoques de Marx a los problemas del arte que por su trascendencia determinan actualmente un análisis de éstos bajo nuevos criterios. Y nadie puede sorprenderse por ello: es el devenir propio de un pensamiento vivo, en perenne enriquecimiento y superación.

Si hemos señalado esta actitud es porque nos asiste el convencimiento de su absoluta necesidad en todo trabajo remitido a los aportes leninistas sobre el arte. Involucra ésta un estudio que por su envergadura sobrepasa los alcances de un artículo y las posibilidades de un investigador. Deberá ser una tarea de muchos y nada mejor para motivarla que la conmemoración que se avecina. Pensamos que por ese inconfundible sello impreso en cada uno de los actos y de los escritos de Lenin, la mayor acuosidad y rigor científico que pongamos en estas investigaciones será sin duda el mejor homenaje que podamos rendir a su memoria.

Resulta ineludible también advertir el paralelo que en cuanto a la teoría del arte se evidencia entre Marx y Lenin. Fue problema que a ambos preocupó honda y constantemente; pero al cual pudieron destinarle reducida atención, debido a la presencia de otras responsabilidades más urgentes. Los biógrafos de Marx hablan de sus proyectos para desarrollar una estética materialista dialéctica. Lunacharski, nos relata cuando Lenin expresara: “No he dormido en toda la noche, he leído estos libros, ¡son tan sorprendentes! Los he tomado unos después de otros y me he olvidado. ¡Qué terreno cautivante es la historia del arte! ¡Cuánto trabajo hay aquí para un comunista! . ¡Qué

**lastima que no se pueda hacer todo!** . Si tuviera más tiempo, quisiera estudiar de manera más profunda este aspecto de la vida social de los hombres”<sup>1</sup> . Las referencias hechas al arte en los escritos de uno y otro, si bien presentan un carácter lateral (en el sentido de que no constituyen el núcleo central de tales trabajos), sin embargo, ambos hacen aportes de relevante importancia a la dilucidación de estos problemas.

En esta esfera, como en otras, Lenin desarrolla adecuadamente algunas tesis planteadas por Marx, aplicándolas a la realidad histórica de su tiempo. De preferencia presta atención a las relaciones entre base y superestructura, despojándolas de ese simplismo mecanicista con que fueron tratadas por algunos autores, incluyendo, en ciertos aspectos, al propio Plejánov. En **¿Quiénes son los “Amigos del Pueblo?”** . Lenin reitera el fundamento dejado por Marx, de la “Posibilidad de una sociología científica” y con ello saca a esta disciplina del mero descriptivismo fenoménico. El criterio científico de la reiterabilidad (sobre cuya importancia llama mucho la atención Lenin) es introducido en las ciencias humanas (antropología, sicología, ética, estética, etnología, etc.) partiendo de la economía, pero precisamente, sin basarse en las apariencias fenoménicas, ni en la arbitrariedad de los criterios de elección. Al mismo tiempo marca la notable diferencia que hay entre la objetividad absoluta de las relaciones de producción y todas las demás relaciones sociales (que “necesariamente” pasan a través de la conciencia de los hombres) y que por lo mismo Luporini denomina “intersubjetivas” o “interpersonales”. La recíproca influencia que estas relaciones (que conforman la “superestructura”) ejercen unas sobre otras, así como desde y hacia la base material, hace la determinación de cualquier regularidad muy compleja.

Con esta conciencia de la complejidad de que están insertos estos problemas es como Lenin los enfoca en cada trabajo suyo. Dice, por ejemplo, en **Notas críticas sobre la cuestión nacional**: “En cada cultura nacional hay elementos, por poco desarrollados que sean, de cultura democrática y socialista, porque en cada nación hay una masa trabajadora y explotada, cuyas condiciones de vida hacen nacer inevitablemente, una ideología democrática y socialista. Pero en cada nación hay también una cultura burguesa (y, más a menudo, una cultura reaccionaria y clerical) y esto no sólo bajo la forma de elementos, sino bajo la forma de cultura dominante”<sup>2</sup>.

Sobre esta concepción amplia y dialéctica del acervo cultural, Lenin desarrolla sagazmente las líneas básicas por las que ha de proyectarse una revolución cultural bien entendida. “No somos —dice— de los utopistas que piensan que la obra de edificación de la Rusia socialista debe ser cumplida por no sé qué hombres nuevos; nosotros utilizamos el material que nos ha dejado el mundo capitalista. Situamos a los hombres del pasado en nuevas condiciones, les imponemos un control adecuado, los sometemos a la vigilancia del proletariado y los obligamos a realizar el trabajo que nos es necesario. Es sólo así como se puede construir. Si no podéis construir un edificio con los materiales que nos ha dejado el mundo burgués, no construiréis absolutamente nada y no sois comunistas sino charlatanes superficiales. Para la construcción socialista es indispensable utilizar enteramente la ciencia, la técnica y en general todo lo que nos ha dejado la Rusia capitalista”<sup>3</sup> . “Es necesario tenerlo presente cuando hablamos, por ejemplo, de cultura proletaria. Sin la clara comprensión del hecho de que no se puede construir cultura proletaria sin un conocimiento exacto de la cultura creada por todo el desarrollo de la humanidad y, sin la transformación de esta cultura anterior, no podríamos resolver el problema. La cultura proletaria no surge completamente hecha de cualquier parte, no es una invención de hombres que se clasifican como especialistas en la materia”<sup>4</sup> .

La amplitud de criterio con que enfrenta el proceso de continuidad en la cultura de la humanidad, es digno de destacarse: “La polémica ardiente, viva, llena de talento, de los viejos ateos del siglo XVIII, que atacaba de manera espiritual, abierta, la clerigalla reinante, se muestra muy a menudo mil veces más apta para sacar a la gente de su sueño religioso que las letanías del marxismo, fastidiosas, áridas, casi enteramente desprovistas de ejemplos hábilmente elegidos que la ilustren, letanías que dominan nuestra literatura y que (es inútil disimularlo) deforman a nuestro marxismo.”<sup>5</sup>

Es con estos antecedentes teóricos de Lenin con los que conviene penetrar en sus escritos referidos al arte y la literatura. Como manifestaciones culturales, están insertas en esta visión rica, vivaz y compleja que tenía de la superestructura. Además, esto mismo se ratifica por muchas alusiones directas que Lenin hace a asuntos literarios. En *¿Qué hacer?*, por ejemplo, sale al paso a la llamada “literatura para obreros”: “Por consiguiente, —dice— para que los obreros lleguen más a menudo a eso, es necesario esforzarse por elevar el nivel de la conciencia de los obreros en general, es necesario que los obreros no se encierren en el marco artificialmente estrecho de la “literatura para obreros”, sino que aprendan a comprender cada vez mejor, la literatura en general. Por otra parte, sería más exacto decir, en lugar de que se encierren, sean encerrados, porque los obreros, por su cuenta, leen y quieren leer todo lo que escriben los intelectuales, y solamente algunos (deplorables) intelectuales, creen que a los obreros basta con hablarles de la vida de la fábrica y con machacarles lo que ya saben desde hace tiempo.”<sup>6</sup>

Relacionadas con el problema de la creación son numerosas también las referencias que Lenin hace con un sentido de gran amplitud y comprensión para este quehacer humano. Comenzando por la diferente situación en que se encuentra el artista en el capitalismo y en el socialismo, dice: “En la sociedad basada en la propiedad privada el artista produce mercancías para el mercado, necesita de los compradores. Nuestra revolución ha liberado a los artistas del yugo que suponen esas condiciones sumamente poéticas. Ha convertido al Estado en su defensor y cliente.”<sup>7</sup>

Acorde con la teoría de la praxis, en cuanto involucra actividad intencionada y creadora del hombre, debemos tener siempre presente en Lenin una frase suya que es clave para la comprensión del proceso creativo: “La conciencia del hombre no sólo refleja el mundo objetivo, sino además lo crea ”<sup>8</sup>. Afirma del mismo modo: “El mundo no satisface al hombre y el hombre en su acción decide modificarlo”<sup>9</sup>. Comprendía perfectamente los escollos propios que debe sortear el quehacer literario artístico, dentro de condiciones y leyes específicas de desarrollo, y jamás intentó identificarlas con otras esferas incluso del propio ámbito superestructural. “Es evidente —decía— que la labor literaria a lo que menos se presta es a la equiparación mecánica, a la nivelación, al predominio de la mayoría sobre la minoría. Es evidente que en esta labor resulta indiscutiblemente necesario asegurar amplios horizontes a la iniciativa personal, a las inclinaciones individuales, al pensamiento y a la imaginación, a la forma y al contenido”<sup>10</sup>. Lenin destacó siempre el papel preeminente que desempeña la fantasía en toda la actividad del hombre, y en especial en el arte. Aunque situado contra toda vacua quimera, en su libro *¿Qué hacer?* exclama: “¡Es necesario soñar! ”. Estaba consciente que la fantasía era el plano de despegue a través del cual las verdaderas obras artísticas alcanzan su colosal estatura; en modo alguno la entendía como el afeite que cubre la realidad de una belleza dulce y ramplona. Algunos recuerdos de la escultora Clara Sheridan, destacan las opiniones de Lenin al respecto, dice, por ejemplo: “El arte burgués, según él, era siempre bello, así pues, despreciaba la noción abstracta de belleza. Nada justificaba la belleza de mi VICTORIA. La guerra era una cosa horrible y odiosa. El heroísmo y el

sacrificio que se mezclaban en ella, no podían agregarle ninguna belleza".<sup>11</sup>

Pero es sin duda en el análisis y en la interpretación que hace de la obra de León Tolstoi donde Lenin entrega su más valioso aporte a la teoría del arte en general, y, específicamente, a la crítica literaria marxista. Esta labor suya comprende seis artículos, uno escrito en 1908, con ocasión del 80º aniversario del gran escritor ruso, y los otros cinco motivados por el fallecimiento de éste en 1910.

La lozanía y certeza de aquellos juicios leninistas sobre el autor de *La guerra y la paz*, se conservan íntegras actualmente después de siete décadas y de toneladas de ensayos detenidamente ejecutados por especialistas de todo el mundo.

Los críticos hasta 1908 veían en Tolstoi ya al gran místico que iluminado por la doctrina cristiana proponía a la humanidad un reencuentro con cierta existencia primitiva en que primara "el sentido de la simplicidad, de la fraternidad, de una vida profunda y misteriosa"<sup>12</sup>, (como por ejemplo Jaurés), o ya al aristocrático terrateniente que al empuje del capitalismo mira con desesperación la decadencia de su clase, impotente y esclerótica, frente a lo cual sólo avizora un retorno utópico a una vida bucólica y primitiva (como, por ejemplo, Plejánov).

Ante tal panorama la interpretación leninista se yergue con la majestuosa serenidad de una alta montaña. Es ajena a todo sectarismo mezquino, a toda visión mutilada, Es la fiel aplicación a una obra concreta de su concepto de las manifestaciones culturales, en todo su significado complejo y multifacético.

Lenin no separa a Tolstoi y su obra —al contrario de lo que hacía la crítica en boga— del proceso revolucionario que en aquellos días germina en Rusia. Lo llama "espejo de la Revolución Rusa", y en un sereno y profundo ensayo, explica: "Puede parecer extraño y artificial, a primera vista, relacionar el nombre del gran artista a la revolución que evidentemente no ha comprendido y de la cual evidentemente se ha alejado. No se puede llamar espejo a un fenómeno al que, no cabe duda, no lo refleja de manera exacta. Pero nuestra revolución es un fenómeno extremadamente complicado: en la masa de sus realizadores inmediatos y de sus participantes, hay muchos elementos sociales que tampoco comprendían claramente lo que pasaba, que se desviaban, ellos también, de las verdaderas tareas históricas que les eran asignadas por el curso de los acontecimientos. Y si estamos frente a un artista verdaderamente grande, ha debido reflejar en sus obras, al menos algunos de los aspectos esenciales de la revolución." Agrega más adelante: "...Tolstoi ha reflejado el odio acumulado, la aspiración por fin madura hacia un porvenir mejor, el deseo de liberarse del pasado; y los sueños, la falta de madurez, la ausencia de educación política, la apatía frente a la revolución."<sup>13</sup>

Como puede apreciarse, para Lenin el concepto de realismo no está en modo alguno constreñido exclusivamente a la expresión artística de los factores positivos de un proceso social. Estima también en su representación como elementos legítimos esos otros que no van a la cabeza de la historia y que por cierto la retrasan y la dificultan en su devenir. ¿Cómo no relacionar esto con Gramsci, cuando ante la crítica miope de su tiempo se preguntaba: "Debería representar el momento quien expresa esta actividad predominante, esta "punta" histórica; pero ¿cómo juzgar a los que representan las demás actividades, a los otros elementos? ¿Acaso no son, también ellos, "representativos"? ¿Y no es también representativo del "momento" quien expresa los elementos "reaccionarios" y anacrónicos?"<sup>14</sup>

Lenin estima la obra de Tolstoi porque veía en ella reflejada artísticamente la complejidad del proceso social, no falseado ni idealizado. "El gran océano popular

—dice, por ejemplo, en otro de sus artículos—, agitado hasta lo más profundo de sí mismo se ha reflejado en la enseñanza de Tolstoi con todas sus debilidades y todos sus lados fuertes. Estudiando las obras de L. Tolstoi, la clase obrera rusa conocerá mejor sus enemigos, mientras que viendo claro en la doctrina de Tolstoi, el pueblo ruso por entero deberá comprender en qué consiste su propia debilidad que le impidió llevar hasta el fin la obra de su liberación”.<sup>15</sup>

Sin dejar de separar, lo mismo que la paja del trigo, cuanto hay de ideológicamente pernicioso en la “doctrina tolstoiana”, basada en un inmovilismo social de raíz asiática y en el autoperfeccionamiento del alma, Lenin tiene a gran estima la calidad literaria de León Tolstoi: “Describiendo este período histórico de la vida rusa, Tolstoi ha sabido plantear en sus libros tal número de inmensos problemas, ha sabido elevarse a tal potencia artística, que sus obras se han situado en el primer rango de la literatura internacional. La época preparatoria de la revolución en uno de los países oprimidos por los esclavistas apareció, gracias a la pintura genial de Tolstoi, como un paso adelante en el desarrollo artístico de la humanidad entera.”<sup>16</sup>

Estos trabajos sobre Tolstoi representan uno de los más preclaros ejemplos de crítica ideológico-literaria marxista, de valor permanente y de una curiosa vigencia actual, cuando con tanta frecuencia se deslizan estos enfoques bien hacia una vacía exaltación puramente estilística o, bien hacia un ideologismo político sin contrapeso, que excluye en ambos casos lo específicamente artístico de la obra.

Sin hacer un despliegue teórico a flor de piel, en estas críticas leninistas subyacen las premisas fundamentales que dan respuesta al viejo problema planteado por la filosofía estética, y que radica en las contradicciones que a menudo se encuentran en la historia de la literatura y arte, entre el contenido de una obra dada y la orientación ideológica de su autor. Lenin deja en claro cómo en el proceso de plasmación de las imágenes artísticas, cuando se trata realmente de una obra de arte verdadera, el autor sobrepasa sus propias convicciones; rompe, por así decirlo, la falsa conciencia en que está imbuído, como elemento de una clase social determinada. Es en el fondo un proceso de desmitificación la que realiza el arte, tras el cual quedan al desnudo las verdaderas relaciones que imperan entre los hombres, al decir de Lenin, aquellas “que se establecen sin pasar por la conciencia de los hombres”<sup>17</sup>. Es también el caso de Balzac, de Flaubert y otros literatos.

A nuestro juicio han de ser éstos los hilos orientadores que nos conduzcan en la obra leninista a un más profundo estudio de su aportación al arte. Y por ello son fundamentales y se hallan lógicamente concatenados con su concepción general de la problemática cultural. Dentro del criterio de rigor científico que propiciábamos, en un comienzo, habremos de cuidarnos de estimar en la misma medida aquellos otros juicios emitidos circunstancialmente, referidos a situaciones contingentes o insertos en trabajos de propaganda partidaria. Ello nos llevaría en el hecho a traicionar la amplitud de criterio que primó siempre en Lenin frente al problema de la creación artística y literaria. No podemos olvidar cómo en cada escrito suyo delimitaba la esfera a que se refería. “Primariamente, no se trata sino de la literatura del partido y de su sumisión al control del Partido”<sup>18</sup>, establece, por ejemplo, en su famoso y discutido trabajo: **La organización del Partido y la literatura del Partido**.

Lo cual no impidió a ciertos teóricos poco advertidos, que trataran de levantar en su nombre, a la categoría de norma estética, la llamada tesis del “espíritu de partido en el arte” para toda creación literaria o artística.

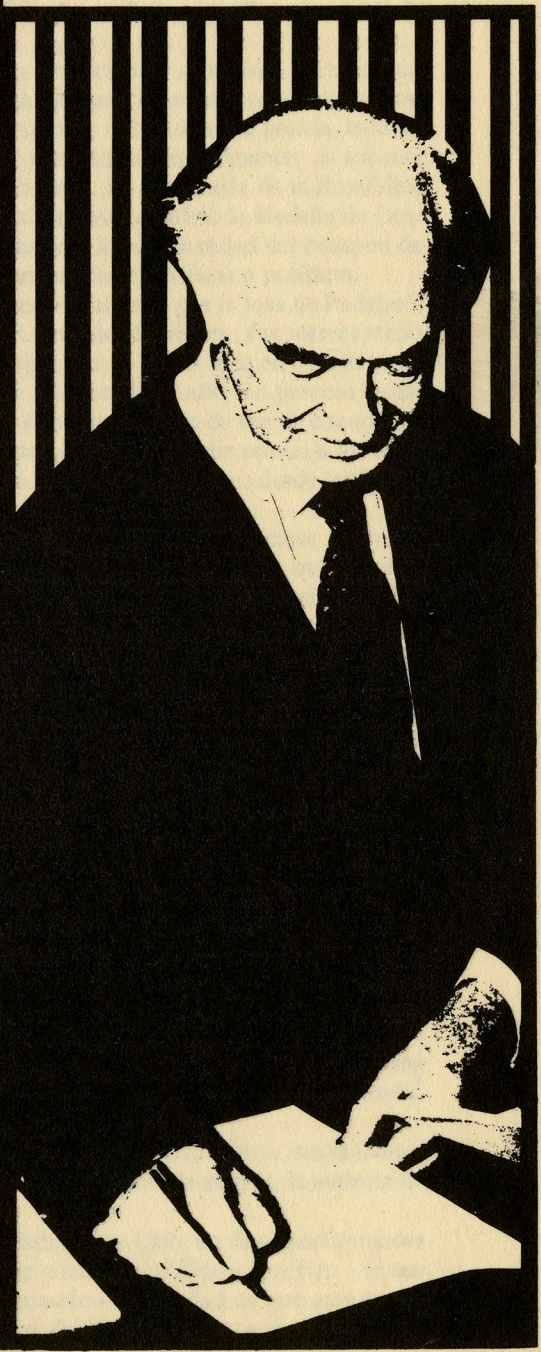
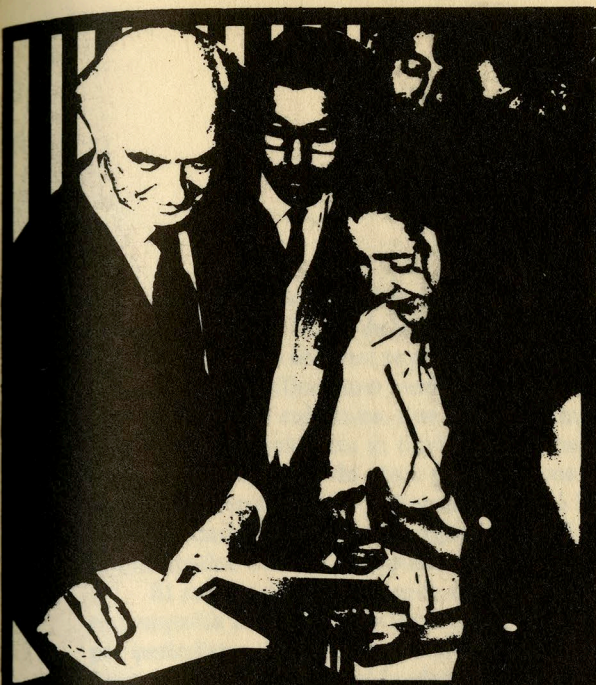
Por otra parte, Lenin no trató de erigir “jamás en principios sus simpatías o sus antipatías estéticas”<sup>19</sup>, como bien lo recuerda Lunacharski en **Lenin y el Arte**. Por el

contrario, siempre en él sus opiniones estuvieron imbuidas de esa modestia que fue la impronta de toda su vida. Nunca se estimó infalible ni un “sabelotodo”; por el contrario, se burló agriamente de quienes pretendían serlo. Mas, sin haber sido un “especialista” en la materia, como en más de una ocasión lo dijo, ha dejado un enjundioso legado teórico, abierto y lleno de sugerencias que el marxista contemporáneo ha de ir aquilatando cada vez en mayor medida al palpitante debate que hoy se libra en torno a las ciencias humanas.

- <sup>1</sup> Lunacharski; *Lenin y el Arte*, citado en *Sobre la literatura y el arte*, pág. 185, Ed. Calomino Bs.As. 1946.
- <sup>2</sup> Lenin; *Notas críticas sobre la cuestión nacional*, 1913, *Obras Completas*, T. XVII, pág. 136-137, Ed. Rusa.
- <sup>3</sup> Lenin; “Informe sobre la política exterior e interior del Consejo de Comisarios del pueblo al Soviet de Petrogrado, del 12 de marzo de 1919”, *Obras Completas*, T. XXIV, pág. 36.
- <sup>4</sup> Lenin; “Discurso en el III Congreso de las Juventudes Comunistas, del 2 de octubre de 1920”, *Obras Completas*, T. XXV, pág. 384-389.
- <sup>5</sup> Lenin; “De la significación del materialismo militante”, *Obras Completas*, T. XXVII, pág. 184-185.
- <sup>6</sup> Lenin; *¿Qué Hacer?*, *Obras Completas*, T. IV, pág. 391.
- <sup>7</sup> *Ensayos de Estética Marxista-Leninista*, pág. 106.
- <sup>8</sup> *Ibid.* pág. 94.
- <sup>9</sup> *Ibid.* pág. 94.
- <sup>10</sup> *Ibid.* pág. 102.
- <sup>11</sup> Clara Sheridan; *Nudo Veristas*, pág. 160-161.
- <sup>12</sup> Jaurés; Conferencia sobre Tolstoi, dada en Tolosa (Francia) el 10 de febrero de 1911.
- <sup>13</sup> Lenin; “Tolstoi, espejo de la revolución rusa”, *Obras Completas*, T. XII, pág. 331-335.
- <sup>14</sup> Gramsci; *Literatura y Vida Nacional*, pág. 23.
- <sup>15</sup> Lenin; “Tolstoi y la lucha proletaria”, *Obras Completas*, T. XIV, pág. 407-408.
- <sup>16</sup> Lenin; “Tolstoi”, *Obras Completas*, T. XIV, pág. 400-403.
- <sup>17</sup> Lenin; *¿Quiénes son los amigos del pueblo?*, *Obras Completas*, T. I, pág. 152. (Ed. Castellano).
- <sup>18</sup> Lenin; “La organización del partido y la literatura del Partido”, *Obras Completas*, T. VIII, pág. 386-390.
- <sup>19</sup> Lunacharski; *Lenin y el Arte*.

# LA VISITA DE LINUS PAULING

YERKO  
MORETIC







En el tórrido mediodía del 8 de enero llegó a Chile Linus C. Pauling, Premio Nobel de Química y Premio Nobel de la Paz.

Durante dos semanas se constituyó en figura de particular atracción, no sólo para los círculos científicos sino también para los trabajadores, los estudiantes, las organizaciones políticas y culturales. Fue “noticia” importante y reiterada en la prensa, la radio y la televisión nacionales y, también, con menor resonancia naturalmente, en los medios de comunicación de otros países latinoamericanos. El Presidente de la República solicitó conversar con él. El Senado le rindió homenaje y le confirió la Medalla de Oro. Diversos diarios dedicaron su página editorial a destacar la personalidad del huésped de la Universidad Técnica del Estado o a comentar sus teorías científicas o políticas.

El mismo día de la llegada de Pauling, cuando avanzaba por la losa de Pudahuel en compañía de su esposa y las autoridades de la Universidad Técnica, fue interceptado por periodistas, fotógrafos, camarógrafos. Una reportera de TV le hizo en ese sitio una larga entrevista, bajo el sol implacable. El elevado anciano de 69 años no parecía inmutarse, sin embargo, daba sus respuestas sin dejar de sonreír y sólo de vez en cuando las interrumpía para agitar vigorosamente el brazo derecho, en señal de saludo a los estudiantes de la Universidad Técnica del Estado, los cuales lo vitoreaban desde la terraza bajo un enorme lienzo con la leyenda “Welcome, Dr. Pauling”.

A la salida del aeropuerto la pareja recibió con emoción la bulliciosa y cordial bienvenida de los estudiantes. Ava Helen no encontraba mejor respuesta que besar el rostro de las muchachas más cercanas. Pauling extendía sus enormes brazos, estrechaba manos, mascullaba agradecimientos en inglés y español.

Así comenzó un intenso período para el célebre matrimonio. El Rector Enrique Kirberg, a nombre de la Universidad, los había invitado personalmente en los Estados Unidos. Pauling realizaría con su presencia y su palabra la clausura del Año Académico y la inauguración de la Escuela de Verano de la Universidad. Dictaría, además, tres clases científicas y sostendría, por último, un encuentro con científicos chilenos.

Tal era el menos el programa convenido.

Pero el impacto de la visita determinó la multiplicación de las actividades de Pauling. Debió dar una conferencia de prensa el día de su llegada, dialogar más adelante con profesores de la Universidad Técnica y, después, con estudiantes de varias universidades chilenas. Recibió también el homenaje público de numerosas organizaciones encabezadas por el Movimiento de Partidarios de la Paz y la Central Unica de Trabajadores. Soportó innumerables entrevistas de los órganos publicitarios. Se vio obligado a elegir entre incontables invitaciones de particulares, de amigos o personalidades. Conversó con Eduardo Frei. Compartió con los Senadores de todos los partidos...

La actividad de Ava Helen no fue mucho menor. Aparte de acompañar a Pauling a todas partes, aceptó ser huésped de diversas organizaciones femeninas y concedió entrevistas personales a la prensa.

A esta multiplicación de las actividades de la pareja contribuyeron, sin la menor duda, la simpatía personal, la llaneza de su trato, su permanente alegría, la audacia de su pensamiento.

A pesar de que Linus Carl Pauling había estado ya en Chile en dos oportunidades anteriores, y se conocía en vastos círculos su pensamiento científico y político —tomado este término en su sentido más amplio y fecundo—, la verdad es que este tercer viaje, auspiciado ahora por la Universidad Técnica del Estado, fue ocasión para que la

palabra de Pauling, sus hipótesis químicas y siquiátricas y sus opiniones acerca de la conducción de las sociedades humanas alcanzaran una repercusión especial.

Tal vez ha aumentado la conciencia del pueblo chileno respecto a los males de la humanidad y respecto a sus propios males. Tal vez, además, hubo ahora —y como consecuencia o reflejo de lo anterior— mayor sensibilidad de la prensa (con la significativa excepción de “El Mercurio”) y de instituciones políticas y culturales para reaccionar ante los planteamientos ético-políticos del sabio, inusitados por su fuerza y profundidad.

En todo caso, lo importante es que a Pauling se le presentaron muchas oportunidades en Chile para expresar viejas y queridas ideas, las mismas que le han suscitado más de alguna molestia con los gobernantes de Estados Unidos.

No puede afirmarse que esas ideas constituyan un cuerpo general y sistemático o conformen una concepción del mundo al margen de las grandes corrientes contemporáneas del pensamiento. Inclusive podrían señalarse en ellas, si no contradicciones, al menos cierta desligazón.

Por ejemplo, en su discurso en la clausura del Año Académico de la Universidad Técnica del Estado, Pauling afirmó que una de las causas mayores del sufrimiento humano es la mala distribución de los recursos. Subrayó el caso de Estados Unidos, donde el 5 por ciento de la renta nacional es percibido (“o atrapado”, dijo) por un tercio del uno por ciento de la gente. Otro cinco por ciento de la renta nacional es la renta total del veinte por ciento de la población estadounidense.

Estas comprobaciones de Pauling son indiscutibles.

Pero él sustenta al mismo tiempo la opinión de que otra de las causas mayores de sufrimiento reside en que el mundo en su conjunto, y casi cada país en particular, tiene un exceso de población o marcha hacia un exceso de población.

Tal vez esto es cierto aisladamente; pero si se vincula con el problema de la injusta distribución de la riqueza, nacional y mundialmente hablando, la lógica aconseja preguntarse en qué medida una justa redistribución de la riqueza redundaría precisamente en una disminución o desaparición de ese presunto exceso de población. (Fuera de que crecen las posibilidades de multiplicar los recursos mundiales).

Tampoco se puede soslayar el hecho de que la cantidad de sufrimiento humano se concentra particularmente en los que Pauling denomina “extremadamente pobres” y que, por lo tanto, el problema del exceso de población no debe plantearse al margen del problema de la redistribución de la riqueza.

En todo caso, inclusive si no nos equivocamos al pensar que las opiniones de Pauling carecen de mayor trabazón entre sí, esto no disminuye la trascendencia y vigor de sus razonamientos.

Hubo un momento en la vida de Pauling, poco después del bombardeo atómico de Hiroshima y Nagasaki, en que el sabio se juró a sí mismo que en cada conferencia que diera en adelante incluiría un enérgico alegato en favor de la paz mundial. Desde entonces ha dictado cerca de mil quinientas conferencias en numerosos países y ha consagrado su vida al cumplimiento de ese compromiso a través de los más diversos caminos de la teoría y de la acción.

Posee una cultura enciclopédica. Su biblioteca abarca prácticamente todos los temas posibles. Ostenta una increíble capacidad de estudio y una potencia reflexiva inconmensurable. Afirma, inclusive, que ha logrado enseñar a su subconsciente y a su inconsciente a que trabajen por él mientras se dedica a otros problemas o mientras duerme. Pero en su lucha por la paz tiende a aprovechar su inmenso acervo cultural y sus prodigiosos cálculos en beneficio de unas pocas ideas centrales. Y lo hace con la sencillez y profundidad que sólo puede lograr la gente verdaderamente sabia, la gente

verdaderamente genial.

Su discurso en el Gran Palace es una buena demostración. Se titula "La Ciencia y el futuro de la humanidad".

Comienza por subrayar la importancia del raciocinio en el análisis de los grandes problemas mundiales, la importancia de la lógica en la extracción de conclusiones objetivas, ajenas a dogmas y a toda forma de autoritarismo.

Luego afirma que la ciencia no está al margen de la moral, puesto que sus raíces son comunes. De ahí que a la ciencia no le puede ser ajena la cantidad de sufrimiento humano que hay en el mundo, cantidad excesiva a pesar de los avances científicos y técnicos.

¿Por qué esa cantidad de sufrimiento?. Porque el mundo es manejado de manera inmoral, irracional inclusive. En este manejo predomina el egoísmo individual, o el egoísmo de grupo, o el egoísmo nacional (nacionalismo).

Es necesario entonces trabajar para disminuir el sufrimiento, ante todo el sufrimiento humano.

Una de las mayores causas de este sufrimiento radica en que las naciones continúan basándose en la fuerza para zanjar las disputas. Se hace cada vez más urgente una legislación mundial que reemplace la guerra y termine con los experimentos nucleares que dañan a los seres.

Otra de las mayores causas del sufrimiento humano resulta del desperdicio de una parte importante de los recursos mundiales en la guerra y el militarismo. **En la actualidad, el militarismo cuesta al mundo más de 250 mil millones de dólares al año. Esta riqueza ... es mayor que toda la renta anual de dos tercios de la gente del mundo.**

Estados Unidos, con su inmoral guerra en Vietnam, gasta 30 mil millones de dólares por año para atacar a un país cuya riqueza total es de sólo 9 mil millones de dólares.

Una tercera de las mayores causas del sufrimiento es la mala distribución de los recursos restantes. Dos tercios de la población mundial —2.300 millones— tienen una renta igual a sólo un 10 por ciento del total mundial. El 0,1 por ciento de la población mundial goza, en cambio, de un ingreso igual al 10 por ciento del total mundial.

Se podría lograr una gran disminución del sufrimiento humano con una redistribución, aunque fuera moderada, de la riqueza mundial. Desde antes de nacer, los pobres comienzan mal su vida. El hambre y la desnutrición en el feto y durante la infancia, producen cuerpos débiles y mentes débiles.

Pauling pasa entonces al problema de la nutrición y asegura que se podría elevar el bienestar físico y mental de cada persona si se mejora la calidad de su nutrición.

Ciertas cantidades de sustancias vitales, especialmente algunas vitaminas, son menores que las cantidades óptimas. Tal es el caso de la vitamina C. Generalmente se recomienda una ración diaria de 50 a 75 miligramos, en circunstancia de que, tal vez, la ración diaria óptima sea de 5 a 7 gramos.

En la conferencia de prensa que se celebró en el Hotel Crillon, Pauling hizo afirmaciones como las siguientes:

**El gobierno de Estados Unidos cometió un gran error al rechazar el régimen de Castro. Ha habido un progreso evidente en Cuba y es bueno que ese país se haya sacudido de la tutela que USA mantenía desde 1906.**

**Los norteamericanos poderosos se han apoderado del 60 por ciento de la riqueza mundial. Si se sigue con esta política, preveo una catástrofe tarde o temprano.**

Al comenzar su discurso en el Aula Magna de la Universidad de Chile, Pauling lanzó el ex-abrupto:

**¡La guerra en Vietnam, esta guerra perversa, vergonzosa, desgraciada, debe terminar ahora!**

Cuando dialogó con los estudiantes, tuvo respuestas como éstas:

**La rebelión juvenil es sana y ha llegado a convertirse en una fuerza de contención de los abusos inmorales e inescrupulosos de alguna gente adulta.**

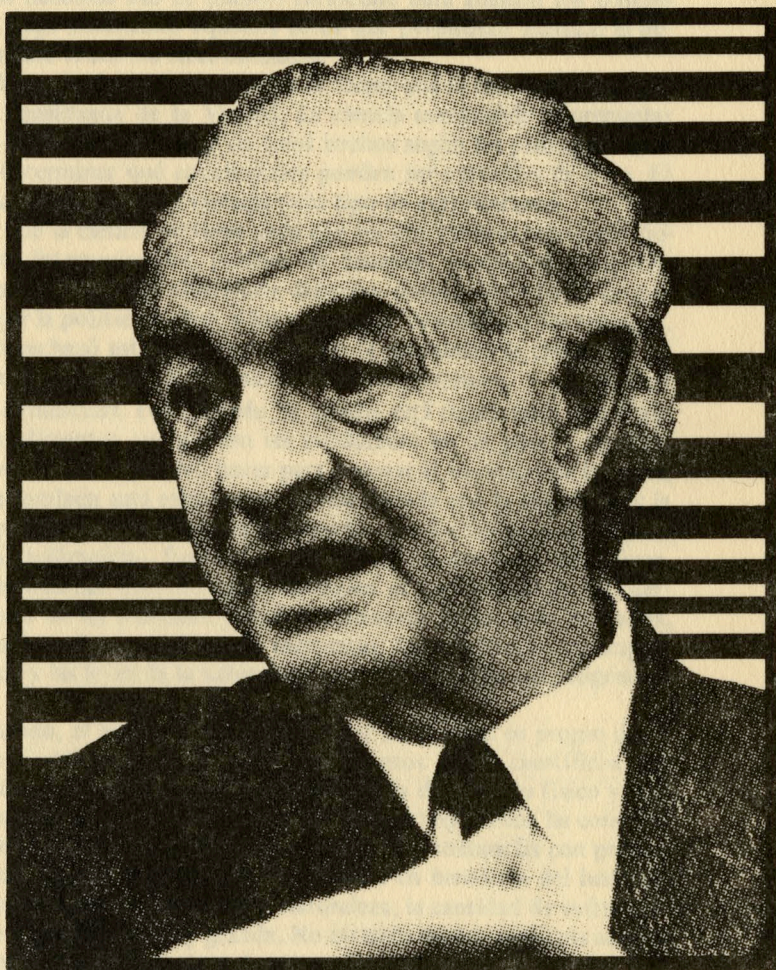
**La inflación chilena es una prueba de cómo se arrebató el poder adquisitivo a los pobres y se trasvasa a los ricos.**

**Los científicos que en Estados Unidos trabajan para el Gobierno y para las grandes empresas privadas no hablan... Podemos hablar aquellos que nos desempeñamos de manera independiente en las universidades como investigadores y docentes.**

**Todavía no sabemos cuál ha de ser el camino mejor para la construcción de una sociedad realmente democrática en Estados Unidos. Pero estimo que todos los caminos son buenos, incluyendo el de los Panteras Negras.**

La Universidad Técnica del Estado, al tomar la iniciativa de invitar a Linus C. Pauling y Ava Helen, lo hizo con la plena conciencia de que así actuaba en el espíritu de la Reforma Universitaria. Las dos semanas chilenas de la pareja de científicos satisficieron plenamente esta expectativa. Si bien cierta prensa poderosa rechazó con su silencio las opiniones de Pauling, ese rechazo sólo rubricó, por contraste, la general verdad y justicia de las formulaciones del sabio y, a la vez, puso de nuevo al desnudo la inmoralidad sustancial que Pauling denunció en "los extremadamente ricos".

LINUS  
PAULING



la ciencia  
y el futuro  
de la humanidad



Los cambios que han tenido lugar recientemente en el mundo nos ofrecen a todos, incluyendo a la gente de Chile y de otros países latinoamericanos, la esperanza de una vida mucho más placentera en el futuro. Sin embargo, esta esperanza se concretará solamente si nosotros hacemos uso de nuestro raciocinio para analizar los grandes problemas mundiales y luego realizamos aquellos actos que permitirán alcanzar el objetivo de una vida buena para todos los seres humanos.

Yo soy un científico, y examino las cosas en la forma que lo hace un científico. Ciencia es la búsqueda apasionada de la Verdad. La ciencia comprende el preguntar cuáles son los hechos y luego pensar acerca de estos hechos según los principios de la razón y la lógica, para determinar qué conclusiones pueden ser extraídas de ellos. El científico rechaza dogmas y revelaciones; rechaza todo tipo de autoritarismo.

Mucha gente dice que la ciencia no tiene nada que ver con asuntos tales como política exterior, relaciones internacionales, política de desarme, moralidad y justicia. Los políticos dicen a menudo que los científicos deberían simplemente hacer lo que se les manda hacer y dejar la política a ellos, y los asuntos de moralidad a los teólogos, los líderes religiosos. Yo rechazó estas afirmaciones. En la actualidad la ciencia es un factor preponderante en la política, en las relaciones internacionales, y en realidad también en los asuntos domésticos. Por ejemplo, la ciencia está relacionada con el aumento en la cantidad de alimentos que pueden ser producidos en un país, o también con muchos de los esfuerzos que se pueden hacer para mejorar el bienestar de la gente, y yo creo que la ciencia también está estrechamente relacionada con la moralidad y la ética. Yo creo que los grandes líderes religiosos del pasado —en los milenios que siguieron al nacimiento de la civilización— fueron los científicos, los primeros científicos, los hombres sabios que estudiaban los fenómenos naturales, el movimiento de los cuerpos celestes, el crecimiento de las cosechas, el comportamiento de los seres humanos, y luego, a través del ejercicio de sus poderes de raciocinio, formulaban los principios del comportamiento ético y las leyes de la naturaleza, para beneficio de sus congéneres y sus descendientes.

Durante el siglo pasado, el hombre ha logrado poder determinar su propio destino en una medida nunca antes pensada. Los descubrimientos de los científicos han conducido a una comprensión mucho mayor y más profunda del mundo físico y biológico que la que se poseía al comienzo del siglo veinte. Esta comprensión ha conducido a grandes aumentos en la energía disponible y la variedad de sustancias con propiedades físicas o fisiológicas especiales que pueden ser usadas en beneficio del hombre.

A pesar de nuestro creciente poder sobre la naturaleza, la cantidad de sufrimiento humano en el mundo sigue siendo muy grande. No estamos usando nuestros conocimientos en forma efectiva para beneficio de toda la humanidad.

La razón principal del continuado mal uso de nuestro poder sobre la naturaleza, de que siga existiendo una gran cantidad de sufrimiento humano, es que el mundo no es manejado sobre la base de un principio ético aceptado. En cambio, se le maneja de forma inmoral, no ética e irracional, sobre la base de egoísmo individual, egoísmo de corporación, y egoísmo nacional.

Yo creo que ahora nosotros debemos tratar de desarrollar un conjunto de principios éticos sobre bases científicas, y creo que es posible hacer esto: en esencia desarrollar, de manera científica, un conjunto de principios éticos que puedan ser aceptados por todos los seres humanos. Yo no acepto el argumento de que no podemos medir el sufrimiento de otras personas, de que no sabemos qué es bueno y qué es malo. Mi relación hacia conmigo mismo es subjetiva y mi relación con otros seres humanos es objetiva. Sin embargo, yo creo que tengo que aceptar las evidencias de mis sentidos de que soy un hombre como los demás. Yo observo que cuando me lastimo grito, y yo sé que siento que he sido herido y observo que cuando alguna otra persona se lastima, grita y se comporta de la misma manera que yo. Yo deduzco que él se ha sentido herido y por una generalización de este argumento, que creo es riguroso, llego a la conclusión de que soy una persona como otras, que las otras personas sufren como yo sufro. No puedo, de buena fe, argumentar que de alguna forma yo merezco un destino mejor que otros hombres. Me veo forzado por esta lógica a llegar a la conclusión de que yo puedo comportarme de otro modo que no sea el que va a mantener el sufrimiento de ellos en un mínimo. Y llego así a la Regla de Oro que es parte de las religiones en general, y que Lucas expresa en su exhortación:

*“Tratad a los hombres de la misma manera como quisierais que ellos os trataran a vosotros”.*

Yo sé qué es lo que me hace sufrir y quiero mantener mi sufrimiento en un mínimo; es mi deber trabajar para mantener en un mínimo el sufrimiento de los demás seres humanos. Llego así a un principio que podría llamar el principio de minimización del sufrimiento.

Es en nuestras acciones, en nuestras decisiones de todo nivel que debemos trabajar para mantener en un mínimo la cantidad de sufrimiento en el mundo, y antes que nada, yo diría el sufrimiento de todos los seres humanos. Todos somos hermanos, pero, como indicaré la semana próxima en mis clases sobre la estructura molecular del cuerpo humano y de los cuerpos de otros animales, también estamos cerca de ser hermanos de los orangutanes, de los gorilas y otros animales estrechamente relacionados a nosotros en estructura molecular. Somos primos cercanos de los monos Rhesus y de otros monos, primos un poco más lejanos tal vez del caballo, de la vaca, del cerdo y otros animales, y estamos estrechamente relacionados en el sentido molecular aun a formas de vida tales como los organismos unicelulares, la levadura del pan, por ejemplo. Yo creo que también tenemos que trabajar para mantener el nivel de sufrimiento de los animales tan bajo como sea posible, y que debemos trabajar además, para conservar nuestras reservas naturales, para proteger nuestros minerales, bosques, cascadas y otras maravillas del mundo para que generaciones futuras puedan también disfrutar de ellas y aprovecharlas.

El principio de minimización del sufrimiento es en cierto sentido más poderoso que la Regla de Oro porque muestra claramente en qué dirección debemos avanzar, en qué forma cada uno debería tomar sus decisiones en escala individual, en escala de agrupación, y en escala nacional. Ustedes saben que la mayoría de la gente acepta la ley, que está basada en la moralidad. Es la aplicación práctica de los principios éticos a los distintos problemas lo que hace surgir las disputas entre seres humanos o grupos de seres humanos. Pero las naciones del mundo no aceptan la ley. Ellas han seguido basándose en la fuerza, en el poderío militar para zanjar sus disputas. Esto significa que las naciones han rechazado la moralidad. Yo creo que fue un accidente histórico el que la raza humana se dispersara sobre la superficie terrestre más rápidamente de lo que podían desarrollarse los medios de comunicación, por lo que no estábamos unidos es-



trechamente en grado suficiente y las guerras se desataban por los malentendidos debidos a la falta de comunicación y a nuestra incapacidad de formular un sistema de leyes que pudiera ser aplicable a la interacción de unas naciones con otras.

Yo creo que hemos llegado a una época histórica en la que debe darse el último gran paso —el último gran paso en la aplicación de la moralidad a la interacción del hombre con sus congéneres—. Tal es la aceptación de una ley mundial para reemplazar la guerra, una ley mundial basada en los principios de la moralidad y la justicia, y yo creo que estamos obligados a dar este paso ahora y no dentro de cien años en virtud del desarrollo de las armas nucleares. En mil novecientos cuarenta y cinco hubo una gran discontinuidad, cuando las bombas aumentaron veinte millones de veces su poder explosivo. Los explosivos por fisión nuclear son veinte millones de veces más poderosos que un mismo peso de un explosivo molecular como el TNT. Sobre Hiroshima y sobre Nagasaki se hicieron explotar bombas que contenían menos de un kilogramo de explosivo nuclear.

Aun cuando sólo un kilogramo de explosivo nuclear —uranio 235 sobre Hiroshima, plutonio 239 sobre Nagasaki— aun cuando explotó sólo un kilogramo, la bomba tenía el poder explosivo de veinte mil toneladas de TNT, suficiente para destrozarse estas pequeñas ciudades, para destruirlas casi completamente en un área de más de tres kilómetros de diámetro y para matar unas cien o doscientas mil personas. Y luego, en mil novecientos cincuenta y cuatro, la segunda gran discontinuidad tuvo lugar cuando las armas se volvieron todavía mil veces más grandes. El primero de marzo de mil novecientos cincuenta y cuatro los Estados Unidos hicieron explotar la primera bomba moderna, la superbomba de tres etapas, que contenía unos quinientos cincuenta kilogramos de material explosivo. Primero cuatro kilos y medio de plutonio que hacían de detonador —por sí mismo equivalía a una bomba de Hiroshima o Nagasaki. Bajo la influencia de la alta temperatura (cincuenta millones de grados) producida por la fisión del material detonante, cerca de cien kilogramos de deuterio de litio entraron en la reacción de fisión nuclear, aumentando el poder explosivo hasta quinientas veces el de la bomba de Hiroshima, y luego unos cuatrocientos cincuenta kilos de uranio metálico común entraron en la reacción de fisión nuclear, lo que equivalía a otras quinientas veces la bomba de Hiroshima— en total mil veces. Esta bomba era de veinte megatonnes, que significa el equivalente a veinte millones de toneladas de TNT.

Una bomba de este tipo que se haga explotar sobre cualquier ciudad de la tierra la destruiría completamente. La bomba evaporaría el centro de la ciudad dejando un agujero de cuatrocientos metros de ancho y tal vez doscientos metros de profundidad; por su estallido destruiría completamente los edificios en un área de unos treinta y cinco kilómetros de diámetro; en un día claro produciría incendios en un área de ciento sesenta kilómetros de diámetro; enviaría cenizas radiactivas que matarían a la mayoría de la gente en un área de más de veinticinco mil kilómetros cuadrados, digamos ochenta kilómetros de ancho y trescientos veinte kilómetros de largo en la dirección del viento. Si explota sobre una de las grandes ciudades del mundo podría matar diez millones de personas o más. Estas son las armas que las grandes potencias nucleares han acumulado por miles.

El solo hecho de probar estas armas daña a la raza humana. Se han hecho ensayos con seiscientos megatonnes de estas armas hasta el presente, y yo he estimado —y los científicos están de acuerdo en que estas estimaciones son correctas— que estos ensayos de bombas significan que diez y seis millones de niños nacerán con grandes defectos físicos o mentales, o sufrirán muerte embriónica o neonatal o vivirán con seria mal-

formación o grave deficiencia mental —diez y seis millones de niños— y también he calculado que aproximadamente el mismo número de personas morirán prematuramente de cáncer, cáncer óseo, leucemia u otra enfermedad causada por los productos radiactivos de la fisión y por el carbono catorce que se produce. Estos números son algo inciertos. Tal vez debería decir sólo diez millones, o tal vez veinte.

Pero el peligro más grande no proviene de los ensayos de bombas, sino de las bombas mismas usadas en una gran guerra nuclear. Yo he estimado que los arsenales mundiales de explosivos nucleares suman en la actualidad sescientos mil megatonnes, o sea unas cien mil veces la cantidad de explosivos usados durante toda la Segunda Guerra Mundial. Si usamos la relación de muertes por tonelada de alto poder explosivo que se alcanzó en la Segunda Guerra Mundial, 0,4 personas muertas por tonelada de alto poder explosivo, se puede calcular que los explosivos nucleares existentes alcanzan para matar doscientos cuarenta mil millones de personas, que viene a ser setenta veces el número de personas de la tierra. El poder mortal y destructivo de los explosivos nucleares existentes es tan grande que en el tratamiento oficial de los efectos de una guerra nuclear (en relación, por ejemplo, con la construcción de refugios contra explosiones y contra cenizas radiactivas) se acostumbra suponer un ataque nuclear con sólo un milésimo o un centésimo de los explosivos nucleares existentes.

Resulta claramente irracional pensar en emprender una guerra con armas que podrían destruir nuestra civilización y extirpar la raza humana. Sin embargo, el problema de eliminar la guerra y reemplazarla por un sistema mundial de leyes es tan difícil en un mundo caracterizado por la injusticia y dominado por el nacionalismo, que hasta ahora se ha avanzado poco hacia esa meta. Los políticos y los líderes nacionales todavía no han pedido ayuda a los científicos para analizar los problemas extremadamente complejos que deben ser resueltos si hay que abolir la guerra y reemplazarla por leyes mundiales basadas en un principio ético aceptado y para buscar soluciones prácticas aceptables ante estos problemas.

Mientras tanto, la guerra continúa en un limbo con nubes amenazantes de posibles muertes y destrucción abrumadora. Las grandes naciones nucleares se abstienen de hacer la guerra entre ellas, pero usan su poderío militar contra naciones más pequeñas: los Estados Unidos en escala mayor en la maligna guerra en Vietnam, y la Unión Soviética en menor escala en Hungría y Checoslovaquia, y junto con Francia, Alemania, Gran Bretaña y Suecia ambas aumentan el horror de las guerras entre naciones pequeñas o subdesarrolladas, especialmente en Africa y Asia, mediante la venta de cazas y bombarderos a reacción, cohetes, tanques, y otros instrumentos modernos de guerra, a razón de miles de millones de dólares por año. Detener ese comercio sería un acto importante.

El militarismo es una de las causas mayores de sufrimiento humano. Además del sufrimiento causado por la muerte y las heridas de millones de personas en las guerras que se están librando en la actualidad, una cantidad tremenda de sufrimiento resulta del desperdicio de una parte importante de los recursos mundiales en la guerra y el militarismo, recursos que en un mundo pacífico podrían ser usados para beneficio de las gentes del mundo. En la actualidad, el militarismo cuesta al mundo más de doscientos cincuenta mil millones de dólares al año. Esta riqueza, desperdiciada todos los años en la guerra y el militarismo, es mayor que toda la renta anual de dos tercios de la gente del mundo.

La política de militarismo que siguen los líderes de las grandes naciones es una política de locura. La existencia de arsenales de armas nucleares mayores que los necesarios para matar toda persona sobre la tierra obliga a las grandes naciones a abstenerse

de hacer la guerra entre ellas y las fuerza a resolver sus disputas mediante la negociación, aplicando leyes mundiales. Ellas han seguido este curso con éxito durante un cuarto de siglo, y continuarán haciéndolo. Pero los líderes nacionales no han seguido el cauce lógico, racional, y moral de disminuir los gastos militares. Los Estados Unidos continúan su guerra en Vietnam, a pesar de su inmoralidad y a pesar de lo irracional que resulta gastar treinta mil millones de dólares por año en atacar a un país cuya riqueza total es de sólo nueve mil millones de dólares.

El punto muerto a que han llegado los Estados Unidos y la Unión Soviética en poderío nuclear no se verá afectado por mejoras en las armas o por esfuerzos en la defensa, del tipo de los proyectiles antibalísticos, y sin embargo los militaristas y los políticos insisten en desperdiciar de esta forma miles de millones de dólares por año.

Debemos esforzarnos por llevar a los políticos a un estado de buena salud mental, sacarlos del viejo mundo de la guerra y de la política de la fuerza para entrar en el nuevo mundo de la paz, la razón y la moralidad, en el que la riqueza del mundo no se malgaste en la guerra y el militarismo, sino que se use en beneficio de la humanidad.

Además del mal uso de una gran parte de la riqueza del mundo, la mala distribución del resto es una de las causas mayores de sufrimiento humano. En los Estados Unidos, por ejemplo, un cinco por ciento de la renta nacional es entregado a (o atrapado por) un tercio del uno por ciento de la gente, y otro cinco por ciento es la renta total del veinte por ciento de la gente, la que está situada en la base del tronco del totem. Así pues, existe un factor de sesenta entre los ingresos de los ricos y los de los pobres. Este factor es aún mayor en muchos países: llega a ser seiscientos en el Perú, por ejemplo, donde además, la gente miserablemente pobre constituye más del noventa por ciento del total. En Chile, la mala distribución de la riqueza es casi tan grande. En conjunto, en el mundo, dos terceras partes de la gente, los miserablemente pobres— que son dos mil trescientos millones— tienen una renta igual a sólo un diez por ciento del total mundial. Un ingreso igual, diez por ciento del total mundial, es disfrutado por un grupo minúsculo, los increíblemente ricos, que suman sólo un décimo de un uno por ciento de la población mundial. La relación entre las rentas promedio de los ricos y pobres del mundo resulta así aproximadamente setecientos. En esta clasificación la clase media económica —un grupo heterogéneo que constituye un tercio de la población mundial— tiene entradas promedio algo inferior a la media geométrica de las entradas de los exageradamente ricos y de los miserablemente pobres.

Yo he llegado a la conclusión que la escala en la que se puede medir el bienestar, o sea la felicidad y el sufrimiento, en relación con la renta, es aproximadamente exponencial; el estado de bienestar de una persona es proporcional al logaritmo de su renta, modificada por supuesto por diversos factores determinados por su propia naturaleza y la naturaleza de su medio ambiente. Esta dependencia logarítmica presenta la característica que el agregado de un incremento finito a los ingresos, conduce a un aumento en el bienestar menor que la disminución en el bienestar que acompaña a la disminución en los ingresos por la misma cantidad. Por ejemplo, consideremos a una persona que gana doscientos dólares por año. Se la haría más feliz con doscientos dólares más por año; pero, la miseria que resultaría de tener doscientos dólares menos sería mayor en magnitud que el aumento en la felicidad. La relación exponencial iguala el aumento de felicidad al duplicar su entrada con el aumento de sufrimiento al reducir su entrada a la mitad; o sea que un adicional de doscientos dólares equivale a una disminución de cien, con signos algebraicos opuestos.

El resultado de esto es que se podría lograr una gran disminución en la cantidad de sufrimiento humano con una redistribución sólo moderada de la riqueza mundial.

He encontrado que resulta útil formular una expresión cuantitativa para la relación del bienestar con la renta: el índice de bienestar es igual a veinte veces el logaritmo natural de la entrada anual dividida por treinta dólares. La escala de bienestar tiene pues los valores cero, veinte, cuarenta, sesenta, ochenta y cien para rentas anuales de treinta, ochenta, doscientos veinte, seiscientos, mil seiscientos cuarenta y cuatro mil cuatrocientos cuarenta dólares, respectivamente. En esta escala la renta promedio de los pobres del mundo, un sesenta y siete por ciento de la gente, corresponde a un índice de bienestar de veintiuno. Si se transfiriera a ellos parte de la renta del 0,1 por ciento de los exageradamente ricos, dejando todavía solvente a este pequeño grupo, el bienestar de los pobres aumentaría en catorce puntos, llegando a treinta y cinco. Esta transferencia aumentaría el bienestar promedio de la gente del mundo de cuarenta y dos a cincuenta y uno, con la consecuencia de una gran disminución de la cantidad de sufrimiento humano.

La relación logarítmica entre bienestar y renta me fue sugerida por los resultados de un estudio que hice hace algunos años sobre la expectativa de vida promedio de la gente de distintos países en relación con sus entradas promedio. Se encuentra una relación logarítmica, en la que la expectativa promedio de vida aumenta en casi tres años al duplicar la renta promedio. Comparando con la ecuación de bienestar se ve que por cada aumento de bienestar de cinco puntos hay un aumento promedio en la expectativa de vida de un año.

La expectativa promedio de vida en los Estados Unidos es cinco años menor que lo que podría esperarse por comparación con países europeos, corrigiendo por renta promedio. Esta señal de mala salud está de acuerdo con otros datos, tales como la mala ubicación de los Estados Unidos en mortalidad infantil (décimo quinto en el mundo). Probablemente la explicación sea la mayor dispersión del monto de las rentas individuales en Estados Unidos que en los países europeos y el sistema médico inferior al alcance de casi toda la gente. Un reajuste de la renta nacional y mejoras en el sistema de tratamiento médico conducirían a un gran aumento —de veinticinco puntos— en el bienestar.

Los pobres de todo el mundo ya comienzan mal su vida. La hambruna y la desnutrición en el feto y durante la niñez conducen a cuerpos débiles y mentes débiles. La mayoría de la gente del mundo sufre una disminución de sus aptitudes mentales a causa de una mala nutrición precoz. Con un total actual de tres mil quinientos millones de personas estamos forzando los recursos de la tierra. Yo creo que hemos pasado la población óptima, no sólo del mundo en conjunto, sino también de casi cada nación. En cada nación, y en el mundo en forma global, los gobiernos deberían formar comisiones que estudien el problema del número óptimo de habitantes que condujera a la menor cantidad de sufrimiento humano y a la mayor cantidad de bienestar.

Se han hecho estudios sobre la relación del bienestar con las costumbres y los factores ambientales. Hace más de un siglo un inglés llamado Gompertz descubrió que las tasas de muertes por edad específica son función exponencial de la edad. Por cada ocho años y medio de aumento de edad se encuentra duplicada la tasa de muertes y la incidencia de diversas enfermedades. Las curvas para distintas poblaciones son similares en su forma, pero pueden estar desplazadas a lo largo del eje de las edades. La curva de Gompertz para una población de fumadores de un paquete de cigarrillos por día está desplazada ocho años de la de los que no fuman, y la curva de los que fuman dos paquetes está desplazada dieciséis años.

No me caben dudas de que las consecuencias de fumar sobre la incidencia de enfermedades mentales es similar, y que en consecuencia esta gran afición por una droga

es de importancia en siquiatria social. Puedo decir que me siento turbado cada vez que veo un cigarrillo en los labios o en los dedos de alguna persona importante, sobre cuya inteligencia y criterio depende en parte el bienestar del mundo.

Volvamos al tema de la mala nutrición. La mayoría de la gente del mundo está medio muerta de hambre: no tiene suficiente alimento. Su dieta no contiene proteínas suficientes que permitan el desarrollo óptimo de sus cuerpos, incluyendo el cerebro, ni suficientes lípidos e hidratos de carbono para proveer la energía para un funcionamiento óptimo, tanto físico como mental. Resulta imperativo que la velocidad de cambio del número de habitantes y la distribución de la riqueza sean reguladas de manera tal que se dé a cada persona la posibilidad de llevar una vida agradable sin obstáculos provenientes de la debilidad, de la miseria y de la hambruna.

Más aún, el bienestar tanto físico como mental de casi cada persona del mundo podría ser mejorado mejorando la calidad de su nutrición. En particular, yo he llegado a la conclusión que las cantidades habitualmente recomendadas de ciertas sustancias vitales, especialmente algunas vitaminas, son mucho menores que las cantidades óptimas. Aun la gente solvente, que ingiere una dieta generalmente considerada adecuada puede, según mis creencias, verse mejorada tanto física como mentalmente mediante la ingestión de cantidades mucho mayores de algunas sustancias vitales.

El ácido ascórbico, la vitamina C, es un ejemplo de esas sustancias. La ración diaria recomendada habitualmente de esta vitamina es de cincuenta a setenta y cinco miligramos. Yo estoy de acuerdo con el doctor Irwin Stone en que la ración diaria óptima para la mayoría de la gente es probablemente cien veces mayor. La ingestión diaria de tres a seis gramos de ácido ascórbico conduce a un aumento en el vigor, en la protección contra enfermedades infecciosas, incluyendo el resfrío común, y en la rapidez de curación de las heridas. Tanto las manifestaciones físicas como las mentales del escorbuto se ven aliviadas con pequeñas dosis de ácido ascórbico. Katz y sus colaboradores informaron que un aumento significativo en el coeficiente de inteligencia (I.Q.) acompañaba a la adición de jugo de naranja a la dieta de niños de edad escolar en Texas. Hoffer y otros informaron que algunos pacientes de enfermedades mentales mejoraban cuando se les daba tres gramos de ácido ascórbico por día. Mi colega el Profesor Arthur B. Robinson y yo hemos encontrado un nivel anormalmente bajo de ácido ascórbico en los fluidos corporales de aproximadamente un tercio de los esquizofrénicos que hemos examinado, verificando así los informes de otros investigadores.

No repetiré acá los diversos argumentos presentados en mis publicaciones de mil novecientos sesenta y ocho sobre siquiatria ortomolecular y medicina ortomolecular en apoyo de la tesis que las cantidades óptimas de ácido ascórbico y algunas otras sustancias vitales son mucho mayores que las cantidades sugeridas normalmente y recomendadas normalmente, y aun mayores que las cantidades sintetizadas por los animales prototróficos. No puedo abstenerme, sin embargo, de mencionar el éxito de Hoffer y Osmond con muchos pacientes esquizofrénicos tratados con grandes cantidades diarias (tres gramos o más) de niacina o niacianamida, conjuntamente con ácido ascórbico, como complemento de la terapia usual.

Sobre la base de estudios de microorganismos yo me siento tentado de hacer una estimación cuantitativa: podría lograrse una mejoría en la salud física como mental correspondiente a un aumento promedio de diez unidades del índice de bienestar, incluyendo en la dieta las cantidades óptimas de ácido ascórbico y algunas otras sustancias vitales. El precio actual de la provisión anual de ácido ascórbico, a tres gramos por día, es de tres dólares cincuenta centavos por persona, y el precio sería mucho menor si su uso aumentara. ¿Puede acaso el mundo ignorar este método fácil y barato

de **lograr una mejoría general** en el bienestar físico y mental?

¿Cuáles serían las consecuencias para el mundo si los líderes nacionales y la gente en general razonara más claramente, aunque sea sólo un diez por ciento más claramente? . Con seguridad, avanzaríamos rápidamente hacia el objetivo de una sociedad justa y racional, hacia un mundo en el que se habría abolido el azote de la guerra, hacia un mundo de justicia y moralidad, en el que todos los seres humanos cooperarían para mantener la cantidad de sufrimiento humano en un mínimo.

Pero el problema verdaderamente mayor es el de la desnutrición, de la hambruna. Hay demasiadas personas en el mundo y no hay suficiente alimento.

Hace algún tiempo comencé a preocuparme acerca de la migración de gente hacia California, cuya población está aumentando mucho más rápidamente que en el resto de los Estados Unidos. "Tenemos doscientos millones de habitantes en los Estados Unidos. ¿Cuántos debería haber?". Mi respuesta es: "Podemos contestar esta pregunta aplicando el principio de minimización del sufrimiento humano. "¿Qué le ocurriría a la vida de los americanos si el aumento fuera a continuar hasta, digamos, cuatrocientos millones? . ¿Qué pasaría si la población se mantuviera constante en doscientos millones? . ¿Qué pasaría si disminuyera, supongamos, a cien o ciento sesenta millones? . Este es un problema difícil de resolver, pero consideremos algunos de los factores pertinentes. Casi todo el Medio Oeste y el Este de los Estados Unidos se sirve de aguas contaminadas. Ustedes abren un grifo y sale agua cloacal diluida y tratada químicamente para hacerla potable. Habitualmente resulta seguro beberla por su alta concentración de cloro, pero también está contaminada con contaminantes industriales y contaminantes orgánicos. Los peces se mueren en el Lago Erie porque todo el Gran Lago, uno de los lagos más grandes del mundo está tan contaminado que ya no puede albergar vida animal. Claramente, ya hay demasiadas personas, y después de pensar acerca de este problema he llegado a la conclusión que deberíamos tener ciento sesenta millones de personas en los Estados Unidos, y no más.

Yo creo que en la actualidad se está volviendo un deber de todos los gobiernos del mundo pensar acerca del problema: "¿Cuánta gente debería haber en nuestro país?". Creo que el deber principal del gobierno es mejorar el bienestar de la gente del país, más que conservar la integridad de sus fronteras. Ha llegado la época en que la gente del mundo está reconociendo que los hombres están unidos por los lazos de la hermandad y que el nacionalismo debe ser abandonado. Debemos trabajar todos juntos en beneficio de los humanos de todos los rincones, de la humanidad en general.

Creo que hay demasiada gente también en Chile, como en otros países. Quisiera sugerir que el objetivo mundial sea: "Disminuyamos a tres mil millones de personas en el año dos mil venticinco; a dos mil millones en el dos mil cien y a mil millones en el dos mil doscientos, de manera que todos los seres humanos de la tierra puedan llevar una vida placentera".

Creo que es necesario enfrentar el problema de la gran cantidad de sufrimiento humano innecesario. Creo que sólo los científicos pueden analizar este problema en forma total y formular los procedimientos para resolverlos. El sencillo análisis que he planteado acá muestra que se podría lograr una gran disminución del sufrimiento humano si se pudiera lograr una redistribución aunque sea modesta de la riqueza mundial. Pero, ¿cómo podría lograrse este objetivo, y qué pasos deberían dar los científicos? . Estoy seguro que, además de analizar el problema y formular posibles caminos para alcanzar la meta de un mundo mejor, los científicos van a tener que adoptar diversas actitudes políticas; como individuos, educar a la gente explicándoles el problema y las propuestas; como asesores científicos, educar a los líderes gubernamentales; como par-

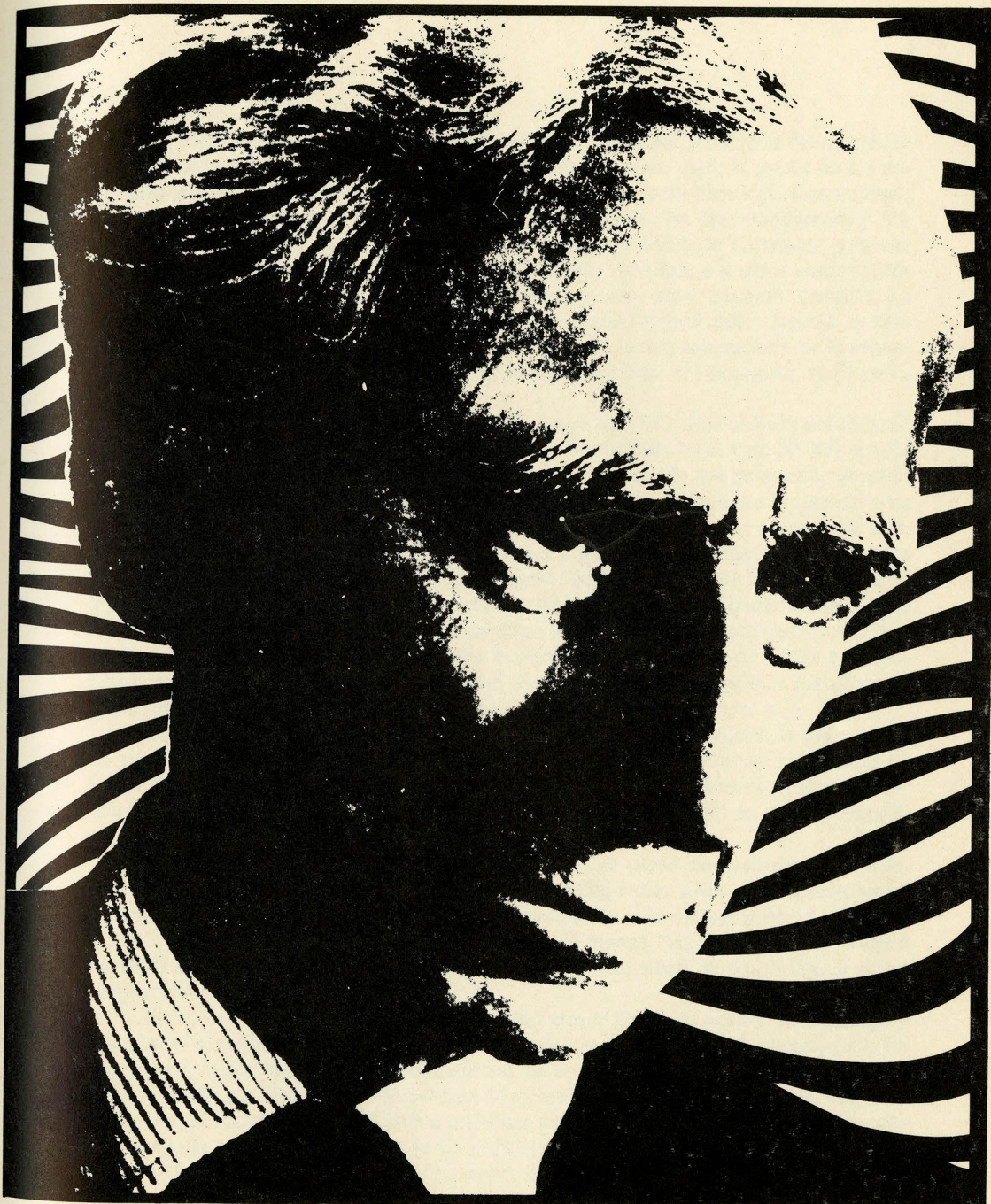
ticipantes de conferencias internacionales, lograr una comprensión mundial de los problemas; y como grupos informados de acción política, presionar al gobierno y a los votantes.

Tengo esperanzas en el futuro. Creo que puede evitarse la guerra nuclear y que con el correr del tiempo puede abolirse la institución de la guerra. Tengo la esperanza de que la actual distribución injusta de la riqueza mundial puede ser corregida con el transcurso del tiempo, por métodos pacíficos, mediante el proceso de evolución de los sistemas existentes, políticos y económicos. En la actualidad podemos ver las ventajas y desventajas de los sistemas existentes, del Capitalismo y del Comunismo, y con seguridad somos lo suficientemente sabios como para reconocer las posibles mejoras.

La rebelión de la gente joven contra el mundo que hicieron sus mayores, contra su maldad e injusticia, me da coraje. Tengo la esperanza que los jóvenes no olvidarán, a medida que envejecan, sino que se unirán a la generación siguiente para llevar a cabo los cambios que se necesiten para lograr un mundo de justicia y moralidad en el que todos los seres humanos cooperen para mantener en un mínimo la cantidad de sufrimiento humano.







**BERTRAND RUSSELL:** POR NICOLAS FERRARO  
**su persistencia en la memoria**



Vivía en Plás Penrhyn, una casa de campo en Gales. Todos los problemas del mundo lo atormentaban: la crisis permanente del Medio Oriente, Viet-Nam, la suerte de los prisioneros políticos, la tensión ruso-china. Tenía 97 años, el pelo blanco, la cara cubierta por una red de arrugas, la boca aparentemente desdeñosa, los ojos inteligentes y brillantes bajo unas cejas espesas. Vivía en Gales, frente a la bahía de Tremadoc, y estaba un poquitín resfriado. Me lo imagino bebiendo whisky, yéndose a la cama como tantos otros hombres y tantas, tantas noches en noventa y siete años; cansado, cansado. La muerte llovió sobre él esa noche, se inclinó sobre él apenas tocándolo, deshojó su páldo sudario y con ella se fueron el alma poderosa y la lúcida inteligencia de Bertrand Arthur William Russell, el tercer conde Russell, el pacifista, el humanista, el filósofo, el matemático y el ético.

Huérfano a los tres años, nació el 18 de mayo de 1872. Fue ahijado del filósofo J.S. Mill, cuya influencia en el siglo XIX (como la de Voltaire en el siglo XVIII) es sólo comparable a la de Bertrand Russell en el siglo XX. Fue criado por su abuela, educado por tutores y gobernantas, y parece ser que el mayor de sus hermanos lo introdujo en la geometría euclidiana, acontecimiento que él compara al del primer amor de su vida. Se dedicó a la matemática con una pasión superior y una constancia mayor —durante los siguientes treinta años— que a su primera esposa, Alys Pearsall Smith. Efectivamente; al concluir el tratado *Principia Mathematica* se enamoró de Lady Ottoline Morrell, se confesó con su esposa, y naturalmente soportó la tormenta desencadenada por el despecho y el engaño, y después de dar una lección sobre la filosofía de Locke a una sobrina, montó en su bicicleta y se marchó. Este fue el fin de su primer matrimonio. Como un gran hombre es de todas maneras un hombre, casó tres veces más.

Estudió desde 1890 en el Trinity College, Cambridge. Abandonó la universidad en el verano de 1894 para ir, como agregado diplomático a la Embajada británica en París. En 1896 fue a Berlín con el objeto de estudiar la social democracia alemana, regresó a Inglaterra y se dedicó a la filosofía, dejando huella de ello en el libro *Exposición Crítica de la Filosofía de Leibniz* (1900).

En 1903 publicó *Principles of Mathematics*, y a partir de entonces, con A.N. Whitehead —amigo y colaborador importante— trabajó diez años en la monumental *Principia Mathematica*, cuyos tres volúmenes aparecieron sucesivamente en 1910, 1912, y 1913. A esta gigantesca tarea, de la cual según él mismo “jamás se recobró”, añadió en 1910 *Ensayos Filosóficos*, el profesorado en la Universidad de Cambridge y su incorporación a la Royal Society (1908).

El fin de *Principia Mathematica* coincidió con el fin de su primer matrimonio y casi con el comienzo de la Primera Guerra Mundial, motivo de su incorporación a la lucha por un mejor destino para la humanidad. Se opuso públicamente a la conscripción militar; sufrió por ello primero la pérdida de su biblioteca, vendida para pagar una multa de cien libras esterlinas que le fue impuesta por la publicación de un folleto pacifista y luego la pérdida de su cargo en Cambridge. Le fue rehusado el pasaporte para viajar a los Estados Unidos donde podría haber enseñado en la Universidad de Harvard. Tampoco se le permitió dictar un ciclo de conferencias y por fin (como le ocurriera a los 89 años de edad muchos años después) fue a parar a la cárcel en 1918 otra vez debido a un artículo pacifista publicado en un periódico. ¡Y qué maravillosa compañía tuvo en su empresa! Romain Rolland y Barbusse en Francia, Alberto Einstein y Georg Nicolai en Alemania, C.E.M. Joad en Inglaterra. Todos perseguidos, los más encarcelados o refugiados en países neutrales, todos ellos intelectuales de alta alcurnia. Oponiénd-

dose a la guerra porque la guerra es una estupidez irracional y un hombre de talento nada tiene que ver con ella. (Habrían de cambiar de opinión los más de ellos en 1939. Tan irracional como la guerra, o más, era la furia fascista. Todos estuvieron contra el fascismo).

En la cárcel redactó Russell su **Introducción a la Filosofía Matemática**, libro que apareció en 1919.

Después de la guerra, Russell visitó brevemente Rusia y en 1920 viajó a China, para dictar conferencias sobre filosofía en la Universidad de Pekín. A su regreso contrajo por segunda vez matrimonio (con Dora Black) y se ganó la vida escribiendo artículos, libros de divulgación (**El A.B.C. de la Relatividad**, por ejemplo), dictando conferencias. Entre 1923 y 1929 además, este hombre que “jamás se recobró del esfuerzo” realizado para escribir **Principia Mathematica**, concibió entre otras obras **El Análisis de la Materia, Matrimonio y Moral**; fundó una escuela para niños con su esposa, empresa que duró cinco años. Divorciado otra vez en 1935, volvió a contraer matrimonio al año siguiente (esta vez su esposa fue Patricia Helen Spence) y en 1938 viajó a los Estados Unidos donde enseñó en las principales universidades. Sin embargo, le fue cancelado su contrato por el **College** de la ciudad de Nueva York debido a sus puntos de vista sobre la ética.

Regresó a Gran Bretaña en 1944 donde permaneció prácticamente hasta su muerte. Los honores comenzaron a llegarle de todas partes. Recibió la Orden Británica al Mérito (restringida a sólo 24 ingleses vivos) y el Premio Nobel de Literatura en 1950. Después de ello (1952) el tercer divorcio y el cuarto matrimonio (Edith Finch). En 1953 publicó cinco cuentos en **Satan in the Suburbs**.

Nunca conoció el descanso. Luchó contra la bomba atómica y los Polaris y, como anticipamos, fue encarcelado a los ochenta y nueve años por encabezar una demostración contra las armas nucleares. Siete días permaneció Russell entonces preso. La guerra de Viet-Nam provocó su justa ira, su angustia y su espanto. No creo en lo que llaman su anti-norteamericanismo. Debe haber sonreído con la lengua en la mejilla cuando destacó que para él era increíble esa acusación porque “dos de sus esposas eran norteamericanas”. ¿Cómo podrían disgustarle los norteamericanos?

Así fue el hombre que hace tan corto tiempo bebió un whisky y partió, sin saberlo (¡él sin saberlo!), a encontrarse con los huecos ojos de la muerte. Filósofo, matemático, humanista, conde, escritor, ciclista, agnóstico, racionalista, lógico y un ser humano delicado y noble.

Mi primer contacto con Russell provino de **Our Knowledge of the External World** (en su traducción al castellano) y su sorpresivo análisis sobre la percepción y el universo exterior a nosotros borró de golpe mi ingenuidad filosófica, hizo desaparecer muchas queridas ilusiones y todavía (cuando dispongo de algún tiempo) me es grato recordar su impacto. Brevemente resumida, la teoría de Russell sobre el mundo físico tal como está expuesta en la obra citada y en **The Analysis of Matter** y **An Outline of Philosophy**, es que la noción de objeto físico debe ser considerada como un simple mito, y por ello debe abandonarse. El objeto físico es, para Russell, una construcción lógica. Los sentidos presentan diferentes conjuntos de datos sensoriales a diferentes personas. En consecuencia “el universo visto por una mente nada tiene en común con el que es visto por otra”. Cada observador tiene por lo tanto, su propia perspectiva del universo; perspectiva creada por los datos sensoriales que le son característicos, y que provienen de su propia ubicación en el mundo. Una pequeña variación en la posición del observador hace variar totalmente los datos sensoriales; pero sin embargo la perspectiva sigue siendo muy similar a la anterior. Esta similitud hace que sea justificada la creencia de que

los datos sensoriales provienen de un único objeto. El objeto, sin embargo, no es otra cosa que la simple suma de los datos sensoriales suministrados por el objeto, si lo hubiera, desde todos los posibles ángulos de observación. Transcribiéndolo casi textualmente (soy un lamentable traductor): “Dado un objeto, en una perspectiva, formamos el sistema de todos los objetos correlacionados con él (por medio de la similitud mencionada más arriba) en todas las perspectivas; este sistema puede ser identificado con lo que el sentido común llama “cosa”. Así un aspecto de una “cosa” es un miembro del sistema de aspectos que es la cosa en ese momento”.

No es el momento, ni tengo tampoco la capacidad o el conocimiento necesarios para intentarlo ahora, de resolver el problema planteado por Russell, auténtico heredero, sin embargo, de la escuela de pensamiento fundada por Hume: De Hume el propio Russell (en *A History of Western Philosophy*) declara: “David Hume es uno de los más importantes filósofos porque desarrolló hasta llegar a su conclusión lógica la filosofía empírica de Locke y Berkeley y por hacerla autoconsistente la hizo increíble. Representa en cierto sentido el fin de un camino: en su dirección es imposible ir más lejos. Refutarlo ha sido, desde que escribió, un pasatiempo favorito de los metafísicos. Por mi parte, no encuentro ninguna de sus refutaciones convincentes; sin embargo, no puedo sino desear que algo menos escéptico que el sistema de Hume pueda ser descubierto”.

Mi segundo contacto con Bertrand Russell provino del libro que mencioné arriba **Introducción a la Filosofía Matemática**. Con él deshizo todo lo que algunos pocos años de estudio de la Matemática (en el Instituto Pedagógico) habían decantado y construido. En una nota publicada en el querido Boletín del Instituto Nacional —solicitada por su Director, mi amigo Ernesto Boero, a quien no veo, lamentablemente, desde hace algunos años— denominada **Número y Anti-Lógica**, todavía no me reponía del impacto. Citaba allí la famosa definición de Russell: “El número de una clase es la clase de todas las clases que le son coordinables”. Hasta leer a Russell creía que sabía algo acerca de los números. Después de su definición me propuse comenzar a aprender, y todavía estoy en eso.

La conjunción de la lógica y la matemática, no es, naturalmente, muy casual. Sin embargo tampoco es simple. Como ocurre con la resonancia, un avance importante en la matemática no es sólo recibido gratamente por los lógicos, sino desarrollado al abrigo de esta ciencia; y ese desarrollo, a su vez, repercute en nuevas ondas matemáticas. Por ejemplo, la matemática facilitó su simbolismo a la lógica, para desarrollar un algoritmo propio. Esto permitió a los lógicos afinar, por ejemplo, la teoría de la demostración y sus condiciones. Entonces aparecieron los matemáticos que quisieron exponer la matemática en el lenguaje simbólico de la lógica. La tarea más importante en esa dirección fue acometida por la escuela italiana siguiendo a Peano. Como lo dice bien León Brunschvicg, es una obra fecunda la de esta escuela. Volver a escribir la matemática de esta manera es, en realidad, repensarla. Este es claramente un método, el método logístico. Sin embargo, se puede ir más lejos, como lo hizo Frege. Es claro que el problema de la filosofía de la matemática escapa por completo al método logístico; pero puede encontrar solución en un sistema logístico: las proposiciones de la matemática son referidas a la lógica, de modo que para justificar la verdad de la matemática no se requeriría otra cosa que acudir a la verdad de la lógica. La realización de la teoría de la lógica implicaría la realización de la teoría de la matemática.

Frege es el primero que intenta este camino. Apoya su algoritmo simbólico en las ideas de juicio, concepto, función y relación.

Analícemos brevemente las ideas que expone Russell sobre la obra de Peano en

su libro. Peano utiliza tres ideas primitivas (no se definen) en su aritmética: cero, número y sucesivo, y fundamenta la aritmética elemental para reconstruirla en cinco axiomas, a saber:

- 1<sup>o</sup>) Cero es un número
- 2<sup>o</sup>) El sucesivo de un número es un número.
- 3<sup>o</sup>) Dos números no tienen jamás el mismo sucesivo.
- 4<sup>o</sup>) Cero no es el sucesivo de ningún número.
- 5<sup>o</sup>) Toda propiedad que pertenezca a cero y al sucesivo de un número que tenga esa misma propiedad, pertenecerá a todos los números.

Estos axiomas (de cuya traducción, esta vez, no me responsabilizo) son de sobra conocidos por los estudiantes de matemática. A partir de ellos uno puede hacer emerger la totalidad de la teoría del número natural, sin más que introducir definiciones y deducir lógicamente. Iniciemos, con Russell, el proceso. Definimos 1 como el sucesivo de 0, 2 como el sucesivo de 1, y así sucesivamente. Se puede continuar este proceso indefinidamente: por el 2<sup>o</sup> axioma, cada vez que tengamos un número podemos contar con el siguiente, y no tendremos temor de parar porque por el 3<sup>o</sup> ese siguiente es distinto de los anteriores, y por el 4<sup>o</sup> en ningún caso es el cero.

Lamentablemente, esos axiomas no caracterizan cabalmente a los números naturales 0, 1, 2, 3, 4, ... En efecto, consideremos que cero es el número 14, y que "sucesivo" significa el número que resulta sumar diez al número anterior. Razonando como arriba se obtendría el conjunto: 14, 24, 34, 44, 54, ... y nadie reconocería en este conjunto a los números naturales. Más aún, como observa Russell, no sólo necesitamos los números para hacer matemática sino también para vivir, para aplicarlos a la vida común. Necesitamos tener dos orejas, treinta y tantos dientes, una boca. Un sistema en el cual el 1 signifique 24, 2 represente a 34 no es útil en la vida corriente.

Aquí interviene Frege. El, según Russell, respondió a la pregunta ¿qué es un número? correctamente (reléase la definición de número dada por Russell y reproducida arriba. Así volverá el ánimo de seguir leyendo). La idea de número está ligada inseparablemente a la idea de conjunto. Ese es el descubrimiento capital, y está recién "de moda". El conjunto de los tríos es un conjunto hartamente característico. Es natural que se relacione con el número tres. Pongamos los pares en una clase o conjunto, los tríos en otra clase o conjunto y así sucesivamente. Por ejemplo el conjunto de los pares contiene una clase de dos elementos. El total de los pares es una clase con un infinito número de miembros, cada uno de los cuales es una clase de dos elementos. ¿Cómo podemos saber en cuál de las clases ponemos a un cierto conjunto con cierto número de elementos?. Parece simple: basta contar el número de elementos que lo componen. Si son tres, va a la clase de los tríos, si dos a la de los pares, si cuatro a la clase de los cuartetos. Peligrosa confusión desde que se está tratando de DEFINIR a los números. Poder contar significa disponer de los números que se quiere definir. ¿Pero, es necesario saber contar para saber si un conjunto tiene dos o tres o cinco elementos?. Sí, pero no se requiere saber contar para saber si dos conjuntos tienen o no el mismo número de elementos, y esto es lo único que se requeriría para colocar un conjunto en la clase de los tríos o de los quintetos. El mecanismo es simple. Sin saber contar, yo puedo saber que tengo el mismo número de dedos en la mano derecha que en la mano izquierda. Para ello me basta unirlos por las palmas de modo que coincidan ambos pulgares, ambos índices y así hasta llegar a los meñiques. Es establecer lo que se llama una **función biyectiva** entre los dedos de una y otra mano. Se llamará a dos conjuntos coordinables si puede establecerse una función biyectiva entre ambos.

Ahora está toda la escena dispuesta. Contamos con conjuntos o clases. Según Russell —no estoy en esto de acuerdo con él— la clase de los pares es “de certera y fácil definición” en tanto 2 es un ente metafísico cuya existencia siempre está en duda. Luego en vez de trabajar con los números 1, 2,... trabajamos con clases. Ahora, espero que así sea, se verá que el juego consiste en definir el número de una clase (por ejemplo, el número de un par) como el conjunto de todas las clases que le son coordinables. Y entonces la clase de todos los pares será el número 2. Observemos que a pesar de sentir que existe una especie de triquiñuela resbalosa en todo esto, en efecto ha desaparecido el 2 de la aritmética usual para ser reemplazado por un conjunto.

A partir de aquí, construye Russell, sin el equipo lógico-matemático que se requiere en terrible abundancia para leer *Principia Mathematica* la definición de orden, los números racionales, reales y complejos, los cardinales infinitos, los números ordinales, las ideas de límite y continuidad. Menciona, además, las paradojas a que puede dar origen una teoría de clases, problema cuyas diversas soluciones no son generalmente aceptadas todavía, en particular la de Russell.

La paradoja nace de la construcción de clases **no admisibles**. Es claro que una clase que produce una paradoja es instantáneamente calificada de no admisible (o “impura”). Por ejemplo, una clase, en general, no es un elemento de sí misma. La clase de los hombres, por ser una clase, no es un hombre. Sin embargo hay clases que se contienen a sí mismas. Por ejemplo, la clase de las ideas es una idea, y debería estar contenida en ella misma. Dividamos las clases en dos categorías: las que se contienen a sí mismas (C) y las que no se contienen a sí mismas (N).

Formemos el conjunto de todas las clases que pertenecen a N, es decir, el conjunto de las clases que no se contienen a sí mismas. ¿Dónde está esta clase? . ¿Entre las que se contienen a sí mismas o entre las que no se contienen a sí mismas? . Es claro que no puede estar entre las que se contienen a sí mismas, puesto que ella es la clase de todas las clases que no se contienen a sí mismas. Y, sin embargo, también es claro que ella no puede ser una de las clases que no se contienen a sí mismas, porque allí están todas y ella faltaría.

Según Russell las clases son ficciones lógicas, y una expresión que aparente referirse a una clase sólo tiene significación si es susceptible de traducirse en una forma en la cual no se haga mención de la clase. Con ello pretende deshacerse de las paradojas, pero jamás llegó a satisfacerse. Así parece desprenderse de sus **Reflexiones sobre mi Octogésimo Cumpleaños**.

Debería ahora recordar mi tercer encuentro con Russell. Aquél en que se introdujo a saco en mi ética; pero me temo que ello deberá esperar otra oportunidad. Sería injusto para el político, para el humanista, para el escritor. Prefiero no ahondar por ahora en su terrible permanencia como hombre en nosotros todos, en mí. Está demasiado recientemente alejado. Como recién yéndose, esfumándose. Me duelen sus cárceles, pero admiro su heroísmo y su violencia contra la violencia. Me duelen sus ojos ancianos, sus arrugas; pero desearía volver a verlo sentado en una calle, protestando contra las armas nucleares, contra cualquier injusticia en cualquier parte del mundo. Con Romain Rolland, el otro insobornable, pertenece a la categoría de hombres para los cuales todo homenaje parece pobre, todo elogio insuficiente, toda admiración restringida. Ambos hicieron del amor por la humanidad su credo más firme, y si bien uno fue matemático y el otro no, la herencia de ambos está tan preñada de ejemplos de valor y deseos de justicia que no habrían requerido escribir para ser grandes.

Pero fueron grandes escribiendo. Y grandes defendiendo un mejor destino para la humanidad. Un mundo en el cual "se intente preservar un orden social que no esté basado en un dogma irracional y se asegure la estabilidad sin requerir más restricciones que las necesarias para la preservación de la comunidad". Con él, digamos que sólo el futuro podrá decir si sus esfuerzos lograron algún éxito para obtener esta clase de sociedad.







## **UNIVERSIDAD TECNICA DEL ESTADO BASES PARA UN REGLAMENTO DE CARRERA ACADEMICA**

Uno de los principales objetivos que en el plano docente ha planteado la Reforma en la Universidad Técnica del Estado, es el establecimiento de una Carrera Académica. Con este objeto la Rectoría de la Universidad solicitó a los profesores Sres. Tomás Ireland C., Francisco Aguayo B., Angel Bate C. y Alfonso Grau F., la confección de un estudio preliminar de Carrera Académica.

El resultado del trabajo de esta primera Comisión sirvió de base de discusión para la elaboración de las presentes Bases de Reglamento, las cuales han sido elaboradas por una comisión presidida por el Secretario General señor Tomás Ireland C., e integrada por las siguientes personas:

Profesor Adolfo Silva C.  
Profesor Carlos Soto  
Estudiante Víctor Díaz F.  
Profesor Ramiro González A.  
Profesor Arsenio Fica O.  
Profesor Carlos Muñoz C.  
Profesor Sergio Chamorro G.  
Profesor Luis Argelery D.  
Profesor Arcadio Escobar Z.  
Profesor Nicolás Ferraro P.  
Profesor César Fernández C.  
Profesor Francisco Aguayo B.  
Profesor Luis Hunt S.  
Profesor Alfonso Grau F.  
Profesor Jorge Karzulović  
Profesor Luis Morales A.  
Profesor Moisés Latorre R.

En dicha comisión estuvieron representados:

LA COMISION NACIONAL DE REFORMA

LA FEDERACION DE ESTUDIANTES DE LA U.T.E. (FEUT)

LA ASOCIACION DE PROFESORES Y EMPLEADOS DE LA U.T.E. (APEUT)

LA ESCUELA DE INGENIEROS INDUSTRIALES

LA ESCUELA DE ARTES Y OFICIOS

EL INSTITUTO PEDAGOGICO TECNICO

LA ESCUELA DE CONSTRUCCION CIVIL Y

SEDES DE PROVINCIA.

UNIVERSIDAD TECNICA DEL ESTADO  
BASES PARA UN REGLAMENTO DE CARRERA ACADEMICA

Una de las principales actividades que se le planea durante la presente es la de la Universidad Técnica del Estado, en el cumplimiento de sus deberes académicos. Con este objeto se propone a la Universidad Técnica del Estado, la creación de un Reglamento General de Carrera Académica, el cual será sometido a la consideración de la Comisión de Carrera Académica.

El contenido del presente Reglamento General de Carrera Académica será de carácter general y aplicable a todos los docentes que laboran en las unidades de enseñanza superior, los cuales han sido designados por una comisión creada por el Secretario General de la Universidad Técnica del Estado, a fin de que se reúnan en sesión para:

- Profesor: Alfonso Soto L.
- Profesor: Carlos Soto
- Escritor: Víctor Díaz F.
- Profesor: Fernando González A.
- Profesor: Fernando Soto D.
- Profesor: Carlos Muñoz G.
- Profesor: Sergio González D.
- Profesor: Luis Aguayo D.
- Profesor: Ricardo Soto S.
- Profesor: Ricardo Fariña F.
- Profesor: César Fernández C.
- Profesor: Fernando Aguayo F.
- Profesor: Luis Díaz F.
- Profesor: Alfonso Soto L.
- Profesor: Jorge Rodríguez
- Profesor: Luis Muñoz A.
- Profesor: Víctor

**REGLAMENTO GENERAL DE LA "CARRERA ACADEMICA"**  
(Anteproyecto)

- I. PRINCIPIOS QUE FUNDAMENTAN ESTE REGLAMENTO
  - II. DEFINICION DE LA CARRERA ACADEMICA
  - III. JERARQUIZACION DE LOS STATUS Y ROLES
  - IV. DEBERES Y DERECHOS DE LOS ACADEMICOS
  - V. INGRESO, PROMOCION Y PERFECCIONAMIENTO
  - VI. REGIMEN DE TRABAJO
  - VII. REQUISITOS DE LAS CATEGORIAS
  - VIII. EVALUACION DEL TRABAJO ACADEMICO
  - IX. PUESTA EN MARCHA
- ANEXOS

# 1°

## PRINCIPIOS QUE FUNDAMENTAN ESTE REGLAMENTO

---

1. La educación, particularmente la educación superior, forma a grupos de personas de alta especialidad y saber, preparados para el trabajo en equipo, los cuales llegan a ser el foco y recurso esencial del desarrollo de las naciones contemporáneas.
2. La enseñanza universitaria de un país contribuye al desenvolvimiento de su potencial científico, tecnológico y económico.
3. Las instituciones de Estudios Superiores deben crear, para salvaguardar la excelencia de la cultura, una efectiva y justa relación entre las funciones, las categorías, las remuneraciones y responsabilidades académicas, como un medio destinado a facilitar la actualización de sus finalidades.
4. El establecimiento de la Carrera Académica apunta a la consecución de ese objetivo y responde a la imperiosa necesidad de otorgar a los profesionales universitarios el rango y la dignidad que el valor de su trabajo merece en justicia.
5. La Carrera Académica se estructura en forma jerárquica.
6. En la jerarquía se establecen las categorías que involucran los status y roles correspondientes.
7. Los status y roles de la misma categoría, son equivalentes en toda la Universidad y les corresponde un mismo monto en las remuneraciones.
8. La Carrera Académica, en todas sus categorías, se rige sólo por indicadores de carácter universitario, profesional y ocupacional, de manera que el ingreso, el ascenso y la renovación del personal, no involucre condiciones ajenas a este principio.
9. El trabajo docente, de investigación y de extensión será periódicamente evaluado por el Departamento.
10. Los Departamentos, desde el punto de vista del trabajo académico, son visualizados como unidades funcionales, encargados de planear, distribuir y ejecutar sus programas de actividades docentes, de investigación y de extensión. Estas diversas tareas, concebidas en términos de su organización, son realizadas por equipos de trabajo, de modo que, necesariamente, todos los integrantes del Departamento son responsables de su éxito o fracaso.
11. La totalidad de las normas del Reglamento de la Carrera Académica, son susceptibles de rehacerse y redefinirse, si su confrontación con la práctica, así lo exige.

# 2°

---

## LA CARRERA ACADEMICA

### DEFINICION

1. La Carrera Académica es un régimen pautado de trabajo establecido para el ejercicio legítimo y eficiente de las funciones universitarias de docencia, de investigación y de extensión.
2. La Carrera Académica implica, por tanto, una jerarquía dinámica de categorías o grados que se llegan a obtener mediante el cumplimiento de ciertos requisitos y atributos.
3. La Carrera Académica, define los status y roles en la jerarquía establecida, ordena adecuadamente los diferentes niveles del hacer académico, creando los incentivos morales y económicos que conduzcan a una actividad de permanente perfeccionamiento; garantiza la libertad de acción y pensamiento y especifica los derechos y deberes intrínsecos del trabajo universitario.
4. En relación con los fines que persigue, este régimen de trabajo es un medio instituido para ofrecer la real posibilidad de un desarrollo total del profesional universitario, tendiente a lograr la formación de un magisterio de superior calidad.
5. Fija las normas para el ingreso a la carrera, para la promoción y el perfeccionamiento en ella.

# 3°

---

## JERARQUIZACION DE LOS STATUS Y ROLES

### ESCALA NORMAL

#### A. Profesor

##### 1. *Status*

Es el académico de más alta jerarquía en el Departamento.

##### 2. *Roles*

- a) Dirigir y coordinar el régimen de trabajo en equipos de docencia, investigación y extensión.
- b) Dar clases teóricas, de preferencia, acerca de sus investigaciones en las disciplinas que imparte.
- c) Dirigir, programar y orientar el perfeccionamiento de los académicos.
- d) Dirigir, programar y evaluar el proceso de docencia, investigación y extensión.

## **B. Profesor Asociado**

### **1. Status**

Ocupa el segundo rango en la jerarquía académica.

### **2. Roles**

Son iguales a los que cumple el Profesor. Se diferencia de este último en los méritos de la obra acumulada en la vida académica.

## **C. Profesor Asistente**

### **1. Status**

Ocupa el tercer rango en la jerarquía académica.

### **2. Roles**

a) Dictar clases teóricas

b) Dar clases prácticas de acuerdo con la disciplina respectiva y tipo de profesión.  
(Ejercicios, experiencias de laboratorio, trabajos de talleres y seminarios, etc).

c) Ejecución de programas de investigación y extensión del Departamento.

## **D. Profesor Instructor**

### **1. Status**

Ocupa el cuarto rango en la jerarquía académica.

### **2. Roles**

a) Impartir docencia en talleres y laboratorios (uso y manejo de herramientas, instrumentos, operación de máquina, etc).

b) Colaborar en la ejecución de programas de extensión y producción del Departamento.

## **E. Ayudante. (Esta categoría corresponde generalmente a alumnos).**

### **1. Status**

Ocupa el quinto rango en la jerarquía académica.

### **2. Roles**

a) Colaborar en la realización de ejercicios.

b) Colaborar en la docencia en talleres y laboratorios.

## **F. Roles comunes a todos los integrantes de la Carrera Académica**

1. Investigar y difundir la cultura en sus respectivos niveles y participar en el perfeccionamiento académico.

2. Participar en la programación y evaluación del proceso de enseñanza y la investigación de acuerdo con su rango.

## ESCALA ESPECIAL

Existirá además de la escala Normal, una Escala Especial para la contratación de profesores extraordinarios, contratados, visitantes y eméritos, los que se regirán por un Reglamento especial.

### Procedimientos para su designación

#### a) Profesor extraordinario

Es aquel académico designado por el Consejo Superior a propuesta del Consejo del Departamento respectivo, en virtud de sus relevantes méritos y por no ser posible reglamentariamente asimilarlo a la escala normal.

#### b) Profesor contratado

Es aquel académico designado por el Comité Directivo de la Sede a propuesta del Consejo del Departamento respectivo, sin previo concurso y por un plazo no mayor de dos años.

#### c) Profesor visitante

Es aquel académico que perteneciendo a otra institución nacional o extranjera, desarrolla labores académicas en el Departamento por un tiempo determinado.

#### d) Profesor emérito

Es aquel que habiendo jubilado en la Universidad como Profesor, es nombrado por el Consejo Superior, a propuesta del Consejo de Sede, en atención a sus extraordinarios méritos académicos.

Goza de calidad de miembro del Departamento, al cual concurre para aportar su experiencia y conocimientos sin obligaciones específicas.

# 4°

## DEBERES Y DERECHOS DE LOS ACADEMICOS

---

### 1. DEBERES

- a) Cumplir con todas las disposiciones legales y reglamentarias de la Corporación.
- b) Contribuir a la organización, orientación y evaluación de las funciones de docencia, investigación y extensión.
- c) Participar en la elaboración de los planes de trabajo de los Departamentos, en sus respectivas disciplinas.
- d) Mantener una disposición permanente de perfeccionamiento, que le permita desarrollarse plenamente en la actividad académica y participar con idoneidad en las actividades que le asigne el Departamento.



- e) Integrar equipos de trabajo, como un medio democrático para disponer con espíritu crítico las distintas actividades, articular las iniciativas, establecer los métodos de trabajo y ponderar los resultados.
- f) Mantener una actitud vigilante para que la Universidad y el Departamento cumplan eficazmente con las funciones que les son propias, con el objeto de que sus dimensiones críticas y democráticas se concreten efectivamente.

## 2. DERECHOS

- a) Expresar libremente su pensamiento en sus múltiples manifestaciones.
- b) Percibir una remuneración justa, de acuerdo con el nivel logrado y la función desempeñada.
- c) Disfrutar de las garantías legales vigentes, disponer de los medios materiales y humanos para el desempeño eficaz del trabajo asignado, gozar de la estabilidad funcionaria correspondiente y tener las posibilidades de ascenso estatuidas y de la igualdad de oportunidades a que tienen derecho.
- d) Participar en la elección de las autoridades, en la programación de las tareas, en la evaluación de los trabajos académicos.

# 5°

## INGRESO, PROMOCION Y PERFECCIONAMIENTO

---

### 1. INGRESO Y PROMOCION

Con el objeto de determinar las vacantes que corresponda llenar por ingreso y/o promoción, el Consejo Directivo del Departamento confeccionará anualmente la planta de académicos por categorías, la que será propuesta al Consejo Directivo de Sede para su ratificación.

#### A. INGRESO

1. El ingreso de nuevo personal a la Carrera Académica, se produce cuando entre los miembros del Departamento no existen postulantes que reúnan los requisitos exigidos para la categoría del cargo vacante.
2. Se podrá ingresar a la Carrera Académica en cualquiera de las categorías definidas en la escala normal. Para ello, los postulantes deberán reunir los requisitos exigidos para la categoría respectiva y ganar el concurso llamado por el Comité Directivo del Departamento.
3. La elección de entre los postulantes será determinada por el Consejo del Departamento mediante votación secreta, previo informe del Comité Directivo del Departamento, en el que los postulantes se ordenarán en orden decreciente de sus méritos académicos.

4. Será elegido aquel postulante que obtenga la mayoría absoluta de los votos emitidos. En el caso que ningún postulante alcance esta mayoría absoluta, se llamará a las dos más altas mayorías relativas a un proceso de oposición, consistente en clases magistrales o demostraciones prácticas si el caso lo aconsejara. Cumplida esta etapa el Consejo votará nuevamente y designará al elegido por simple mayoría.  
Si en cualquier rueda de votación, los votos en blanco sumaran más del 50% de los emitidos, se declarará desierto el concurso.
5. Las normas de los llamados a concurso, en cuanto a plazos, difusión y otros aspectos se indican en Reglamento Adjunto al presente Estatuto.

## B. PROMOCION

1. Promoción es el ascenso de los académicos del Departamento de una categoría a otra y se produce por vacancias en la planta respectiva.
2. Los ascensos de una categoría a otra se decidirán mediante concursos internos llamados por el Comité Directivo del Departamento. Podrán postular todos aquellos miembros del Departamento que reúnan los requisitos exigidos para la categoría del cargo vacante.
3. El procedimiento de elección será el mismo indicado en los puntos 3 y 4 relativos al ingreso de nuevos académicos. Si el concurso es declarado desierto, se entenderá que no existen en el Departamento postulantes que cumplan los requisitos de la categoría del cargo vacante.

## 2. PERFECCIONAMIENTO

1. Además de los seminarios y cursos que internamente organicen los Departamentos éstos tendrán a su cargo la ejecución de programas regulares de formación y perfeccionamiento de Académicos, en coordinación con el Instituto de Perfeccionamiento Académico de la Universidad Técnica del Estado.
2. Dicho Instituto será facultado para resolver cuáles serán los Departamentos, de entre sus semejantes de las distintas sedes, que tomarán esta función
3. Los Programas Regulares de Perfeccionamiento serán:  
Programas de graduado y programas de complementación. Las prioridades para realizar estos programas serán determinadas por el Instituto de Perfeccionamiento Académico de la Universidad Técnica del Estado.
4. Los Departamentos, en ciertos casos, podrán exigir tales cursos como requisito indispensable. Esto podrá ocurrir con aquellos académicos enfrentados, por razones de cambio de planes y programas, a nuevas materias o a distintos enfoques de ellas. Será también el caso de los académicos que denoten deficiencias relacionadas con sus conocimientos, métodos, etc.  
Además, para aquellas personas que por primera vez desean desempeñar la docencia, será recomendable que adquieran conocimientos acerca de las ciencias de la educación y de las disciplinas pedagógicas.

5. Todos los académicos de los distintos Departamentos podrán solicitar al respectivo Comité Directivo el patrocinio de su postulación al Instituto de Perfeccionamiento, como candidatos para optar a becas para los programas de Complementación y en aquellos casos que corresponda, para los programas de Graduado.
6. La beca consistirá en una Comisión de Servicio con goce de sueldo más los pasajes de ida y regreso en aquellos casos, que impliquen traslado. En casos calificados podrán existir asignaciones especiales.
7. Para aquellos académicos que acrediten haber cursado los programas de Complementación o poseer estudios equivalentes, y/o que no tengan posibilidades de continuar su perfeccionamiento en el país, podrá acordarse entre el Instituto y el Departamento, la asignación de una beca para cursar estudios en el extranjero. Dicha beca consistirá en una comisión de servicios con goce de sueldo, más asignaciones especiales y pasajes cuando ello sea factible y necesario.

# 6°

## REGIMEN DE TRABAJO

---

Los tipos de jornadas académicas semanales son:

### 1. Dedicación exclusiva.

Implica una actividad de 42 horas de trabajo. De ellas, no más de 12 deberán ser dedicadas a clases sistemáticas. El resto del horario estará destinado a la atención de actividades relacionadas con su ocupación. El académico con dedicación exclusiva no podrá desempeñar cargos permanentes rentados fuera de la Corporación.

Los académicos que fueren designados en cargos como Director o Jefe de Sección en el Departamento, como asimismo en cargos Directivos en la Universidad, conservarán la propiedad de sus cargos y quedarán liberados de sus tareas específicas del Dpto. mientras duren sus funciones como directivos. Sin embargo, podrán realizar no más de 6 horas de enseñanza.

### 2. Jornada completa.

Implica una actividad de 36 horas de trabajo. De ellas, no más de 12 deberán ser dedicadas a clases sistemáticas. El resto del horario estará destinado a la atención de actividades relacionadas con su ocupación. El académico con jornada completa, podrá trabajar fuera de la Corporación en cargos permanentes rentados hasta por 6 horas, en un horario compatible con su jornada en el Departamento.

### 3. Media jornada

Implica una actividad de 18 horas de trabajo, de ellas no más de 10 deberán ser dedicadas a clases sistemáticas. El resto del horario estará destinado a la atención de actividades relacionadas con su ocupación.

### 4. Jornada parcial

Implica una actividad de 6 horas de trabajo.

# 7°

## REQUISITOS DE LAS CATEGORIAS

---

1. Los requisitos exigidos para las diversas categorías de la Escala Normal, se expresan a través de puntajes y corresponden a los indicados en la tabla.

<i>Categoría</i>	<i>Puntaje requerido</i>
Profesor	751-1000
Profesor Asociado	600-750
Profesor Asistente	425-599
Profesor Instructor	250-424
Ayudante	0-249

2. Estos requisitos son alcanzados por acumulación de méritos, que serán ponderados anualmente en los siguientes aspectos:

#### a) Obra realizada

Comprende todos aquellos rubros en que el académico ha desarrollado una actividad creadora.

#### b) Grados, Títulos y Estudios Universitarios

Se refiere al nivel de conocimientos alcanzados en los estudios sistemáticos, realizados en instituciones de nivel universitario.

#### c) Experiencia Profesional

Se relaciona con la práctica fructífera en el ejercicio de la profesión.

La ponderación de estos aspectos se hará a través de un sistema de puntaje.

3. Para la ponderación de la letra a) del punto anterior obra realizada se considerarán los siguientes factores:

- Investigaciones realizadas
- Docencia impartida
- Publicaciones
- Cursos y otras actividades de perfeccionamiento
- Conocimiento de idiomas extranjeros

El análisis conjunto de estos factores, en cuanto a calidad y cantidad de trabajo desarrollado, indicarán un puntaje según la siguiente tabla:

<i>Obra realizada</i>	<i>Puntos</i>
Excelente	400
Buena	280
Satisfactoria	175
Escasa	50
No tiene	0

4. Para la ponderación de la letra b) del punto 2, se aplicará la siguiente tabla:

<i>Grados, Títulos y Estudios</i>	<i>Puntos</i>
Doctor	400
Master	325
Profesional de 5 o más años o su equivalente (Profesor de Estado)	275
Profesional de 4 años o su equivalente de tres	200
Profesional de menos de 4 años	100
No profesional	50

5. Para la ponderación de la letra c) del punto 2, la siguiente tabla debe ser utilizada:

<i>Experiencia profesional</i>	<i>Puntos</i>
Más de 18 años	200
12 - 18 años	175
6 - 12 años	140
3 - 6 años	90
0 - 3 años	40

Los años de experiencia se considerarán a partir del egreso de su primera carrera universitaria. Para los no profesionales se considerarán los años de funciones en la enseñanza universitaria.

## 8°

### EVALUACION DEL TRABAJO ACADEMICO

---

1. La evaluación del trabajo académico se practicará anualmente y consiste en un examen crítico y auto-crítico de los programas de actividades; de su concepción; de los métodos y procedimientos utilizados; de las pruebas aplicadas; de los plazos propuestos; de los niveles de rendimiento; de los roles del equipo estimado como una unidad en funcionamiento; de las tareas asignadas a cada individuo; del grado de responsabilidad colectiva del Departamento, del área de la sección, de la especialidad y de los participantes juzgados individualmente; de los recursos económicos y de las condiciones materiales de que se dispuso y otros.
2. La multiplicidad de opiniones, de situaciones, de condiciones, de relaciones, de personalidades, de capacidades, de conocimientos, de cultura, de actitudes, de expresiones, de responsabilidad, de espíritu de trabajo y de cooperación, que saldrán a luz, como índices emergentes de la fundamental experiencia que constituye el análisis crítico cuando se lo practica con seriedad y profundidad, es un excelente camino para detectar, con la deseada objetividad, las variadas deficiencias y cualidades valiosas de las personas a quienes intentamos valorar en su desempeño profesional y ocupacional.
3. La evaluación se hará en toda la línea funcional del Departamento, en conexión con todas las personas que directamente participan en la tarea realizada. Estas evacuarán un informe del resultado del análisis crítico, que contemple las deficiencias y bondades del equipo, mirado como un todo, y de sus componentes, ponderados en forma personal. Este informe será a su vez, estudiado por el Comité Directivo del Departamento y, si procede, indicará las formas de estímulos y los tipos de sanciones que van desde la amonestación escrita hasta la petición de renuncia.

## 9°

### PUESTA EN MARCHA

---

1. Para la puesta en marcha de este reglamento, la Universidad aplicará sus disposiciones a los profesores actualmente en ejercicio en el transcurso del presente año.
2. La aprobación de este reglamento implica necesariamente la fijación de un sistema de remuneraciones para cada categoría compatible con la dignidad de la docencia universitaria. Dicho sistema de remuneraciones deberá acompañarse al presente estudio.

# los colaboradores de este número

\* CLODIA ALMEYDA, Dirigente del Partido Socialista, Profesora y ex-Directora de la Escuela de Sociología de la Universidad de Chile. Autora de la obra escrita para el Estado, *Relaciones Públicas y Gobiernos y su rol en la acción socialmente organizada*. \* JAIRO CASTILLO VELAZQUEZ, Vice-Presidente del Partido Demócrata Cristiano y ex-Jefe del área de sus relaciones. Autor de la profesión del neomodernismo, *Los límites de la democracia cristiana y otras cosas*. Director de la revista *Política y Cultura*. \* MARCO CEVALLOS, Profesor de Historia Política y Social de Chile en la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile. Colaborador habitual en diversas publicaciones universitarias. \* ENRIQUE GIMENEZ RIQUE, miembro de la Comisión Política del RDP U. Estudios de Historia de la Universidad Católica de Chile. En la actualidad, Coordinador General de la Área Académica de la Universidad Técnica de Chile. \* MIGUEL HERRERA, jefe del Departamento de Matemática de la Escuela de Ingeniería Industrial de la Universidad Técnica del Estado, Santiago y Argentina. Autor de *Tercer milenio*. Sus dos últimos libros y trabajos sobre Internet. \* CARLOS MOLINA, Director de arte, Gerente General del Instituto Chileno de Artes Gráficas y Publicidad. Autor de *Una y otra de Alberto Valdovinoso Llanos y otros autores*. \* FREDY MORENO, jefe del Área de Comunicación y Extensión de la Universidad Técnica del Estado, Profesor y artista plástico. Artista de la zona de la zona de la zona. El trabajo de la zona de la zona.

## ANEXO DEL LLAMADO A CONCURSOS

1. Los llamados a concurso se harán por el Comité Directivo del Departamento, mediante avisos destacados en la prensa local y de Santiago, durante 3 días consecutivos y en otros medios de difusión cuando se estimare necesario.
2. Se recibirán los antecedentes de los postulantes, dentro de un plazo de 30 días contados desde la fecha de publicación del primer aviso. Expirado este plazo, se declararán cerradas las postulaciones.





# los colaboradores de este número

\* CLODOMIRO ALMEYDA. Dirigente del Partido Socialista. Profesor y ex-Director de la Escuela de Sociología de la Universidad de Chile. Autor de **Hacia una teoría marxista del Estado**, **Reflexiones Políticas** y **Sociologismo e ideologismo en la teoría revolucionaria** (en prensa). \* JAIME CASTILLO VELASCO. Vice-Presidente del Partido Demócrata Cristiano y destacado ideólogo de esa colectividad. Autor de **El problema del comunismo**, **Las fuentes de la democracia cristiana** y otras obras. Director de la revista **Política y Espíritu**. \* MARIO CESPEDES. Profesor de Historia Política y Social de Chile en la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile. Colaborador habitual de diversas publicaciones universitarias. \* ENRIQUE CORREA RIOS. Miembro de la Comisión Política del MAPU. Estudios de filosofía en la Universidad Católica de Chile. En la actualidad, Coordinador Docente en el Área Académica de la Universidad Técnica del Estado. \* NICOLAS FERRARO. Jefe del Departamento de Matemáticas de la Escuela de Ingenieros Industriales de la Universidad Técnica del Estado. Profesor y Arquitecto. Autor de **Terral** (novela), **Sed por dentro** (poesía) e **Inmóvil océano** (cuentos). \* CARLOS MALDONADO. Crítico de arte. Secretario General del Instituto Chileno de Investigaciones Marxistas. Autor de **Vida y obra de Alberto Valenzuela Llanos** y otros ensayos inéditos. \* YERKO MORETIC. Jefe del Área de Comunicaciones y Extensión de la Universidad Técnica del Estado. Profesor y crítico literario. Autor de **El relato de la pampa salitrera**, la antología **El nuevo cuento realista chileno** y la obra próxima a aparecer **José Carlos Mariátegui. Su vida, su obra, su concepción del realismo**. \* LINUS PAULING. Eminentemente hombre de ciencia y luchador social norteamericano. Premio Nobel de Química y Premio Nobel de la Paz. Visitó Chile este verano invitado por la Universidad Técnica del Estado. \* VOLODIA TEITELBOIM. Senador de la República y dirigente del Partido Comunista de Chile. Autor de las novelas **Hijo del Salitre** y **La semilla en la arena** y los ensayos **El amanecer del capitalismo** y **La Conquista de América y Hombre y hombre**.

los colaboradores  
de este número

éste es el N° 3 de la REVISTA DE LA UNIVERSIDAD TÉCNICA DEL ESTADO, que publica el área de extensión y medios de comunicación de nuestra universidad. su director es fernando lamberg y las oficinas de redacción y administración funcionan en av. ecuador 3469. el diseño gráfico fue realizado por ricardo ubilla vera y se imprimió en el taller gráfico de la universidad técnica del estado.

santiago de chile, mayo de 1970







